

El regreso de Eddy Tennis Boy

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS
Summa de días

EDUARDO VILLEGAS GUEVARA

El regreso de Eddy Tenis Boy

(TRES RELATOS POLICIAICOS)

Prólogo

JOSÉ LUIS HERRERA ARCINIEGA

Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Efrén Rojas Dávila, Raymundo E. Martínez Carbajal,
Erasto Martínez Rojas, Carolina Alanís Moreno,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

El regreso de Eddy Tennis Boy. (Tres relatos policíacos)

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2013

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Eduardo Villegas Guevara

ISBN: 978-607-495-266-7

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal:
CE: 205/01/54/13

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*A Eduardo Daniel Villegas Ángeles, el único guerrero
que ha conquistado todos los rincones de mi corazón.*

*Atentamente
Eddy Tennis Boy*

LOS AULLIDOS DEL COYOTE MAYOR

José Luis Herrera Arciniega

Es el autor mexiquense más publicado y, también, uno de los más prolíficos. Cuenta con una sobresaliente serie de reconocimientos por su obra y trayectoria literarias, que abarcan sus facetas de narrador, editor, poeta, gente de teatro, sin olvidar la de educador. Oficialmente, su nacimiento está registrado en Chimalhuacán. La fecha asignada para tal registro es el 20 de mayo de 1962 —el mismo año en que murió Marilyn Monroe—. Sin embargo, su ombligo se bifurca entre Palmillas, Tamaulipas, y Nezahualcóyotl, Estado de México. He aquí la explicación sobre por qué su natalicio fue asentado en Chimalhuacán: el mundo necense era tan nuevo que ni siquiera contaba con oficinas del registro civil, las cuales sí existían en ese vecino y ahora ultrapopuloso municipio en el oriente del Estado de México.

Por estos y otros antecedentes, vale afirmar que, aunque algo tiene ya de subtropical sangre colombiana en las venas, Eduardo Villegas Guevara es de Tamaulipas, y es de Nezahualcóyotl, y es del DF y es mexiquense. Factores que, sumados, lo hacen mexicano por patria y por varias provincias.

Se le suele confundir con su principal otro-yo, un muchacho de nombre Eddy Tennis Boy, de oficio detective, pero Villegas Guevara insiste en el deslinde de identidades, porque se asume más como el Coyote Mayor y, en esa condición, allá.

Actúa como un autor gozne entre los escritores mexiquenses y de otras latitudes y es, además, el eremita más sociable que he conocido.

LO NECENSE Y LO MEXIQUENSE

El municipio de Nezahualcóyotl surgió como una aparición a la mitad de un desecado lago, con la recepción de pobladores expulsados del DF por el “regente de hierro” Ernesto P. Uruchurtu, y con el constante arribo de oleadas permanentes e indetenibles de migrantes, que, provenientes de cualquier jirón de la república, habían dejado sus lugares de residencia en la busca, acaso barojiana, del espejismo representado por la zona centro del país, así fuera en la periferia o en las goteras de la gran metrópoli, la capital. Porque Nezahualcóyotl se vio vinculado de manera directa con la capital de todos los mexicanos, sabedor de que entre una y otra urbes —la del simbólico centro milenario o centenario de la nación, y la que le brotaba al salitre— había una frontera, imaginaria y concreta a la vez. En similar sentido, Nezahualcóyotl se supo igual de alejado de la distante capital del estado del cual se convirtió en el municipio 120, en el año de 1963 —lo cual hace que Eduardo Villegas Guevara sea un año mayor que la localidad donde veló sus armas como autor.

Esa distancia respecto al DF y a Toluca tuvo como efecto el desarrollo de una identidad peculiar: la necense. Posterior, en cuanto término, a la difusión del gentilicio global para quienes han nacido o habitan en el Estado de México, si bien lo necense había empezado a cincelarse a partir del mismo momento, durante el gobierno de Gustavo Baz Prada, en que se erigió el municipio de Nezahualcóyotl.

La idea de lo necense, que se acuñó entre los que integran los sectores de artistas plásticos y los escritores de la ciudad oriental, implica, más que la intención de aislarse en un exceso de regionalismo, un orgullo genuino por saberse o asumirse como integrante de un conjunto masivo de gente singular, que en poquísimos años consiguió crear semejante urbe sobre un totalmente inhóspito lago sin agua que, cada temporada de lluvias, terminaba por inundarse. El agua es canija y recupera los caminos que por milenios ha seguido.

No todo quedó en crear un enclave urbano profusamente poblado por millones de almas, sino que en esa localidad surgieron células especializadas en dejar el testimonio sobre lo ocurrido en tan pocos años. Hétenos ahí, entonces, que nació la literatura necense.

No hubo soberbia ni presunción cuando Eduardo Villegas Guevara y yo llegamos a la siguiente conclusión: los representantes de la tradición en la literatura necense son, en estricto orden alfabético: Germán Aréchiga, José Francisco Conde Ortega, Tomás Espinosa, Emiliano Pérez Cruz, Juanita Vázquez y Eduardo Villegas Guevara. Puro jovenazo, pues. Aunque en este momento me atrevería a introducir una enmienda y agregar un sexto a ese grupo de cinco autores: Porfirio García Trejo. Y de allí pal real.

Pero resulta impropio hablar solamente de la literatura necense como una especie de ínsula en una posible república de las letras nacionales. Hay otras relaciones más generales, que expongo a partir de la percepción de un sistema literario, el mexiquense, como un modo para organizar el siempre rezagado o esquivado estudio de las obras y autores que, a partir de 1981, han circulado ya bajo el paraguas cultural —criticado y vilipendiado en ocasiones, adoptado con

franqueza o por necesidad práctica en muchos otros casos— de lo mexiquense.

He propuesto, pues, la noción del sistema literario —que detallaré más adelante— como una forma de llevar al cabo el estudio sistemático de las expresiones literarias elaboradas en el Estado de México a partir de la década de los años ochenta del siglo pasado, de manera paralela con la expansión del gentilicio con el cual los habitantes de esta entidad federativa pudieron verse, ya reflejados o contenidos, en una palabra que los conectaba con la construcción cultural de su identidad específica.

Más aún: una identidad plural, porque la idea de lo mexiquense permitió incluir en ella a quienes, en rigor, podrían estar más separados que unidos por complicadas y variadas circunstancias, entre ellas, el ser oriundo de alguno de los ahora 125 municipios mexiquenses, o el ser inmigrante, factores de los que se desprenden coordenadas culturales, tradicionales y modos de ser determinados, en el saberse distintos, aunque subidos todos a un mismo tren: el de hacer la vida en el territorio del Estado de México, esto es, en el entorno mexiquense.

Por otro lado, a la larga los otrora inmigrantes ven debilitado su sentido de pertenencia a su lugar de origen y profundizan su lazo con el lugar donde radican y trabajan; asimismo, sus hijos no son ya inmigrantes, aunque se puedan sentir distintos respecto de sus coetáneos que descienden de varias generaciones radicadas en el territorio del Estado de México.

Por ello, no está de sobra apuntar que, lejos de ser un monolito ni comprenderse como una cultura, el Estado de México tiene, a su vez, una serie de divisiones regionales que no se disuelven por el mero uso del gentilicio mexiquense. La más usual

es la que divide al estado en dos grandes valles: el de Toluca y el de Cuautitlán-Texcoco, en una segmentación marcada por la presencia del Distrito Federal como una ruptura entre ambas grandes zonas.

Hay muchas subregiones —por ejemplo, los varios sures—, pero al menos ya existe la posibilidad de que en una palabra, mexiquense, se iguale de un modo simbólico la realidad de una pertenencia específica. Una construcción cultural, ciertamente, cuyo efecto empezó a hacerse presente en septiembre de 1981, al asumir Alfredo del Mazo González la gubernatura estatal, pues con él, el discurso oficial se llenó con el nuevo adjetivo.

No soslayo que el término mexiquense, aunque concreto a partir de las inquietudes de dos personajes de la cultura estatal como lo fueron Mario Colín Sánchez y Alfonso Sánchez García, tuvo el citado origen oficial. Pero insisto en que en esta ocasión una iniciativa emanada del gobierno acertó a cubrir una necesidad colectiva en el terreno de lo identitario. Sólo así se explica que, agotado el correspondiente ciclo de Del Mazo en el gobierno estatal, el término se haya integrado no sólo a los lenguajes políticos o periodísticos, sino al de la generalidad de los habitantes del Estado de México. Esto es, se arraigó entre los mexiquenses.

De lo anterior se deriva mi visión de que en los años ochenta en el siglo pasado apareció la literatura ya propiamente denominada mexiquense, no sólo por la existencia del gentilicio, sino porque en la citada década se dieron las condiciones para que por fin se iniciara un proceso de profesionalización de los escritores de esta entidad federativa, relacionado con la organización de grupos de autores básicamente en las zonas centro y oriente del estado, así como de la creación de instancias editoriales, en un principio públicas y después de

corte independiente, y de promoción y difusión cultural, entre otros factores.

Es una realidad literaria nueva, que permite rebasar la anquilosada idea de que la literatura mexiquense está representada por Nezahualcóyotl, sor Juana Inés de la Cruz e Ignacio Manuel Altamirano, autores fundamentales en el canon literario mexicano en general, pero cuya recurrente mención en los discursos oficiales se debe más bien a lo fácil que resulta alabar la grandeza de suyo inobjetable del rey de Texcoco, de la monja de Nepantla y del romántico liberal, comparado con lo incómodo de ponderar a los autores mexiquenses del último cuarto del siglo xx y comienzos del xxi, pues, por principio, habría que leerlos. Lo que no implica que los políticos y burócratas cuya boca se llena cuando citan la gloria pasada del rey poeta, de la religiosa jerónima y del autor de *El Zarco* los hayan leído, pero viste bien el insinuar que se sabe de su existencia, así sea a través de una veloz revisión de una estampa de papelería o en un deficiente y poco confiable artículo de la Wikipedia.

Por lo mismo, el gran problema respecto de la literatura mexiquense es la indiferencia con que se la ha visto, más allá de sus debilidades y fortalezas, de sus modos diversos de expresión y de sus distintos ritmos de evolución. Contra esa indiferencia, he expuesto el propósito de organizar el estudio de autores y obras mexiquenses con base en la noción de lo que es un sistema literario.

Hay que adosar la respectiva factura por la aportación teórica del sistema literario al académico brasileño Antonio Cándido, si bien este mismo la relaciona con otro señero crítico, el malgrado uruguayo Ángel Rama.¹ Es decir, mi referente

¹ Cfr. Prólogo de Antonio Cándido, en Leopoldo Zea (comp.), *Historia y cultura en la conciencia brasileña*, FCE, México, 1993, pp. 9-16.

teórico se ubica en la creatividad e inteligencia de dos autores de América Latina.

Expuesto de manera sucinta, un sistema literario se entiende más como un proceso histórico que de índole estética, conformado a partir de la articulación de los siguientes elementos: autores, con una obra virtual; tradición, representada por los escritores que fueron el antecedente para la constitución del propio sistema y que son tomados en cuenta incluso para ser rechazados; y por último, públicos interesados en participar en lo que suele ser considerado “la vida literaria”. Su desarrollo, de acuerdo con Antonio Cándido, suele llevarse al cabo en tres fases: una inicial, o era de manifestaciones literarias; la segunda es la de la configuración y, finalmente, en la tercera se alcanza la consolidación del sistema.²

Con esta base, planteo que en la etapa de las primeras manifestaciones del sistema literario mexiquense se ubican integrantes de los grupos Letras, como Josué Mirlo y Rodolfo García Gutiérrez, y TunAstral, con Roberto Fernández Iglesias y Carlos Olvera, en tanto ambas vertientes, localizadas en Toluca, representan la tradición previa a la formación del propio sistema.

En la segunda fase o de configuración del sistema, se halla una extensa nómina de autores tanto en el Valle de Toluca como en Nezahualcóyotl y Chapingo, cuya trayectoria se inició en la

² Antonio Cándido, *Iniciación a la literatura brasileña*, UNAM-CCYDEL, México, 2005, p. 19. Aplicada al sistema literario mexiquense, he descrito esta propuesta en “Te llamarán Edomex. Identidad estatal en la narrativa mexiquense, 1981-2007” tesis de doctorado, Facultad de Humanidades de la UAEM, 2011. Proyecto de carácter académico en el que tuvo una participación directa Eduardo Villegas Guevara. De hecho, a él agradezco el apoyo para alcanzar una dimensión realmente estatal en mi estudio, pues en prolongadas pláticas fuimos encontrando los nexos entre los escritores de las tres regiones del Estado de México donde se ha concentrado la creación literaria, ya en el marco de lo mexiquense, como son el Valle de Toluca, Nezahualcóyotl y Texcoco.

década de los ochenta en el siglo pasado y en buena parte se ha prolongado en los primeros 13 años del siglo actual. Es, sin duda, la etapa más nutrida y dentro de ella se ubica la presencia de Eduardo Villegas.

Por último, considero que la fase de la consolidación ya se ha iniciado y, en lo que concretamente se relaciona con la narrativa, el ejemplo son las primeras obras de tres narradores mexiquenses: el toluqueño Alonso Guzmán, la toluqueña-atlacomulquense Laura Zúñiga y, de la zona oriente, Hugo César Moreno.

Si bien mi análisis está basado en la revisión de distintos autores y obras representativos de la literatura mexiquense, destaco que el contacto personal con Eduardo Villegas Guevara me facilitó rebasar los límites del Valle de Toluca en la visión de la creación literaria contemporánea del Estado de México. Lo cual nos remitirá a las siguientes coordenadas relacionadas con la escritura del Coyote Mayor.

VILLEGAS Y LOS VALLES

En 1998, Eduardo Villegas Guevara se incorporó al Centro Toluqueño de Escritores como uno de los ganadores del Primer Premio Estatal de Literatura convocado por este organismo, el cual vivía sus últimos años como dependencia del Ayuntamiento de Toluca, antes de independizarse de la administración municipal y adoptar la forma de asociación civil, para arriesgarse y dar otro sentido, más profundo, al motivo principal que le había dado vida: la profesionalización de los escritores toluqueños, primero, y después, de los escritores mexiquenses en general.

En ese año, el citado premio fue otorgado a una amplia lista de ganadores: el dramaturgo Édgar Felipe Carbajal, el ensayista Felipe Vázquez, los narradores Verónica Olguín y José Luis Herrera, la poeta tlalnepantlense Lizbeth Padilla y el propio Eduardo Villegas Guevara. Este último había concursado con el volumen *Orillas del asfalto*, a partir del cual la zona del oriente del estado irrumpió de lleno en el Valle de Toluca, pues se trata de cuentos de carácter testimonial acerca de cómo se resolvía la vida en las primeras décadas de existencia del municipio de Nezahualcóyotl.

A pesar de la coincidencia, tuve poco trato con Eduardo Villegas Guevara, si bien empezó a llamarme la atención su presencia en los anaqueles de la librería del Centro Toluqueño de Escritores, con una colección de libros dirigidos a niños, publicados por la editorial de corte “comercial” Selector.

Entre esos libros, podían contarse los siguientes: *Cuentos de magos para niños*, *Historias de piratas para niños*, *Historias de vaqueros para niños*, *Historias de policías y ladrones para niños*, *Historias de futbol para niños*, *Cuentos de armaduras y espadas para niños*, que bien pudieran localizarse en cualquier estante anexo a las cajas registradoras en un supermercado, pero que, en la sede del CTE en la portaleña plaza Fray Andrés de Castro, se mezclaban con los libros de los autores, del por entonces ya apreciable, fondo editorial de esta institución cultural. Leyéndolos, contrastaban de modo notorio con los salitrosos relatos de *Orillas del asfalto*.

En marzo de 2005, Eduardo Osorio, a la sazón presidente del CTE, me informó emotivamente que su tocayo Villegas Guevara había ganado la Presea Estado de México “Sor Juana Inés de la Cruz” en Artes y Letras 2004. Sí, el logro era individual por parte de ese escritor necense, pero no dejaba de ser,

al mismo tiempo, un reconocimiento para alguien que se había convertido en un conspicuo miembro de la agrupación gremial.

Para entonces, Eduardo Villegas Guevara ya había tomado decisiones. La principal: habría de fundar su propio sello editorial: Cofradía de Coyotes. Por eso, en 2006 envió un correo electrónico en el que invitaba a diversos autores a participar en una antología de cuentos, mediante un mecanismo de suscripción por el que se iban a sufragar los gastos de producción de ese volumen.

De esa iniciativa, surgió en 2007 la variopinta antología *Cofradía de Coyotes*, editada por La Coyotera Editores, aunque en libros subsecuentes la definición de Villegas Guevara se inclinó por dar al proyecto editorial el nombre de Cofradía de Coyotes y ya no con el citado mecanismo de suscripción, sino como un proyecto con enfoque empresarial, encabezado por el propio Eduardo.

Como de cualquier forma ya estaba hecho el contacto con Eduardo, cuando un par de años después hube de enfrentarme a mi proyecto de investigación sobre la literatura mexiquense, recurrí a él para ampliar mi visión sobre ésta, pues en principio no sólo era un escritor representativo de lo que había estado haciéndose en la zona oriente del estado, sino que además tenía una visible y numerosa obra literaria.

De ese modo me enteré de que su sello editorial, Cofradía de Coyotes, en sentido contrario a la evidente connotación simbólica de su nombre y nagual, no estaba ubicado en Nezahualcóyotl. Su sede formal era y es Metepec. De hecho, Eduardo había iniciado en esta localidad un proyecto denominado “casas del poeta”, que después dejó cuando se le empezó a dar un tinte proselitista por parte de un partido político. Pero la semilla la había echado el Coyote Mayor.

La casa del poeta “Primero Sueño”, homenaje a la décima musa sor Juana Inés de la Cruz, se localiza en una pequeña vivienda de interés social en una colonia al noroeste de Metepec, a menos de una cuadra de una de las varias fronteras de este municipio con el de Toluca. En ese lugar buscaba yo a Eduardo para irnos a desayunar y discurrir largamente sobre el pasado y el devenir de la literatura mexiquense. Reitero: este contacto me creó una visión estatal, a través del diálogo con mi coetáneo y, adicionalmente, con la lectura de decenas de obras del otro lado del estado.

Eduardo Villegas Guevara no sólo atesoraba los libros inherentes a su etapa de estudiante en la licenciatura en Literatura Dramática y Teatro en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM,³ sino que contaba, en ese pequeño espacio de dos recámaras y una sala comedor, con una meticulosa colección de libros publicados en el Estado de México desde los años ochenta del siglo pasado. Generoso, me regaló varios y me ofreció otros para que yo los reprodujera, lo que enriqueció de un modo notable mi perspectiva.

Y hétenos ahí discutiendo las características generales de lo que advertimos como una expresión literaria de autores que venían haciendo su vida y su obra en el territorio mexiquense. Gracias a Eduardo, pude enterarme de las vicisitudes de diversos grupos gremiales en Nezahualcóyotl, pues aunque yo tenía noción de la existencia de Poetas en Construcción, acaudillado por Porfirio García Trejo, nada sabía acerca del ENTE —filosóficas siglas referidas al grupo El Norte También Existe, que agrupó a los escritores necenses de la zona de Aragón— y de

³ En esta institución fue compañero de otro escritor, el narrador y dramaturgo Jesús Humberto Florencia, de origen capitalino pero que desde hace un par de décadas se ha desarrollado laboralmente en Toluca.

la germinal Cofradía de Coyotes, entre otras tendencias de la región oriente. Y ahí nos brincó ese reconocimiento de que los fundadores de la tradición literaria en Nezahualcóyotl eran Aréchiga, Conde Ortega, Espinosa, Pérez Cruz, Vázquez y el propio Villegas Guevara, pioneros entre los pioneros todos del mar a la postre urbano que es Nezahualcóyotl.

El interés compartido por mi proyecto lo hizo apoyarme con numerosas ediciones del otro polo de creación literaria en el Estado de México, esto es, Texcoco, o para ser más preciso, la Universidad Autónoma Chapingo, donde trabajan —y crean— autores como el hidalguense-defeño Arturo Trejo Villafuerte, las hermanas Patricia y Silvia Castillejos, y el par de autores que han logrado la antología más “estatal” de narrativa: Rolando Rosas Galicia y Moisés Zurita Zafra.⁴

Por supuesto, las charlas se iban por interesantes trozos de vida de Eduardo: su crianza en Nezahualcóyotl —su Nezayorck, más que el Mi-Nezota que me parece más propio de otros pintorescos personajes, como Humberto *La Chiquita* González, famoso fajador surgido de las tierras del salitre—, sin despojarse de sus raíces en Tamaulipas, donde de una u otra forma el ombligo sigue conectado, en grado tal, que ya crecido, llegó a fungir como funcionario cultural en el gobierno de esa entidad norteña.

Otro: su paso por la UNAM, alma máter venerabilísima para Eduardo, que en los comienzos de los años ochenta tuvo oportunidad de conocer, tratar y ser estudiante de una buena cantidad de las vacas sagradas de Filosofía y Letras, aunque para ello tuviera que empeñarse en el complicado tránsito desde

⁴ Me remito a *La eterna noche de los tiempos. Narradores del Estado de México*, publicada en 2006 por el Instituto Mexiquense de Cultura.

Nezahualcóyotl hasta la pedregosa Ciudad Universitaria. Sí, entre sus condiscípulos, Eduardo se distinguía por ser “el de Neza”. No era el único con semejante oriundez, porque, como lo llegamos a comentar en más de una ocasión: las camadas de escritores de Nezahualcóyotl se caracterizan por pertenecer a la “clase ilustrada”, que, por regla general, han cursado estudios universitarios, en instituciones como la Universidad Nacional o la Metropolitana, aunque al parecer la carrera más socorrida era la de Periodismo y Comunicación colectiva, por encima de la de Letras. Por lo mismo, buena parte del sector ha tenido como *modus vivendi* el de la docencia, pero también varios han oficiado en las filas del periodismo.

Surgió otro detalle en relación con esa condición de ilustrados: en varios casos, integrantes de familias inmigrantes que trabajosa y esforzadamente empezaban a labrarse una nueva vida en el oriente mexicano, esos escritores que acaso no pudieran hacerse de los libros más novedosos en el mercado cultural mexicano, abrevaron, en cambio, en las bibliotecas de sus escuelas en el nivel de la educación básica, lo que les formó un contacto directo con autores clásicos —por eso me es fácil aventurar que Emiliano Pérez Cruz proviene directamente de la tradición de la picaresca española, por ejemplo.

Eduardo Villegas Guevara pasó muchos años en el ejercicio de actividades como docente. Me imagino que fue un profesor divertido y, sin duda, congruente con la petición de pedir a sus alumnos que leyeran porque él, extrañamente, era también un lector, un lector profesional. Hubo de dejar esa vocación cuando decidió quemar sus barcos —¡abandonar una codiciada plaza magisterial!— para dedicarse de tiempo completo a la labor escritural y editorial... aunque no por mucho tiempo: actualmente está incorporado como profesor de la Universidad

Autónoma de la Ciudad de México, en la carrera de creación literaria.

Me gustó enterarme, sobre todo, de su etapa de, si no mal recuerdo, alrededor de tres años, como gerente del cultivar El Hijo del Cuervo, propiedad de Alejandro Aura en el centro de Coyoacán. Nada menos que de Alejandro Aura. Mi poeta mexicano favorito. Ahí, más allá del nexo estético, Eduardo el literato ganó innegable pericia para conducir un proyecto empresarial, que de seguro le ha resultado muy útil en los años recientes, metido de lleno a la Cofradía de Coyotes, aunque en el caso del bar los asuntos cotidianos tuvieran que ver con los cortes de caja, el manejo de los meseros, más la revisión de los inventarios de bebidas que debían escanciarse entre una no sé si demasiado selecta concurrencia. Bueno, Eduardo era tan meticuloso, que cuando a algún cliente se le pasaban las cucharadas, años antes de que se inventara el alcoholímetro, optaba por subirlo a un taxi, garantizando que al día siguiente el intoxicado parroquiano podía ir a recoger su auto, debidamente resguardado por el cultivar.

Eduardo renunció al intenso trabajo en El Hijo del Cuervo porque se dio cuenta de que el ritmo frenético de empezar a trabajar en la tarde y salir invariablemente en las madrugadas capitalinas, le impedía dedicarse a su actividad más cara: la escritura.

En realidad, Eduardo Villegas Guevara no dejaba ni ha dejado de escribir. A la par de esas variadas chambas, se esforzaba en hacer obra. Y publicarla. Porque ésas son dos actividades distintas para él: lo que se escribe y lo que se publica. Lo primero, para convertirse en lo segundo, debe pasar por un más o menos prolongado periodo de reposo y sólo así puede vérselo, en una segunda gran revisión, digna de engrosar la propuesta literaria de Villegas Guevara.

Por eso, vale mencionar desde aquí que su prolífica obra —por estas fechas, con más de 30 volúmenes de su autoría directa o como compilador, sin soslayar su inclusión en más de una veintena de antologías— se extiende por la literatura infantil, policiaca, cuentística, poesía, dramaturgia, didáctica, pero que no habrá que dar salto alguno si un día aparece una novela circulando con su nombre, para corregir la plana a quienes han visto muy lenta la aparición de este último género en la zona oriente del Estado de México.

De cualquier forma, reviso el currículum de Eduardo Villegas Guevara y el registro de su publicación inicial data de 1985, con su cuento *Él se retachó de un viaje común y corriente*, en tanto que su primer libro fue la colección de cuentos *El juego de los gusanos*, de 1988.

En cuanto premios literarios, menciono algunos de los principales que ha recibido: “Juan B. Tijerina”, en 1988, por *El juego de los gusanos*; Estatal de Novela Corta “Carlos González Salas” UAT, en 1989, por *El misterio del tanque*; el Nacional de Literatura “Gilberto Owen”, en 1990, por *El blues del chavo banda*; el de Dramaturgia “Óscar Liera”, en 1991, por *El despertar de los 7 magníficos*, aparte de los ya mencionados en el ámbito mexiquense, esto es, la Presea Estado de México “Sor Juana Inés de la Cruz” en Artes y Letras 2004, y el Estatal de Literatura del CTE, en 1998.

¿Algo más? Sí, lo que se espera todavía de la fecunda pluma de Eduardo Villegas, y su postura que refuerza la idea ya no de islas, sino de zonas con el principal registro de la creación literaria en el Estado de México, articuladas dentro del concepto del sistema literario.

Considero paradigmático el caso de Eduardo Villegas Guevara en cuanto la asunción de una idea de pertenencia a una literatura en específico, esto es, la mexiquense, si bien, como en muy buena parte de los autores agrupables en esa categoría, su propósito no ha sido el de hacer una literatura cerradamente mexiquense, sino, más bien, *una literatura, su literatura*.

Empero, la plataforma para el desarrollo de esa escritura es el ambiente cultural y social propio del Estado de México. Sin éste, no se explican los derroteros seguidos por la creación de Eduardo Villegas Guevara y de otros autores, tanto los oriundos de esta entidad como aquellos que, en el mismo caso de Eduardo, son inmigrantes.

Es cierto que él no participó, en los comienzos de la década de los años ochenta del siglo pasado, en iniciativas como la ahora extinta Unión de Escritores Mexiquenses (UEMAC), bajo cuyo impulso fue suscrita, tanto por autores del Estado de México como de otras regiones del país, incluido el DF, la Declaración de Malinalco, en mayo de 1984, que pretendía sobre todo impulsar el proceso de gremialización de quienes habían optado por el oficio de escritor en esa etapa.

De varias formas dicha Declaración podría ser vista como una expresión fundacional de la literatura mexiquense, pero no podría considerarse el haberla suscrito como el requisito exigible a quienes quisieran insertarse en esta corriente creativa. Aun así, su llamado a fortalecer la cultura del Estado de México a través de la profesionalización de sus autores refleja necesariamente el espíritu de su tiempo: estaba, por fin, germinando una literatura propia de esta entidad federativa.

En caminos paralelos, tal percepción se tuvo de manera análoga en Nezahualcóyotl, con una serie de expresiones e inquietudes grupales o individuales más ricas y diversificadas. Pero quizás todo hubiera conducido a resultados aislados, si no hubiese sido por los vasos comunicantes establecidos con autores de la zona del Valle de Toluca, como los reunidos en el Centro Toluqueño de Escritores o TunAstral, por parte de escritores del oriente como Porfirio García, Pino Páez, Eduardo Villegas, Rolando Rosas y Moisés Zurita, entre otros.

En lo que toca a los creadores de Nezahualcóyotl, ellos impulsaron proyectos independientes, con un añadido: les resultó más fácil vincularse con la capital del país, aunque no creyeran en una integración mecánica a ese entorno, no obstante que no han dejado de interactuar con él y dentro de él.⁵ Pero se saben, se asumen también distintos: son, se llamaron, se dieron necenses.

El tema ha empezado a ser explicado por representantes de la clase intelectual de Nezahualcóyotl, como el escritor Sergio García Díaz, quien precisa que el gentilicio fue una propuesta del artista plástico Alfredo Arcos, “pintor de perros de este municipio”, de modo que en esa acepción original, necense

... significa habitante que tiene necesidad de vivir en un espacio geográfico inhóspito, que hace ese espacio vivible, lucha por lo

⁵ No habría que desestimar la posibilidad de que en los medios capitalinos también se haya expresado algún tipo de rechazo respecto a la gente de Nezahualcóyotl, como representantes de la periferia del Distrito Federal. Un testimonio de esa actitud lo rememora Emiliano Pérez Cruz en estos términos: “Pertener a Neza era vergonzante. En la secundaria había cierto desdén hacia los que proveníamos de ahí: ‘Ustedes son de Nezahualodo’, ‘De Nezahualpolvo’, ‘De Nezahualpillós’”, en Josefina Estrada, *Emiliano Pérez Cruz-Biografía. La vida: función sin permanencia voluntaria*, Editorial Colibrí-Ayuntamiento de Nezahualcóyotl, México, 2000, p. 18.

más indispensable, construye su identidad. Eso lo hace esencial, el necense es un ser que reivindica su esencia: migrante, trasgresor, violento, un poco o un tanto resentido. Actualmente este resentimiento va desapareciendo. Hoy vivimos una nueva transformación de la identidad que apunta en sus tensiones al consumo y la nueva generación del esfuerzo.⁶

En su texto “Neza, una estética como forma de tragedia”, Sergio García Díaz interpreta la evolución de la cultura y la literatura en esa zona del oriente mexiquense. Distingue tres épocas en dicha trayectoria: la primera etapa transcurre entre la llegada de los primeros asentamientos humanos, en las décadas de los cuarenta y cincuenta, hasta el momento de la erección oficial del municipio, en 1963.

Una segunda etapa comienza a partir de ese mismo año, con la fundación del Movimiento Restaurador de Colonos como hecho simbólico según García Díaz, y la cual se prolongó hasta 1997, cuando el Partido de la Revolución Democrática se hizo del gobierno local.

Finalmente, para García Díaz la tercera etapa se da en el transcurso de la continuidad perredista en el gobierno municipal —él cierra su análisis en 2008, cuando aparece su ensayo en el libro *Primeros aullidos*—; en esta fase lo que destaca es la ausencia de una política cultural por parte de los gobiernos perredistas en el municipio.

De estas tres fases, García Díaz subraya la importancia de la segunda, pues durante ella surgieron grupos culturales, relacionados con movimientos sociales de izquierda. Acoto por

⁶ “Neza, una estética como forma de tragedia”, en Arturo Ortiz y Eduardo Villegas, *Primeros aullidos*, Cofradía de Coyotes, Metepec, 2008, pp. 27-28.

mi parte que hay razón en destacar la relevancia de dicha etapa, pues durante ella aparecieron los primeros autores de la región.

García Díaz describe a esta “comunidad llamada Ciudad Nezahualcóyotl” como:

... un espacio geográfico que dentro de las representaciones [tanto imaginarios personales como sociales] es un espacio inhóspito al que se le pudo dar una significación a partir de construir un hábitat. El mito fundacional tiene que ver con referentes de ubicación; un territorio salitroso, lodoso, donde se fue[ron] forjando las narraciones de resistencia, de pueblo de inmigrantes, de violencia, de resentimiento y de estar fuera de los beneficios de la Ciudad de México. Nezahualcóyotl está en la periferia, de la nada surgió una ciudad.⁷

Para García Díaz, esos mitos fundacionales, esa referencia al salitre y al polvo, empezaron a nutrir tanto discursos como narraciones, así como “los lugares de identidad, los tiempos, el sufrimiento”. Sobresale una afirmación de este autor, para describir el sentido de pertenencia a la nueva urbe: “El que no llegó en la época de penurias no es un auténtico necense”. Y añade:

Así se intenta construir un discurso único, un monoteísmo ontológico que construye una realidad única; en contraposición a un pluralismo ontológico que plantea que hay varias fuentes de construcción de la realidad. Ésa es una de las tensiones de la identidad necense”.⁸

⁷ *Ibid.*, p. 18.

⁸ *Ibid.*, p. 19.

La reflexión anterior cobrará importancia cuando se vea cómo el estilo e intenciones concretadas por los autores de la primera generación en Nezahualcóyotl, de manera señalada Emiliano Pérez Cruz, Eduardo Villegas y Germán Aréchiga, terminaron por ser una influencia y un rumbo que marcó incluso a quienes han empezado a hacer su propia obra ya en la primera década del siglo XXI.

Volviendo a García Díaz, este analista no es muy entusiasta al referirse a la consideración de que culturalmente Nezahualcóyotl pueda ser considerada sea una sociedad híbrida, y más bien se pronuncia por la perspectiva de que Neza es “una sociedad fronteriza, que vive una tensión entre el centro y la periferia, entre la automarginación, la marginación y la integración”, a lo que se agregan nuevos elementos como los necenses que han emigrado hacia otros lugares, otras periferias, incluyendo aquellos que se fueron a radicar a los Estados Unidos, “y que van y vienen. E influyen”.⁹

Cultura fronteriza es, para García Díaz, y en el contexto específico de Nezahualcóyotl:

... una forma de tragarnos a nosotros mismos como si fuéramos lo otro para hacerlo parte de nosotros mismos. No es un acto de mezcla pura o impura, se busca la radicalidad, hacer que todo conviva en un todo: redespregar, sobrecodificar, parodiar, cubrir las esculturas antiguas para resignificarlas, grotescos, lo indígena, lo mestizo, lo moderno, geometrizar los camellones, invadir los espacios de consumo, alternar lo alterno, descentrar lo centrado. Lo fronterizo es activo, participativo, agresivo, violento, trasgresor, hiperactivo, esquizofrénico, festivo,

⁹ *Ibid.*, p. 20.

ensamble, hechizo, chafa, escatológico, impuro, neobarroco. Es un hacerse, deshacerse y rehacerse. Y buscar la integración para después desintegrarse propositivamente. Pretendemos ser el otro, lo otro, pero para ello tenemos que reivindicar lo que somos.¹⁰

En específico, subraya García Díaz que la “literatura es una forma de metaforizar la simbología del barrio, de la ciudad”. De esa forma, a través de la “creación literaria se inventa, se reinventa la vida, el caos, las formas de ser de una comunidad. La mayoría de la creación literaria parte de la realidad. Esto viene a enriquecer el capital cultural y social de Neza”.¹¹

García Díaz propone la clasificación de los autores necenes en tres categorías: los de alcance nacional e internacional, los que empiezan a tener presencia nacional, y los estrictamente locales, es decir, cuya obra tiene repercusión sólo en el ámbito de Nezahualcóyotl.

En la primera, ubica a los escritores que, desde su punto de vista, registran resonancia nacional e internacional: Emiliano Pérez Cruz, José Francisco Conde Ortega, el dramaturgo y narrador Tomás Espinosa —fallecido en 1992— y el novelista policiaco Juan Hernández Luna, cuya desaparición física ocurrió en 2010.

En un segundo grupo, García Díaz coloca a quienes “están saltando las fronteras de lo local a lo nacional”, y que serían el prolífico Eduardo Villegas Guevara, el poeta Enrique Villada, el propio Sergio García Díaz, más el pornógrafo Alberto Vargas Iturbe, el poeta y narrador Porfirio García Trejo, y los

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Ibid.*, p. 24.

narradores Filadelfo Sandoval, Suriel Martínez, Eduardo Ortiz y el ya desaparecido Luciano Cano.

En una tercera categoría, se encuentran los que García Díaz considera “escritores localistas”: Julio Vulcano, Kuitláhuac Macías, Santos Velásquez, Primo Mendoza, Germán Aréchiga Torres, Arturo Gutiérrez Duque, Joel Paredes González, Marcos Avendaño, Roberto Romero Aguilar, Ignacio González Silva, Antonio C. Martínez, Servando Hernández Pérez, Javier Serrato Vargas, Raymundo Colín, Nora Patricia, Ricardo Guerrero y otros autores que apenas están iniciando su trayectoria literaria.

Esta clasificación es discutible, pero por lo pronto me centraré en el caso de Eduardo Villegas, quien se ha convertido, con seguridad, en el autor mexiquense con mayor número de ejemplares publicados y vendidos, tanto en editoriales institucionales y privadas no sólo del Estado de México sino de la capital del país —desde la colección Tierra Adentro del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el Centro Toluqueño de Escritores y el IMC, pasando por Selector y Cofradía de Coyotes—, por lo que derechamente también formaría parte del primer grupo. De cualquier forma, consigno la visión de García Díaz, por su pertenencia directa a los núcleos más vigentes de la literatura necense en específico.

Concluyo aquí parte de lo expuesto por García Díaz, con una referencia a la parte esencial de la identidad necense:

Neza en su trans migración de personas que van y vienen: van a la Ciudad de México, van a Toluca, al Cervantino, a Coyoacán, Tijuana, Estados Unidos, Europa y vienen a Neza; que mandan sus dólares a Neza. Van tejiendo ese tejido plural y también fortalecen su identidad de necenses en aquellos lugares. Se da una

identidad en forma de cajas chinas. De estas múltiples fluctuaciones deviene un fortalecimiento y una crítica para esto que llamamos esencia necense.

Quizás esa esencia necense es porosa y va perdiendo cada vez más la cultura del resentimiento, de pared que impide el ataque y la pérdida de lo que algún día fue la ciudad. Ciudad que está en la memoria de algunos, pero que ya no es. Actualmente la ciudad es muchas ciudades.¹²

Por lo anterior, aunque discrepo de García Díaz en la ubicación que hace de Eduardo Villegas Guevara dentro de los tres segmentos de creadores literarios en Nezahualcóyotl, coincido en estas ideas de porosidad y de sentido de frontera que también atañen a la obra del Coyote Mayor, quien si bien ha fabulado más allá de Neza, no dejará nunca de ser uno de los autores más significativos de esa ala del sistema literario mexiquense.

VERSATILIDAD CREATIVA

La parte más extensa de la escritura de Eduardo Villegas Guevara es la narrativa, básicamente cuento y en menor grado novela corta, pero su versatilidad abarca obras de dramaturgia, poesía y manuales didácticos, en este caso relacionados con representaciones teatrales y de fabricación y manejo de títeres.

¹² *Ibid.*, pp. 26-27.

Entre su amplia obra se enlistan los siguientes libros de cuentos: *El juego de los gusanos*, 1987; *El blues del chavo banda*, 1990; *La noche de la desnudez*, 1996; *Orillas del asfalto*, 1999, *Acetato. Lado A. A las orillas del asfalto. Lado B. El blues del chavo banda*, 2006, y *Los senderos laterales*, 2008; de novela corta: *El misterio del tanque*, 1988; *El anhelo del duende*, 1999; *Las aventuras de Eddy Tennis Boy*, 2006; *Cuentos infantiles: Cuentos de magos para niños*, 1999; *El baúl de los cuentos*, 1999; *Cuentos del abuelo*, 2001; *Historias de piratas para niños*, 2002; *Historias de vaqueros para niños*, 2002; *Historias de policías y ladrones para niños*, 2003; *Historias de futbol para niños*, 2003; *Cuentos para compartir*, 2003; *Pequeños bajo la noche*, 2005; *La melodía del abuelo*, 2005; *Cuentos de armaduras y espadas para niños*, 2006; *La fiesta de los dulces*, 2008; de teatro: *Preparativo de viaje*, 1992; *El cumpleaños de la momia*, 1996; *El despertar de los 7 magníficos*, 1996, y *El complot asesino*, de 2012. También en teatro, ha compilado *Estamos jodidos todos ustedes*, de 2012.

Entre sus obras de carácter didáctico se encuentran: *Caras y gestos. Teatro para adolescentes*, 2001, y *Titerecuentoando. Muñecos educativos y divertidos*, 2007. En cuanto a los volúmenes de poesía, sobresale *Nace Gatatumba*, publicado en Colombia en 2007, *Lunares de Esmeralda*, *Tres veces Gatatumba*, *Gatatumba: Ínsula de soledad y Gatatumba: cementerio de lunas*, los cuatro editados en 2013, más las compilaciones *Lunas de octubre* y *Soles de abril*, correspondientes a 2009, más *Sueños al viento* y *Alas de lluvia*, ambos de 2010, y *Caracoles extraviados*, de 2012.

Ha preparado también las antologías de narrativa *Cofradía de Coyotes*, 2007; *Abrevadero de dinosaurios*, 2008, *Ardiente coyotera*, 2008, *Coyotes sin corazón* (2011), *El tren de la ausencia* (2012), y de ensayos *Primeros aullidos* (en colaboración con Arturo Ortiz), 2008. Colaborador de numerosos medios

impresos del DF, Estado de México y otras entidades de la república, entre otros reconocimientos ha sido becario del Fonca, en cuento, 1996-1997, y del Focaem, en cuento, 1994-1995, del Programa Artes por Todas Partes de la Secretaría de Cultura del DF y del Programa Internacional de Residencias Artísticas México-Colombia del Fonca y el Ministerio de Cultura de Colombia, 2007.

En cuanto a premios por su creación literaria, ha recibido el Nacional de Testimonio Chihuahua 1987 por *Las orillas del asfalto*; “Juan B. Tijerina” 1988 por *El juego de los gusanos*; Estatal de Novela Corta “Carlos González Salas” UAT 1989 por *El misterio del tanque*; Nacional de Literatura “Gilberto Owen” 1990 por *El blues del chavo banda*; de Dramaturgia “Óscar Liera” 1991 por *El despertar de los 7 magníficos*; Punto de Partida XXIV, 1991 por *Preparativo de viaje*, más la Presea Estado de México “Sor Juana Inés de la Cruz” en Artes y Letras 2004.

Dentro de esta clara versatilidad temática y de géneros literarios, puede entresacarse la peculiar relación de Villegas Guevara con Nezahualcóyotl, a partir de su circunstancia de inmigrante en un municipio donde todos fueron, en un principio, inmigrantes. Es decir, Neza está en su escritura, sobre todo en las fases iniciales, pero ésta ha derivado hacia otros derroteros. Así se explica que, en un momento dado, el propio Eduardo Villegas Guevara haya llegado a afirmarse como extraño a la realidad necense:

... he tenido esa realidad enfrente, durante mucho tiempo. Fuimos uno mismo. Pero no hubo un ensimismamiento a la hora de escribir. Por otra parte, yo vengo de provincia, no dejo de ser un extraño. Vengo de un ambiente en donde la visión del mundo es totalmente diferente a la de un chavo de Neza. La visión del ritmo

de la vida, de las conductas. Además, yo siempre me he sentido tamaulipeco. Entonces, tomando en cuenta mi provincianismo —nunca en sentido peyorativo— y los veinte años aproximadamente que viví en Neza, he podido tener un velo que me permite ver desde un ángulo muy particular esta realidad.¹³

Por lo mismo, es necesario subrayar un proceso que se inició con una temática arraigada en la realidad necense, pero que ha ido evolucionando hacia otros intereses temáticos y estéticos, de modo que puede calificarse como relevante la transformación ocurrida en su obra. Por ello, en las postrimerías del siglo xx este autor afirmaba haber trabajado con tres géneros: el cuento realista, el cuento fantástico y surrealista, y la novela policiaca.¹⁴

En esa tesitura, obras como *La noche de la desnudez* y *Los senderos laterales*, son colecciones de cuentos fantásticos y surrealistas. Las novelas cortas con el personaje Eddy Tennis Boy como protagonista son de corte policiaco, mientras que en libros de cuentos como *Orillas del asfalto* y *El blues del chavo banda* va por delante la temática de Nezhualcōyotl reflejada de manera expresa por Eduardo Villegas Guevara. De hecho, el origen primario de su escritura es su propia vida y la miseria que conoció en Nezhualcōyotl:

... el ver la colonia tan jodida, el saber que al día siguiente no tenía ni para el camión para ir a la escuela, me fue produciendo mucha tristeza, una especie de llanto interno muy fuerte

¹³ Leonel Robles, “De la literatura y los chavos banda. Entrevista con Eduardo Villegas”, *El Sol en la cultura*, 5 de enero de 1992.

¹⁴ Cfr. César Güemes, “La verdad que hay en el mundo solamente la intuimos: Eduardo Villegas”, *El Financiero*, 20 de enero de 1997.

que me orilló a escribir en mis cuadernos; primero mentadas de madre por lo que vivía y me había tocado ver. Con el tiempo me di cuenta que escribir era una especie de terapia, de catarsis, pues el echar en el papel el mundo interno que tenía y el externo que me parecía insoportable me hacía sentir menos mal.¹⁵

Sin embargo, en esa misma entrevista Villegas Guevara aclaraba su interés de “hacer reflexionar al lector sobre las cosas que vivimos día con día, pero sin que sepamos el porqué son como son. No me quedo a pesar de eso en la mera denuncia, busco desarrollar un trabajo literario”.¹⁶

Siete años menor que Emiliano Pérez Cruz, Eduardo Villegas Guevara suele ser relacionado con el primero, por la innegable intención testimonial de sus primeros libros. Ambos comparten su origen como miembros de las primeras oleadas de inmigrantes que poblaron Nezahualcóyotl, así como su formación profesional en la UNAM pero también su propuesta estética a favor de la “leperatura”.

Para aclarar el sentido de lo que fue la leperatura, acudo a una reseña de Ignacio Trejo Fuentes sobre la primera novela policiaca centrada en el detective necense Eddy Tennis Boy, *El misterio del tanque* —a la cual califica como híbrido entre Enrique Jardiel Poncela, Pepe Martínez de la Vega y Emiliano Pérez Cruz—. En su texto, Trejo Fuentes consideraba obvia la asociación de la literatura de Eduardo Villegas Guevara con la del autor de *Me matan si no trabajo, y si trabajo me matan*, empezando por la dedicatoria que aparece en el volumen: “Para

¹⁵ Javier Aranda Luna, “El escritor, premio Juan B. Tijerina. Para mí, escribir es una terapia: Villegas Guevara”, *La Jornada*, 6 de noviembre de 1988.

¹⁶ *Idem*.

Emiliano Pérez Cruz, por allanar el camino para la leperatura. Y por escribir sobre y desde Neza”.¹⁷ Esa idea ya la había expresado Villegas Guevara, al sentenciar que ni Pérez Cruz ni él escribían literatura, “sino leperatura, porque en sus narraciones recrea el ambiente y el lenguaje de Neza”.¹⁸

La práctica de la leperatura como tal se agotó y dejó de ser una bandera estética tanto de Pérez Cruz como de Villegas Guevara, en cuanto ambos siguieron publicando libros donde se evidenció la madurez y asentamiento de sus respectivos estilos e intereses creativos. Sin embargo, se entiende la razón por la cual, en esa primera fase en la trayectoria literaria de Eduardo Villegas, hayan surgido conclusiones como la que expresaba el autor JL (Jaime Lorenzo) en la sección “Morrall de libros”, del periódico *El Universal*, en una reseña más sobre *El misterio del tanque*:

Sigo pensando que el auténtico terreno de Eduardo Villegas, como ya lo dije en otro morral del año pasado, es el de los testimonios o la crónica, donde ha conseguido sus mejores escritos. Al fin y al cabo, en Neza tiene un campo inagotable de cultivo: ahí es donde resulta más patente que la realidad supera con mucho a la fantasía y ello no sólo en los temas trágicos sino también en los casos cómicos y tragicómicos. En fin, tenemos pues, con *El misterio del tanque*, un escritor que va dejando de ser promesa para convertirse en realidad.¹⁹

¹⁷ “Eduardo Villegas: *El misterio del tanque. Para leerse sin corbata*”, *Sábado de Unomásuno*, Núm. 665, 30 de junio de 1990.

¹⁸ Luis Enrique Ramírez, “Eduardo Villegas presenta, el domingo, *El misterio del tanque*. El lenguaje, algo de lo más vital en Nezahualcóyotl”, *El Financiero*, 22 de septiembre de 1989.

¹⁹ Lorenzo Jaime, “El misterio del tanque”, *El Universal y la Cultura*, México DF, 12 de agosto de 1989.

En contraste, otra visión muy alejada de este condicionamiento por el que se instaba a Villegas Guevara a no rebasar los límites del testimonio y de la crónica, era la del crítico Margarito Cuéllar, quien, al reseñar *El blues del chavo banda* en 1992, advirtió que este libro oscilaba:

... entre el lenguaje ondero (José Agustín) y la literatura lumpen (Armando Ramírez, Ignacio Betancourt). A favor: haber nacido una generación más tarde que los escritores mencionados. Posibles caídas: convertirse en repetición idílica de la banda, encasillarse en un lenguaje sin salidas y abusar del coloquialismo que pudiera dar la impresión de simpatía por lo simple.²⁰

Habiéndose reconocido él mismo como “banda”,²¹ Villegas Guevara esquivó las caídas aludidas por Cuéllar, a más de rebasar el coloquialismo en su lenguaje literario. Llama la atención la crítica del mismo Eduardo Villegas Guevara hacia sus libros iniciales cuando, en referencia a su proceso formativo como autor que empezó a escribir sin contar con herramientas académicas, y al revisar la reedición de *A las orillas del asfalto* y *El blues del chavo banda* —integrados en un solo volumen bajo el título de *Acetato*, en 2006—,²² manifestó que si, por un lado, su

²⁰ *Op. cit.*

²¹ En una entrevista publicada en septiembre de 1989, Villegas Guevara aclaró esta faceta de su identidad cultural: “yo sigo siendo banda. Eso no se quita. Yo anduve en los aguaceros, en los lodazales, en los tianguis, en las broncas, en los cines de Neza. Vi cómo creció Ciudad Nezahualcóyotl, desde los llanos hasta ahora que está tremendamente poblada y tiene pavimento, luz, agua y drenaje. Puedo decir que asistí a la conformación de Ciudad Neza. Hace poco veía una propaganda que invitaba a celebrar el 26 aniversario de la erección del municipio. Y sí, fuimos nosotros los que le paramos el municipio al Estado de México”. (Luis Enrique Ramírez, *op. cit.*).

²² Para precisar el origen de *Acetato*, es necesario reiterar que *A las orillas del asfalto* data de 1987 en cuanto a su proceso escritural, pues en ese año se le otorgó el premio Testimonio Chihuahua, aunque su primera edición corresponde a 1999, con

obra había perdido frescura, por el otro se había dado cuenta “de que escribía propiamente literatura después de 20 años de escribir”; asimismo, admitía, en esa etapa, cierto alejamiento en el contacto inmediato con la realidad necense.²³

Es decir, lo interesante en el caso de Eduardo Villegas Guevara es su evolución escritural, pues si bien fue, junto con Emiliano Pérez Cruz y el cronista Germán Aréchiga, uno de los que desarrolló el canon del cuento realista-testimonial como comienzo de la tradición literaria de Nezahualcóyotl, hubo de dirigirse a otras propuestas narrativas, aunque esto no reste importancia a sus libros iniciales, como el par reunido en *Acetato*.

EL REGRESO DE EDDY TENIS BOY

Luego de esta visión panorámica de la literatura necense y de la trayectoria de nuestro autor, llegamos a su álgido ego: en los círculos literarios, no sorprende que cuando se apela a Eddy Tennis Boy, en realidad se esté hablando de Eduardo Villegas Guevara, su creador.

el nombre de *Orillas del asfalto*, editada por el Centro Toluqueño de Escritores, que lo incluyó dentro de los ganadores del Primer Certamen Estatal de Literatura 1998. En lo que corresponde a *El blues del chavo banda*, a su vez Premio Nacional de Literatura “Gilberto Owen” 1990, se editó en 1991 por parte de Difocur, y en 1996 fue reeditada en Selector, lo que lo hace uno de los títulos más conocidos de Eduardo Villegas. Rossi Blengio, “Eduardo Villegas presenta hoy su *Acetato*. En las orillas del asfalto, aún”, *El Financiero*, 25 de octubre de 2006.

²³ Jorge Caballero, “Con *Acetato*, Eduardo Villegas comienza la revisión de sus 25 años como escritor”, en *La Jornada*, 27 de enero de 2007. En ese momento caracterizado por un conflicto existencial, según él mismo apuntó, Villegas renunció a su empleo en El hijo del Cuervo y, apoyado en “que tenía cierto dominio de mis técnicas literarias con una obra detrás”, optó por dedicarse “por entero a la literatura”.

Son entes distintos, aunque cercanos. El primero ha madurado, el segundo conserva la peculiar frescura que lo ubica al lado de otros congéneres, del tipo de Peter Pérez, Filiberto García, Héctor Belascoarán Shayne, pero no le hace al feo a otros también clásicos, en las filas donde militan Philip Marlowe, Sam Spade, Arthur Gordon Pym y, but of course, Sherlock, de apellido Holmes. Y sus favoritos; Coffin “Ataúd” Ed Johnson y Gravedigger “Sepulturero” Jones, los detectives negros ubicados en Harlem de Chester Himes.

Pero, desde siempre, la irrupción de Eddy Tennis Boy en la novela policiaca se dio dentro de los márgenes de verosimilitud posible, limitada por un país donde las reglas de lo policiaco tradicional —en la literatura o fuera de ella— no funcionan, no pueden funcionar.

Porque, ¿cómo podría hacerse literatura policiaca en un país donde los trenes no llegan a tiempo, en parte porque fueron privatizados y por ello se extinguieron; donde las líneas que dividen a los buenos de los malos se disuelven de tanto que son cruzadas en uno u otro sentido; donde la oficialidad policiaca suele ser más dañosa que la criminalidad informal; donde los métodos científicos para el ejercicio forense se han centrado más en el uso del tehuacán y del chile piquín que en la precisión de genéticos adeenes?²⁴

²⁴ Otra cosa no podía desprenderse de la visión de alguien como Eduardo Villegas, para quien, en los años ochenta se desarrolló una actitud de total intolerancia por parte de los cuerpos policiacos contra los jóvenes: “—Sí, tanto con los del Estado de México como del Distrito Federal; fue cuando empezaron a surgir esas muletillas de ‘chavos banda’: para ellos [los policías] era vandalismo; para nosotros era solidaridad, la música, el rock, los noviazgos o la cuestión de comer en bolita. Los policías del Estado de México nos traían atosigados, nos golpeaban, violaban a las chavas, nos desaparecían. El joven de greña larga no tenía otro refugio más que los hoyos fonquis o la esquina de convivencia. Neza no tenía parques, ni canchas de futbol, ni estadios; dos o tres cines a los que no podíamos entrar porque éramos unos 30 amigos sin dinero. De ahí

Por eso, de entrada, quien pretenda hacer literatura policiaca en México debe abandonar toda esperanza de ceñirse a las reglas de los cánones más bien anglosajones, o en su caso, estirar todas las posibilidades que otorgue el subgénero de la novela negra, cuya crudeza apenas se acerca como fabulilla a la realidad, más que recrearse en lo “policiaco mexicano”.

Lo anterior no es óbice para emprender la tarea de narrar historias policiacas. Simplemente, hay que ajustar la imaginación o ampliarla, de modo que aparte de incluir sentidas versiones del crimen vernáculo, puede adosárseles elementos tales como el humor y, claro está, el lenguaje que crea y recrea desde el arrabal alburero.

Expuestas estas condiciones, hay que asimilar el valor de Eddy Tennis Boy, joven necense que se hace detective vía un curso por correspondencia —en la actualidad, lo haría con un curso en línea— y que está consciente de que, en el caso mexicano, todo móvil de un crimen suele estar vinculado, de una u otra forma, con los abusos del poder o de cualquier simple comandante de grupo de alguna de las policías judiciales que en el salitre han sido.

Eddy Tennis Boy anda a caballo, lo mismo haciendo las letras de las canciones de Los Coyotes Hambrientos que aparecen intercaladas en los relatos de *Acetato*, que atendiendo los quereres de alguna Lupita o de una que otra vendedora de tamales originaria de Oaxacalifornia, con el polvoso Nezayorck como telón de fondo.

la importancia del lenguaje, del albur, de los chistes y de las historias personales. Yo nunca como entonces conocí tan bien a los seres que me rodeaban, sabía a qué aspiraban, qué les dolía, qué hombre o mujer les gustaba, porque tenía horas y horas para escuchar y decir los sueños”, en Rossi Blengio, *op. cit.*

Eddy Tennis Boy es banda y como tal se expresa, aunque su sapiencia logística proviene no sólo del referido curso por correspondencia, sino de la lectura de los clásicos del género policiaco, subsumidos en su discurrir por calles quizás no tan cosmopolitas como las ciudades descritas por Dashiell Hammet o por Raymond Chandler y demás caterva de narradores; no son tan propicias para el exacto aceitar del relato policiaco *noir*, pero así se llamen Carmelo Pérez —nombre de una avenida con que se rindió homenaje en el Neza primigenio a un hermano del matador Silverio Pérez—, resultan más complejas que cualquier oscuro callejón en Los Ángeles o Nueva York.

Eddy Tennis Boy, como todo buen detective, ha tenido seguidores. Esto es, lectores. Y críticos. No puede pasar inadvertido su regreso, como no lo fue su primer episodio, *El misterio del tanque*, que motivó los siguientes juicios por parte de Ignacio Trejo Fuentes:

El entorno, los protagonistas y sus modos particulares de vida y esencialmente su habla, sus modos de expresión corresponden con fidelidad a una concepción de un tipo específico de literatura, reñido de antemano con lo solemne y propuesto con el mayor desparpajo para llegar a la demostración de una esfera social, política, artística, concreta y viva. Los personajes son desmadrosos, “mal hablados”, dispuestos siempre a salir victoriosos del reto cotidiano del “te jodo o me jodes”. Y en ese sentido puede verse la apuesta de Villegas: literaturizar, como lo han hecho antes Pérez Cruz y Armando Ramírez (éste en su propio ámbito) esos trozos de vida, de gente, de ciudad que nacieron ya como literatura; documentar con todo el optimismo y desenfado un entorno que le atañe directamente y quiere compartir con el lector para sacarlo, por lo menos el tiempo de la lectura,

de su propio medio y llevarlo a otro. Y ésa es una función mayor de la literatura.²⁵

Véase también lo escrito por el novelista policiaco argenmex Rolo Diez, en un artículo en el cual comentaba, también en 1990, la aparición del citado estreno de Eddy Tennis Boy:

Para los que no la conocemos, el mito de Neza consiste en tres millones de gente pobre organizados (o desorganizados) en una vasta zona polvorienta. Tendrá su parte de verdad el mito y tendrá su parte de tontería, sin descartar que pueda tener su parte canallesca. La tontería, en todo caso, consistirá en aceptarlo. Lo canalla sería considerar que es natural que una ciudad así exista”.²⁶

Se expone en estas líneas ese mito de Nezahualcóyotl como espacio precario e inhóspito, pero donde habían llegado a habitar millones de personas, en una tremenda suma cuantitativa de la cual sólo se destacaría la reproducción de la miseria. Neza sería, simplemente, desde esa perspectiva, una inmensa ciudad perdida pero con la pujante fuerza social de sus habitantes.

Otra cosa había visto el poeta y crítico Juan Domingo Argüelles en un temprano artículo sobre *El blues del chavo banda*, en el que hace referencia al episodio inicial de la saga de Eddy Tennis Boy. Para Argüelles, *El blues del chavo banda*:

... continúa la línea paródica que Eduardo Villegas inició con *El misterio del tanque*. Pero aquí ya no hay enigmas que resolver

²⁵ “Eduardo Villegas: *El misterio del tanque. Para leerse sin corbata*”, *Sábado de Unomásuno*, núm. 665, 30 de junio de 1990.

²⁶ “País Neza”, *El Universal*, 10 de agosto de 1990.

sino situaciones que relatar. Villegas reconstruye el habla popular de los jóvenes, poniendo de su parte un guiño de ironía y a veces un mucho de sarcasmo. El lenguaje así se torna punto de vista rebelde para con el autoritarismo, sin que haya en ello demagogia. Villegas no modifica el habla de las bandas sino que lo retrata (valga decirlo así) y le da la dirección adecuada. Certera, el habla popular da en el blanco. El relato deviene narración testimonial, crónica, cuento con ficción, en un híbrido burlesco, carnavalesco, esperpéntico. Lo testimonial, en el caso de la literatura de Eduardo Villegas, no tiene que ver con la sociología y la libreta de apuntes, sino más bien con la vida cotidiana, con la experiencia personal: el relato surge de la condición marginal y del gusto por transformar el lenguaje en un arma cortante. En *El blues del chavo* banda identificamos perfectamente a un sector social a través de un lenguaje que es también defensa ante la descalificación anticipada de los solemnes.²⁷

Habría que acotar: es discutible esa intención paródica atribuida a esta obra de Villegas Guevara, y en cambio, convendría remitirse a la reflexión ya expresada de que, en el caso mexicano, es imposible aplicar las reglas del canon tradicional de la literatura policiaca. No es parodia, sino una propuesta de lo policiaco creíble y divertido, por lo mismo, en el entorno de la sociedad mexicana o específicamente necense.

En tanto, el lenguaje de esta primera fase necense en la narrativa de Eduardo Villegas Guevara ha motivado críticas encontradas, pues ha habido lo mismo quien alaba ese aspecto en el estilo de este autor, que quien lo ha cuestionado con cierta

²⁷ "El blues de Eduardo Villegas", *El Universal*, 31 de julio de 1991.

severidad. El propio Villegas Guevara reconoce la importancia del lenguaje necense:

[Eduardo Villegas] Considera que algo de lo más vital de Neza está en su lenguaje. Entre el albur, el doble sentido, los puntos suspensivos, el jugar con las palabras, el destrozarlas, el pronunciar el inglés a lo pocho-neza, se ha conformado una nueva lengua en la que lo correcto es escribir jaus y no house.²⁸

El manejo de ese lenguaje fue objeto del reconocimiento del crítico Ignacio Trejo Fuentes, quien en un texto acerca de *Acetato* estimó que:

Las historias contadas por Eduardo resumen violencia pero al mismo tiempo mucha humanidad; en medio de ese difícil panorama sobrevive el anhelo de cosas y tiempos mejores, la ilusión inquebrantable de ser alguien, algo en la vida. Destaca su habla peculiar, atendida casi siempre a la desnudez, al rechazo de los dobleces: al pan pan y al vino vino; hay por eso abundancia de albrures y mentadas de madre, ‘malas palabras’ que hacen sonrojar a las buenas conciencias, una dureza verbal incuestionable y efectiva, natural, auténtica. Y es que el autor, por haber vivido casi siempre en Neza conoce ese ámbito y a su gente, y por eso la suya no es una visión turística ni tiene pretensiones antropológicas ni de algo parecido: es el reflejo, muy bien literaturizado, de una realidad, y por eso en sus historias se respira un aire sofocante y sin embargo irresistible. El escritor caracteriza correctamente situaciones y personajes, suscita inquietudes, transmite la atmósfera

²⁸ Luis Enrique Ramírez, *op. cit.*

sofocante que rodea a aquéllos, y eso habla de su sensibilidad, de su oído fino y de su capacidad de observación.²⁹

Distinta es la conclusión de Abelardo Gómez Sánchez sobre *El misterio del tanque*. En un texto que data de 1990, Gómez Sánchez formulaba la siguiente opinión sobre el lenguaje utilizado por Villegas Guevara en la construcción del detective necense:

... aun tratándose de un personaje satisfactoriamente trazado, creíble, creo que hay elementos que lo vulneran: el prurito eufemístico (la pudibundez lingüística de Villegas en los monólogos de un personaje nada menos que de Neza), su puerilidad, su candor mal avenida (narrativamente) con el ámbito *underground* que se nos sugiere. Esto lo confina a la artificialidad, a un desfase entre personaje y ambiente. Si el autor pretendió la construcción de un detective paródico (y así lo creemos) le faltó arriesgarse más, radicalizar la elaboración del personaje. Por otra parte no se logra —más que excepcionalmente— el verdadero humorismo y sí una fácil comicidad.³⁰

Habrá que ver. Regresar a la edición de *Las aventuras de Eddy Tenis Boy* de 2006, en Nueva Imagen, donde se incluyen “El misterio del tanque”,³¹ “El misterio del perro botijón” y “El misterio de la ranita”, o aprovechar la presente edición con los tres relatos policíacos con los que retorna el joven Eddy, esto

²⁹ 2006, *op. cit.*

³⁰ “Tanques vemos, rateros no sabemos”, *El Financiero*, 19 de marzo de 1990.

³¹ También circula una nueva edición de este título, de 2010, bajo el sello de Cofradía de Coyotes.

es, “El cachondo caso del Siete Mugres”, “La misteriosa llamada del desamor” y “Las aventuras del Cacahuatito de Oro”.

EL EREMITA

Lalo Villegas es hiperactivo. Lo mismo se lo puede encontrar pasando la temporada de noviembre en la Feria Internacional del Libro en Guadalajara, que, en los comienzos de cada año, en la de Minería, o en la que se instala en el zócalo capitalino, o en la plaza Fray Andrés de Castro de la ciudad de Toluca, donde la UAEM monta la Feria Nacional de la Industria Editorial, Fenie, o en la que se coloca en las instalaciones de la exhacienda La Pila, sede del Centro Cultural Mexiquense...

Esta presencia, que le exige gran movilidad, se debe a su compromiso con la comunidad de autores participantes en el proyecto editorial de Cofradía de Coyotes, con sus distinguibles tomos editados en fondo negro o, en el caso de la colección de literatura infantil, en fondo blanco. Decenas de títulos se van acumulando bajo este sello y, sobre todo, se mueven en el mercado de las ferias librescas del país.

Si no hay feria en curso, Lalo Villegas puede estar en su amada Colombia o en Ecuador, o en Tamaulipas, donde convive con escritores, editores y funcionarios de áreas de cultura, con quienes “amarra” proyectos de coedición para proyectar el trabajo de autores de uno u otro rincón.

Si no está en América del Sur o en el norte del país, bien puede estar presente en las asambleas del Centro Toluqueño de Escritores, desde principios del siglo actual convertido en asociación civil, que persiste, a pesar de todo, con la intención

de fomentar la profesionalización del gremio de escritores del Estado de México.

Si no ha viajado más allá del río Suchiate ni ha cruzado la línea mental de La Marquesa, es posible que se encuentre dictando su cátedra en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Plantel Cuauhtepac, donde mantiene el pulso en diálogo con nuevos prospectos de escritores.

Pero hay temporadas en que Eduardo Villegas Guevara se convierte en eremita. Acude a Metepec y, en la casa del poeta “Primero sueño”, ese espacio (lleno de libros, películas y pinturas) dedicado a sor Juana Inés de la Cruz, donde se encierra a escribir. A crear. Sin teléfono. Sin contacto con la gente, sin que se le aparezcan los numerosos cuates que, por ejemplo, debe de tener en cualquier rincón de Nezahualcóyotl.

Por lo mismo, él distingue entre los libros que ha escrito y los libros que ha publicado. Son más los primeros que los segundos, que no son pocos, como pudo verse en el enlistado correspondiente. Ocurre que este eremita encierro comprende un proceso de enfriamiento de las obras para, conforme transcurra un periodo prudente, volver a echar el ojo a las líneas escritas, al resultado del esfuerzo ante la pantalla en blanco.

Sólo entonces, con esa nueva mirada, Eduardo Villegas Guevara toma la decisión y un día aparece un nuevo libro de su autoría. Pueden ser relatos policíacos, una compilación de poemas, o bien una obra de teatro o una colección de cuentos infantiles.

Mientras tanto, Eddy Tennis Boy se mete a desfacer entretijos en el complicado oriente del Estado de México.

Zinacantan, Estado de México, abril de 2013.

FUENTES CONSULTADAS

- Aranda Luna, Javier, “El escritor, Premio Juan B. Tijerina. Para mí escribir es una terapia: Villegas Guevara”, *La Jornada*, 6 de noviembre de 1988.
- Benglio, Rossi, “Eduardo Villegas presenta hoy su Acetato. En las orillas del asfalto, aún”, *El Financiero*, 25 de octubre de 2006.
- Caballero, Jorge, “Con Acetato Eduardo Villegas comienza la revisión de sus 25 años como escritor”, *La Jornada*, 27 de enero de 2007.
- Cándido, Antonio, *Iniciación a la literatura brasileña*, UNAM-CCYDEL, México, 2005.
- Domingo Argüelles, Juan, “El blues de Eduardo Villegas”, *El Universal*, 31 de julio de 1991.
- Estrada, Josefina, Emiliano Pérez Cruz-Biografía. *La vida: función sin permanencia voluntaria*, Editorial Colibrí-Ayuntamiento de Nezahualcóyotl, México, 2000.
- Güemes, César, “La verdad que hay en el mundo solamente la intuimos: Eduardo Villegas”, *El Financiero*, 20 de enero de 1997.
- Herrera Arciniega, José Luis, “Te llamarán Edomex. Identidad estatal en la narrativa mexiquense, 1981-2007”, tesis de doctorado, Facultad de Humanidades de la UAEM, 2011.
- Lorenzo Jaime, “El misterio del tanque”, *El Universal y la Cultura*, México, 12 de agosto de 1989.
- Ortiz, Arturo y Eduardo Villegas, *Primeros aullidos*, Cofradía de Coyotes, Metepec, 2008.
- Diez, Rolo, “País Neza”, *El Universal y la Cultura*, México DF, 10 de agosto de 1990.
- Ramírez, Luis Enrique, “Eduardo Villegas presenta, el domingo, *El misterio del tanque*. El lenguaje, algo de lo más vital en Nezahualcóyotl”, *El Financiero*, 22 de septiembre de 1989.

- Robles, Leonel, “De la literatura y los chavos banda. Entrevista con Eduardo Villegas”, *El sol de la cultura*, 5 de enero de 1992.
- Gómez, Abelardo, “Tanques vemos, rateros no sabemos”, *El Financiero*, México DF, 19 de marzo de 1990.
- Trejo Fuentes, Ignacio, “El blues del chavo banda”, *Siempre*, núm. 2257, México DF, 4 de agosto de 1991.
- _____ “Eduardo Villegas, *El misterio del tanque*. Para leerse sin corbata”, *Sábado de Unomásuno*, Núm. 665, 30 de junio de 1990.
- Zafra Zurita, Moisés y Rolando Rosas Galicia, *La eterna noche de los tiempos. Narradores del Estado de México*, IMC, Toluca, 2006.

El regreso de Eddy Tennis Boy

El cachondo caso del Siete Mugres

*Para Vicente Francisco Torres,
por incluirme en su libro Muertos de papel,
junto a otros detectives mexicanos de primer nivel.*

*Atentamente
Eddy Tennis Boy*

—Somos diferentes —le contesté—. Mi trabajo tiene por finalidad meter a la gente en la cárcel, y me pagan por ello, aunque no tanto como debieran.

—No veo la diferencia. El mío tiene por objeto encerrar a la gente en un libro, y por eso me pagan, aunque no tanto como debieran.

—Sí, pero, ¿de qué sirve eso?

—¡Dios lo sabe! ¿Para qué sirve meter a la gente en la cárcel?

—Alivia la congestión —dije—. Si metieran en la cárcel a una cantidad suficiente de personas, no existirían problemas de circulación en las calles.

DASHIELL HAMMETT

La maldición de los Dain.

CAPÍTULO PRIMERO

Eddy Tennis Boy inicia la mañana con un champurrado y de paso se ejecuta un tamal dorado

Salí de casa saboreándome una rica torta de tamal. Era lunes y todavía no complacía el antojo de mi lombriz, pero estaba a dos calles de lograrlo. Traía puestos mis pantalones de mezclilla, porque resisten el desgaste y ocultan la mugre más tiempo. También me puse mis tenis, porque resultan más cómodos y los consigo a buen precio en el tianguis. El único problema es que cuando camino mucho, las dos extremidades que tengo por piernas —mismas que cariñosamente denomino patas—, me sudan tanto que hasta la fecha no conozco ningún talco que elimine ese penetrante olor y jugoso sudor. Iba decidido a desayunar en la esquina de la avenida Carmelo Pérez, sitio memorable porque la tamalera tiene bolillos del día y unos tamales muy ricos. Los tamales de salsa verde son de antología, pues, aparte de la salsa, de vez en cuando aparece un buen trozo de carne. Yo soy uno de esos afortunados, pues, los demás clientes devoraban sus tamales retacados de salsa con mucha resignación. Eso sí, doña Lucha no escatima las raciones de picante y, dos días después de haberlos saboreado, algunas personas aún los siguen recordando.

Llegué a la esquina de la avenida Carmelo Pérez y, de bolón pimpón, pedí un champurrado de chocolate. Al ver la olla con el atole de arroz con leche, se me hizo agua la boca, pero seguí fiel a mi champurrado. Me considero una persona de lealtades. Sin embargo, cuando estaba por pedir mi torta de tamal verde, cambié súbitamente de parecer. Hasta la vendedora se extrañó, pero resulta que doña Lucha, hembra de piel morena y agraciada con unos enormes pechos y una grandísima cadera, fue sacando los tamales que acababa de freír. Sentí que la ansiedad del estómago me forzaba a pedir un tamal. Doña Lucha, siempre servicial, me lo envolvió por un lado con papel estraza y me lo entregó con una gran sonrisa. Me lamí los labios, pues la garnición que acompañaba al tamal dorado se veía deliciosa; los pechos morenos y rechonchos de la dama brincaban alborotados cada que extendía los brazos. La sonrisa y su graciosa perchonalidad eran gratis; solamente me cobró siete pesos: cuatro por el tamal dorado y tres por el chapurrado.

—Ahorita le pago —dije, mientras le incrustaba el diente a la punta más dorada del tamal y su masita refrita tronaba exquisita en mi boca.

Cuando iba a la mitad de mi tarea, el tamal aún me quemaba la lengua y los enormes labios, escuché una fuerte explosión. Por esos días estaba leyendo *El Manual contra atentados terroristas*, así que, gracias a mi instinto natural y también a mi entrenamiento, me replegué contra el poste de luz para evitar el peligro. Doña Lucha me vio brincar como si fuera un chapulín dorándose en el comal caliente y, aunque se quedó admirada con mi agilidad, comenzó a reírse por la cara de espanto que puse. El ruido no anunciaba nada bueno. Sin embargo, cuando inspeccioné los alrededores, descubrí que la explosión la producía un camión materialista que estaba por entrar a la calzada.

Hubo una segunda explosión y comprobé que era el motor del camión que apenas podía con su carga. A cada explosión, el vehículo arrojaba una buena cantidad de humo y tenía serios problemas para circular. Doña Lucha, la tamalera, seguía riéndose y yo traté de recuperar la calma. Me retiré del poste y le di un trago a mi champurrado para demostrar una tranquilidad que no sentía. Sabiendo que no había peligro a la vista, descubrí lleno de gusto que no derramé ni una sola gota de atole al momento de brincar para ponerme a salvo detrás del poste de luz.

Las explosiones se repitieron varias veces más, hasta que el camión materialista se quedó parado al entrar a la calzada. Debido a su tamaño, sólo dejó un carril libre. A esa hora la circulación de los vehículos y, sobre todo del transporte público, era abundante. Cuando me terminé el tamal dorado, ya circulaba una gran cantidad de mentadas de madre, con chiflidos y pitidos. Sin preocuparme del tránsito ni de las mentadas, me pedí otro tamal dorado para comérmelo por el camino. Pagué el importe exacto con una moneda de diez pesos y, después de echar una mirada al despiporre que se había formado esa mañana, me regresé a mi cantón.

El camión de materiales llevaba varios bultos de cemento y otros bultos de calidra. Además de varios metros de arena. Detrás del camión estaba el coche de don Pepe Camacho, el dueño de la casa de materiales, quien trataba de echar a andar su carcacha. Decidí regresar a casa para hincarle el diente al desayuno que mi madre preparaba, pues, el tamal mañanero sólo era un tentempié para aguantar la llegada de la hora del almuerzo y lo último que vi fue a don Pepe pateando al camión que lo había sacado de pobre.

Por la tarde, abandoné mi cuarto en la azotea para echarme una cascarita de fútbol con los cuates de la cuadra. Al final

tuve que cooperar para pagar las caguamas, pues los integrantes de mi equipo andaban muy chaquetos y perdimos once goles a siete. Claro que no me sentía apesadumbrado por la derrota, me consolaba porque yo había metido cuatro de los siete goles de mi equipo. Todo se lo debo a mis tenis y a mi buena puntería; pues tiro unos cañonazos que queman las manos de cualquier portero. Después de merendar, olvidé por completo la derrota futbolera y concluí la lectura del *Manual contra atentados terroristas*. Elaboré diez tarjetas informativas para consultarlas más adelante. Después hice cuarenta lagartijas, cien sentadillas y, durante diez minutos, manejé los chacos frente al póster de Bruce Lee. Ya casi nunca me golpeaba los codos, al momento de manejar los chacos. De algo me había servido ver todas las películas del maestro del kung-fu. Mi admiración por Bruce Lee surgió desde que lo conocí como *Kato*, en la serie del *Avispón Verde*, había ido aumentando a través de sus películas. Mientras que mi interés por la vida y obra de Ernesto *El Che* Guevara se quedó estancado. El cartel del Che Guevara era de tamaño carta y su rostro aparecía en blanco y negro, mientras que el póster de Bruce Lee era tamaño cuatro cartas y estaba a todo color sobre una pared de mi cuarto. A pesar de las diferencias entre ambos personajes, seguían siendo mis máximos ídolos. Después de estas reflexiones, decidí que era momento de irme a la cama.

CAPÍTULO SEGUNDO

Donde vemos que Eddy inspecciona un enloquecido corazón y, aunque su morrita anda lejos, se la jalonea con emoción

Como todas las mañanas en que tenía unos cuantos pesos de sobra en el bolsillo, visité de nuevo a doña Lucha. Eso hice el martes, pero ya no encontré a la tamalera con la sonrisa a flor de labios, ahora andaba apurada y mirando para todos lados. Me sirvió el chapurrado y, cosa nunca vista, me entregó el vaso todo chorreado. La oaxaqueña, afincada en Nezayorck, se cargaba un pulso de maraquera. Un día antes quedé muy contento con el tamal dorado y pensaba repetirme la dosis. Pero, al mirar el comal, vi que los tamales que nadaban en el aceite estaban muy quemados y abandoné la idea. Pedí mi clásica torta de tamal verde, para no arriesgarme a perder el apetito.

—¿Qué le pasa, doña Lucha? —le pregunté, extrañando su sonrisa y el jacarandoso vaivén de sus caderas.

—N´ hombre; ayer, cuando brincaste por el susto, me ganó la risa. Pero, si hubieras visto mis reacciones, te hubieras muerto de la risa. Figúrate que me tapé con una hoja de tamal, como si con eso pudiera evitar el peligro.

—¿De qué peligro habla?

—¿No sabes qué secuestraron a don Pepe? —moví la cabeza para decir que no, pues acababa de darle una mordida a mi torta de tamal—. Lo agarraron mientras encendía su camión y, como había problemas con el tránsito, los secuestradores tuvieron dificultad para escapar y dispararon varias veces. A la mueblería de la esquina le tocaron varios tiros y yo pensé que me tocaría una bala. De veras que soy muy sonsa. No quise abandonar mi mercancía y sólo agarré dos hojas de tamal para taparme la cabeza. Cuando los secuestradores desaparecieron, quise secarme el llanto con las hojas de maíz. ¡Qué disparate! Si hubieran disparado en más ocasiones, ahora sería la difunta Lucha.

—No creo que alguien quiera dispararle, doña Lucha —le dije tratando de animarla, aunque estaba pensando dispararle con otro armamento—. Yo me protegí bien porque tengo cierta preparación; no se olvide que soy investigador privado —le dije tratando de exterminar mis pensamientos calenturientos.

—¡No sabes cómo te envidio! —exclamó doña Lucha—. Así podrás andar más tranquilo. Después del secuestro de don Pepe, ya nunca nos faltarán problemas en este barrio. ¡Chin, ya se me quemaron los tamales!

Los tamales salieron del aceite completamente negros por un lado. Así que la tamalera agarró un cuchillo para rasparles la parte ennegrecida.

—A ver si me los compran, aunque los venda baratos —se lamentó doña Lucha—. Parece que este día sólo tendré pérdidas.

—No se preocupe por el negocio, mejor cuide su corazón.

—Esa parte de mi cuerpo ya no tiene remedio. Desde la balacera está muy alterado. Mira, sus brincos se escuchan hasta la avenida Texcoco.

Doña Lucha me tomó una mano y se la colocó en el pecho. ¡gulp!, justo en medio de sus senos. Me quedé boquiabierto,

sintiendo la exquisita tibieza de la oaxaqueña. Mis ojos se desritieron sobre la carne morena que palpaba y, un momento después, percibí los latidos de su corazón. También comencé a sentir unos latidos muy íntimos de mi cuerpo. No quisiera decirlo, pero, ¡Chin!, me calenté en un dos por tres. Como buen machín no me incomodaban las erecciones, pero ese momento no era adecuado para andar con la espada desenvainada. Lupita andaba de vacaciones en su pueblo y no regresaría hasta después de semana santa.

—¿Verdad qué retumba mucho? —preguntó doña Lucha.

—Eso no se puede negar —respondí pensando en la erección que experimentaba.

Traté de alejar mis cachondos pensamientos, pues mis pelitos pagaban las consecuencias. Así que me concentré en los latidos de doña Lucha y al instante descubrí que su corazón estaba más acelerado que mi sexo.

Luego doña Lucha me soltó la mano y tomó el cuchillo para continuar raspando los tamales que se le habían quemado y que pensaba vender a menor precio. Con gran desilusión, me guardé la mano en la bolsa del pantalón para que no perdiera la tibieza de aquellos senos. Luego, no tuve más remedio que sacar la moneda de diez pesos y pagarle. Cuando caminaba rumbo a casa, decidí masturbarme con el bello recuerdo de la tamalera. Cuando me encerré en el baño recordé que no me había devuelto el cambio. No importa, concluí mientras sacaba de la bolsa de mi pantalón la mano que se había posado entre sus enormes y tibios pechos. Luego, mientras me chorreaba pensando en la tamalera, tuve la intención de conquistarla. No hay peor lucha que la que no se hace, me dije, además no le conozco ni marido ni mamante. Luego subí al cuarto que habito en la azotea de mi casa y comencé a leer *La piel de zapa* de Balzac. La novela

estaba bastante entretenida, pero debido a la chaqueta que me había hecho, me adormecí enseguida.

Pronto me olvidé del susto que sufrió doña Lucha aquella mañana y del secuestro de Pepe Camacho, el dueño de la casa de materiales de la colonia Glorioso Lodazal. Sólo me sentí un poco infiel, porque me había masturbado sin pensar en Lupita, pero ella andaba muy lejos y mis ganas no la pudieron esperar. Yo estaré pensando todo el día en ti, me había dicho mi novicieta santa, cuando se despidió para irse de vacaciones al pueblo de su familia y yo me quedé admirando su bella espalda y su ajustado uniforme de enfermera, que podía curar a cualquier moribundo sin que supiera nada de medicina. Yo también pensaré en ti en todo momento, le había dicho. Por eso me sentí infiel, porque las carnosidades de doña Lucha se habían interpuesto entre la palma de mi mano y mi cuerpo. Tratando de borrar que había faltado a mi palabra, me dije saliendo del baño: Ojos que no ven, corazón que no siente. Nadie me había visto y seguramente Lupita nunca se daría cuenta de mi engaño mental.

CAPÍTULO TERCERO

Nuestro detective acepta un encargo nada complicado, pues carecía de energía para trabajos más pesados

El martes estuve bien chaqueto; tirado en la cama y dormitando por largos ratos: A duras penas pude concluir la lectura de *La piel de zapa*. La culpable de este desgano fue doña Lucha, pues me permitió sentir los latidos de su corazón. El miércoles no quise salir a buscar mi champurrado ni mi tamal en la calzada. Me quedé encerrado, en primer lugar, porque carecía de dinero y, en segundo lugar, porque no deseaba calentarme viendo a la sabrosa oaxaqueña. Como no tenía ningún caso que investigar, decidí estudiar algunos temas relacionados con mi profesión de detective. Recordé con agrado *El manual contra atentados terroristas*, pues hasta doña Lucha había valorado mi reacción para protegerme. En el país las cosas andaban en son de paz, sin embargo veía tanta pobreza que de un momento a otro podía brincar la liebre de los cocolazos. Hasta doña Lucha lo había vaticinado cuando la encontré asustada por el secuestro de don Pepe Camacho; el barrio ya no podrá estar tranquilo.

Pensé en el secuestro de don Pepe Camacho y concluí que nunca me encargarían resolver un caso como ése. Sin embargo, me imaginé rescatando a la víctima y haciéndome famoso en la

colonia. Lástima que el caso quedara en manos de los judiciales, me dije, pues los hijos de don Pepe Camacho aflojarían muchos billetes para que los investigadores lo encontraran. También podrían soltarles el varo a los secuestradores, pues tenían lana de a montones. Muchas de las casas de Nezayorck, por no decir todas, se construyeron con los bultos de cementos y de calidra que salían de las bodegas del materialista. Muchos muros se levantaron con los tabiques que salían de su tabiquera, lo mismo que la grava, las varillas, los anillos y demás materiales de construcción que terminaron por hacerlo un hombre muy rico.

En cuanto los plagiarios de don Pepe Camacho exigieran una buena cantidad por el rescate, sus familiares pagarían de inmediato para que soltaran al viejo ricachón; pues sus hijos lo adoraban y si su mujer viviera todavía, soltaría toda la plata que hiciera falta. Doña Gertrudis, que en paz descansa, se las hubiera ingeniado para conseguir todo el dinero que necesitara, pues mientras la señora estuvo a su lado, metió el hombro como pocas mujeres lo han hecho para sacar el trabajo de su marido. Así que, tarde o temprano, sus hijos soltarían el dinero a cambio de recuperar con vida al materialista. Eso terminé pensando y me olvidé del caso. Cuando cambié de tema, nuevamente doña Lucha acudió a mi mente y pensé en ella con tal intensidad que estuve a punto de pedirle a mi jefecita los diez pesos que necesitaba para el tamal y el champurrado que me ejecutaba como desayuno. A las diez de la mañana en punto decidí no molestar a mamá y, sacando a relucir mi espíritu estoico, esperé a que llegara la hora del almuerzo familiar.

Cuando estaba por abrir un nuevo libro de técnica policial, *El manual de procedimientos policiales*, escuché dos voces que conversaban en el patio de la casa. Parando oreja descubrí que una voz pertenecía a la señora Pancha y la otra a mi progenitora.

Ambas estaban platicando en el patio. Seguramente se encontraron en la lechería, pensé, y ahora están en una charla de comadres. Seguí revisando el libro. Apenas estaba leyendo el índice, cuando escuché que me llamaba con urgencia.

—¡Eddy, quiero que bajes pronto.

Pensé que las tortillas vendrían calientes y que tenía que bajar para almorzar sin contratiempos. Así que salí de mi cuarto en la azotea y, para no ensuciarme las manos agarrando los barrotes de la escalera, me eché un brincó y caí encima de la arena y de la grava que mi padre amontonó en una esquina del terreno.

—¡Ya sabes que no me gusta que brinques de la azotea! ¡Un día te vas a romper alguna pierna!

—Pero, ya sabe que lo hago con mucho cuidado, jefa. Además, no quería ensuciarme las manos antes de almorzar.

—De todos modos, no te sentarás en la mesa hasta que hables con mi comadre Pancha. Cuando termines de atenderla, te lavas las manos y, entonces sí, pasas a desayunar.

—Está bien, mamá.

Cuando mi mamá da instrucciones delante de la gente, más vale obedecerla o atenerse a las represalias. Así que me quedé quieto y, mientras mi jefecita se encaminaba al interior de la casa, traté de atender a la visita.

—¿Qué se le ofrece, señora Pancha?

—Pues, fíjate que tengo una gran apuración; Nicanor salió desde el lunes y, como no ha vuelto a casa, estoy muy preocupada.

Yo no entendía su apuración. Nicanor era de sobra conocido en el barrio como un borrachales que se extraviaba por unos días, mientras le duraba el dinero de su quincena. Luego volvía muy mansito al hogar que mantenía la señora Pancha. Con

arrumacos y una gran labia, le solicitaba el alimento de todos los días y le rogaba que le prestara unos cuantos billetes para pagar los pasajes y poder asistir a su trabajo. Cosa que sucedía, hasta que llegara la próxima quincena, donde, después de un corto intervalo, se desaparecía de nuevo para irse a beber con sus amigos, otro clan de borrachos que asolaban a varias mujeres del barrio. En realidad el círculo vicioso tenía su gracia, pues, al parecer la señora Pancha y las otras mujeres, les brindaban apoyo a sus maridos a cambio de prolongadas e intensas sesiones de amor. Por eso dudé en hacerle la primera pregunta que se me vino a la mente. No quería ni me correspondía poner en evidencia a su marido.

—¿No andaré de parranda, señora Pancha?

—Ojalá. Tú sabes que cuando se le mete el alcohol en las venas, se pone cariñoso y después de las borracheras se pone a trabajar como negro. Ya hasta extraño esas buenas temporadas de mi viejo. Pero, no creo que ande en el chupe. Esta vez le juró a la virgencita de Guadalupe que no tomaría durante seis meses y a ella nunca le falla.

—Entonces, ¿dónde podrá andar, señora Pancha?

—Eso es lo que quiero que averigües. Platicando con tu mamá supe que eres detective privado y que localizas mascotas, coches robados y hasta personas. Así que quiero que me ayudes a encontrar a Nicanor. Ya te dije que anda jurado y de momento sólo he pensando que podrías buscarlo en casas de mis hijas. A lo mejor se quedó con alguna de ellas.

—Y, ¿por qué no lo busca usted misma, señora Pancha?

—Me gustaría, pero no puedo dejar el negocio cerrado —se refería a un pequeño local que tenía en el mercado—. Cuando Nicanor anda sin trabajo, de ahí comemos todos. Además, tu mamá me ha dicho que cobras barato. Yo me quedo atendiendo

el puesto de chiles, mientras tú te encargas de localizar a mi viejo, y te ganas unos centavos. ¿Qué te parece?

—Creo que todos salimos ganando. Dígame, entonces, ¿cuándo se extravió Nicanor?

—Desde el lunes. Esa mañana salió muy bien bañado y perfectamente rasurado; hasta me gustó el beso que me dio de despedida. El sábado se había cortado el cabello para causar buena impresión en el trabajo, pero, el chiste es que ya no regresó.

—Y, ¿con cuál de sus hijas puede estar?

—Puede estar con María del Carmen o con María Elena, porque el trabajo queda cerca del Estadio Azteca y ellas viven por allá. Pero no tengo forma de comunicarme con ellas, porque ninguna tiene teléfono.

—Bueno, déme las direcciones de sus hijas y buscaré a Nicanor. Le cobraré cien pesos por cada día que dure mi búsqueda. Esto no incluye los gastos de transporte, mismos que le sumaré cuando haya localizado a su marido.

—Me parece bien, pero no te vayas a mandar usando puros taxis. Primero quiero que busques a mi viejo en casa de mis hijas, pues no le gusta causar tantas molestias y puede dormir un día con una y al día siguiente puede irse con otra.

—Claro. Y, ¿cómo salió su marido ese día, señora Pancha?

—Iba un poco enojado, porque le dije que se olvidara de ese trabajo. Y la verdad sigo pensando que tengo razón. El puesto de chiles deja muy buenos centavos. Sólo que Nicanor está de necio queriendo probar su independencia. Así que se arregló y se fue muy temprano. Pero, te repito que no anda de parrandero, porque nunca rompe su juramento cuando lo hace en la villita y ante la virgen.

—Bueno, al rato paso por las direcciones y de una vez me adelanta cincuenta pesos para los camiones. Luego le haré un

reporte con los gastos. Ahorita no la acompaño porque ya me están rugiendo las tripas y necesito desayunar.

—Está bien, Eddy; búscame en el mercado, porque ya me voy al puesto. Ahí te doy el dinero del transporte y la dirección de mis nenas. Pero, échale muchas ganas para encontrar a mi viejo Nicanor.

Después de esta angustiada petición, conduje a la señora Pancha a la puerta de la casa y me despedí de ella. Enseguida, me lavé las manos en la llave del patio. Y al entrar a la cocina, le pedí un trapo a mi jefa. Después de secarme, abrí el paquete de tortillas y comencé a rellenar el estómago con un par de huevos a la mexicana y una enorme taza de café.

Mi carnala Nereyda estaba almorzando con un libro en la mano, pues por esas fechas tenía exámenes finales en la universidad y se mataba estudiando. Sin embargo, como me vio comiendo en silencio, no pudo aguantar la curiosidad.

—¡Te ves muy apachurrado! —exclamó Nereyda—; ojalá no sea nada malo —dijo y volvió a su lectura.

—Si necesitan algo más, ustedes se lo sirven —dijo mamá, mientras ocupaba su lugar en la mesa.

Ninguno de los tres intentó hablar o comentar algo y por eso el silencio se hizo más intenso y, para colmo de males, la radio estaba apagada. Mi carnala Nereyda fue la siguiente en hablar, pues sentía cierta incomodidad alrededor de la mesa.

—¿Extrañas mucho a tu novia? —preguntó.

—Estoy callado por otra razón —dije, pero apenas levanté la cara.

—¡Qué bueno! —dijo Nereyda—. Porque a veces pienso que tu corazón no aguanta ni dos días sin amor.

—¡No me gustan que hablen en la mesa! —dijo mi jefa—; ¡Apúrense a almorzar!

—Está bien, mamá —dijo Nereyda y se concentró en los huevos a la mexicana y en su libro de economía. Con una mano en el taco y con otra pasando las hojas de su libraco, no pasaron ni dos minutos y mi hermana volvió a tomar la palabra—. Oye, carnal; no te vayas a apachurrar por cosas del amor.

—Eso no me preocupa —respondí con un tono de voz altanero.

—Ah, ya sé —dijo Nereyda—: A lo mejor piensas que alguien te quitará tu almuerzo. No te preocupes; ya sabemos que eres un tragón.

Las tres personas que estábamos en la mesa soltamos una breve risa, pero a continuación seguimos almorzando en silencio. A esas horas Francky Tennis, el jefe de la familia, ya estaba en el cuartel de Guardias Presidenciales. Mi hermana Nereyda saldría hacia la universidad y yo tendría que ir al mercado para ver a la señora Pancha, quien me daría el dinero de los pasajes y la dirección de sus hijas. Sólo mi mamá, doña Remy Boy, pasaría un día tranquilo en la casa. Así inicié la búsqueda de Nicanor. Claro que hubiera preferido localizar a don Pepe Camacho, el dueño de la casa de materiales, pero se trataba de un secuestro y eso le correspondía a las autoridades judiciales. Todo se movía dentro de lo establecido. Lo único raro es que mi hermana me diera una cátedra sobre cuestiones de amor. A veces se apasionaba hablando de conciencia social y de estrategias políticas, pero nada relacionado con las inversiones sentimentales de nosotros dos. Algún afecto estaba perdiendo el piso y como yo andaba sobrado de amor, no pensé que las emociones y los sentimientos fueran algo que tuviera que meditar en ese momento.

CAPÍTULO CUARTO

Donde vemos que Eddy entrevista a dos Mugres con frenesí y termina convencido de que recordar es sufrir

A Nicanor, el esposo de la señora Pancha que andaba desaparecido, le decían el *Siete Mugres*. Todos sus vecinos y amigos estaban enterados de su apodo, pero, como siempre sucede, el interesado lo ignoraba por completo. No era una persona sucia o mal aseada, lo llamaban así por otras razones. El mote se lo puso su compadre Felipe y todos sabemos que fue sin mala voluntad. Algunos años atrás, Felipe lo acompañó a la clínica donde su mujer daría a luz. En ese entonces Nicanor aseguraba que la embarazada daría a luz un machito, pues los tres partos anteriores le nacieron puras hembras. Así que su compadre lo llevó a la clínica y, después de palmearle la espalda, lo dejó al pendiente del parto. Apenas estaba echándose unos tacos de suadero en un puesto frente al hospital, cuando lo alcanzó Nicanor. Por la cara que llevaba, rápidamente adivinó el sexo del recién nacido, pero con el último gramo de esperanza le hizo la pregunta.

—Y, ¿qué fue, compadre?

—Otra mugre... —exclamó Nicanor y debido a la tristeza no pudo completar la frase. Seguramente quiso decir “otra mugre vieja”, pero dejó la frase sin terminar. A pesar de hallarse

apabullado y para evitar que se le cayera el mundo encima, ordenó seis tacos de suadero y se los comió sin decir ni media palabra. Felipe invitó los tacos y, aunque le pagó la cuenta a su compadre, el humor de Nicanor no mejoró. Parecía que en lugar de asistir a un nacimiento, hubieran recogido un muerto en el hospital.

Así terminó el cuarto alumbramiento de la señora Pancha y de esa manera se canceló la posibilidad de tener un varoncito que fuera tan machín como su papá. Nicanor no era un Juan Camaney, porque le faltaba algo de billete y mucho estudio, pero se le conocían dos o tres mujeres que empapaban las pantaletas gracias a sus habilidades amatorias. Ninguna de ellas ocupaba un lugar privilegiado en su vida. Estas hembras eran como pañuelos desechables para Nicanor. Nada de amor, sólo pasión, —decía— y agregaba que Agustín Lara, el gran *Flaco de oro*, le había enseñado que las mujeres sólo sirven para sonarse la nariz ombliguera. En el barrio nadie osaba preguntarle cómo conoció al gran compositor. Aunque se rumoraba que había sido su chofer o que en cierta ocasión le había boleado los zapatos. Sin embargo, aunque sus amigos más cercanos reconocían sus dotes de galán, Nicanor sólo procreaba su descendencia con la señora Pancha. Lo malo era que toda su prole eran puras hembras y él las veía sólo como estuches para caballeros.

Cuando Felipe divulgó lo dicho por su compadre, no lo hizo con mala intención. Está muy triste porque su mujer ha parido otra mugre más, dijo. Desde entonces comenzó a circular por el barrio el apodo: el *Cuatro Mugres*. Nicanor, sin sospechar cómo se referían a su persona, fue por la revancha al año siguiente. Antes de escribirle a la cigüeña, soportó tres días de abstinencia y durante quince días lo vieron con varias pencas de plátanos en la mano y todas las bananas desaparecían por su

boca. Ya hasta parece mago, le dijo don Macario, el frutero que le vendía las grandes cantidades de plátanos. Además, todas las mañanas pasaba por La Chalupita, la mejor marisquería del mercado 12 de Diciembre, y se ejecutaba un vaso grande de ostiones. De esta forma atiborró el organismo de puro fósforo, para que sus cromosomas salieran victoriosos al momento de fecundar a su mujer. Todos estos hábitos alimenticios y otros que nadie conoció, fueron recomendados por un médico bien intencionado quien le explicó que el hombre definía el sexo del producto.

Cuando la señora Pancha estaba por aliviarse, el compadre Felipe quiso estar cerca de Nicanor y les ofreció su carro para llevarlos al hospital a la hora que fuera. Lo despertaron a las tres de la mañana, cuando comenzaron los dolores de la comadre. Salió todo amodorrado, pero ni siquiera la desvelada impidió que hiciera el viaje. Jamás hubiera abierto la puerta a otro vecino, pero se trataba de Nicanor y no quería perderse la oportunidad de ver la alegría de su compadre, cuando cargara al varoncito. A las siete de la mañana, cuando regresaron a la colonia (la señora Pancha se quedó un día más en la clínica, como si fuera una apestada), el silencio de los compadres les confirmó que Nicanor se había convertido en el *Cinco Mugres*. Muchos pensaron que se conformaría con su quinteto de mujeres y todos ellos se quedaron boquiabiertos y tuvieron que mudar de apelativo.

En efecto, al año siguiente Nicanor retomó el asunto y después de llenar el organismo de fósforo, le escribió a la cigüeña desde un hotelito en el paradisiaco puerto de Acapulco. En esa sexta ocasión, salieron de excursión varias familias y Felipe estaba seguro de que su compadre daría en el blanco. Confiaban en el calor del Pacífico y como habían visto muchos culitos en

bikinis, pensaban que su potencial estaba al máximo. Era tanta la confianza que hasta le sugirió que compraran por adelantado los puros, porque al varoncito ya venía en camino. Sin embargo, nuevamente les falló la estrategia. En medio de su tristeza por tanta descendencia femenina, hubo una buena noticia. Usted es muy buen cliente, le dijo la encargada donde compraba las cajas de chocolates para obsequiar a sus amistades; cada año pasa por sus cajitas de mercancía y, como siempre se lleva una buena dotación, ahora se las dejaré a mitad de precio. Felipe, por su parte, anduvo fumando puros un buen tiempo. No le gustaban mucho, pues le ponían los bigotes amarillentos y le provocaban unos mareos tremendos, pero menos le gustaba haberla regado con su recomendación de que comprara los malditos puros para celebrar anticipadamente el nacimiento de un varón y habían recibido una mugre más.

Don Nicanor dejó en paz a su mujer durante un año, pues ya tenía una escalerita de seis mujeres. Ahora no faltarán desgraciados que quieran usarlas como pañuelos para sonarse la narizona, se lamentaba con su compadre. Sin embargo, cuando todos pensaban que su apodo ya sería definitivo, vieron a la señora Pancha tejiendo chambritas y bordando pañales. Muchas personas llegaron al puesto de chiles del mercado, y con el pretexto de comprar cualquier cosa, confirmaban la noticia. Su barriga estaba tan crecida que la mujer sólo exclamaba: Este hombre no se dará por vencido, hasta que tenga un varoncito.

—Nada de color rosa —le decía Nicanor a su mujer, pues ahora estaba convencido de que ese embarazo tendría que manejarlo con pura sugestión y control mental.

En sus ratos libres Nicanor se dedicó a pintar de azul la cuna que usaron sus hijas y que originariamente era blanca. Colocó carteles con aviones y tanques de guerra en las paredes.

No perdió tiempo buscando el nombre para el niño, pues se llamaría Nicanor, como su papá y así comenzaron a llamarlo desde antes de nacer.

—¿Cómo se portó Nicanorcito el día de hoy? —preguntaba Nicanor, acariciando la enorme barriga de la señora Pancha.

—Muy bien —respondía la embarazada—. Yo creo que será futbolista, pues toda la tarde me estuvo pateando la panza.

—Claro, vieja: tendremos un goleador en la familia y seguramente será el orgullo de la selección nacional.

Nicanor hablaba con plena seguridad. Incluso, había comprado varias cajas de puros, pues estaba seguro de que su vástago sería hombre, hombre, hombre y se lo repetía diariamente hasta quedarse dormido. En medio de esta feroz convicción, hasta el compadre Felipe recibió una reprimenda cuando le recomendó que no comprara los puros, pues un año antes hizo la misma recomendación y tuvo que fumarse esos gruesos tabacos apestosos, además de cargar con parte de la vergüenza.

—No vaya a salirle mal el asunto —le dijo.

—No la chingue, compadre: Usted es el primero que debe estar convencido de que será machito y si no, mejor ni se acerque a mi familia, porque tengo que alejar todos los pensamientos negativos.

—Tiene razón, compadre. ¡Cómo chingaos vine a dudarlo! Si hasta se le ven las bolitas al niño y eso que todavía está en la panza de su mamá.

Ya no discutieron más y cuando llegó la gran noche, pues la señora Pancha tenía la costumbre de alumbrar en plena madrugada, salieron los dos compadres con la mujer embarazada. Desde que subieron al auto y hasta que llegaron al hospital, no dejaron de escucharse sus risas, llenas de una convicción sobre natural. Cuando les dieron la noticia, los dos compadres

brincaron y se abrazaron llenos de felicidad porque, cómo chingaos no, el recién nacido era niño. Los enfermos y los visitantes del hospital, al verlos tan contentos colmándose de abrazos uno al otro, pensaron que eran unos degenerados sinvergüenzas, eso sí, muy enamorados. Luego, cuando se enteraron que estaban celebrando el nacimiento de un crío, creyeron que los dos hombres habían contribuido con la materia prima para formar al niño, pues de lo contrario no estarían desbordados de alegría.

Durante varios años a Nicanor sólo lo conocieron como el *Mugres*, pues ya tenía un hombrecito en su familia. Pero, cuando su hijo rondaba los once años, todo mundo notó que el chamaco era muy afeminado. Más tarde, sus compañeros de la primaria divulgaron la noticia de que les pedía besitos. No faltó el curioso que lo interrogara sobre esta cuestión. ¿A poco te gusta que te besen los niños, Nicanorcito? Si, respondió de inmediato y agregó con sinceridad; los besos llenan de felicidad a mis hermanas y yo también quiero ser muy feliz. De esta forma Nicanor se convirtió en el *Siete Mugres*, pues sólo era cuestión de tiempo, para que el gallito de la familia se comiera su propia cresta.

Recordé estas cuestiones porque mi misión era localizar a mi vecino Nicanor, también conocido en el barrio como el *Siete Mugres*. También pensé que el trabajo pudo conseguírmelo mi mamá, pues la señora Pancha era su comadre y, quizá ella me recomendó para que le buscara a su marido. Unos cuantos vecinos del barrio estaban enterados de que yo era un detective desempleado y que cobraba muy barato. Todo esto era cierto, pues de mis casos anteriores, sólo “El misterio de la Ranita”, me dejó buenos dividendos y una amistad muy especial.

Todos estos antecedentes los tomé en cuenta desde el momento en que inicié la búsqueda del *Siete Mugres*. Claro está que, a falta de gabardina y de sombrero policiaco, me puse el

pantalón de mezclilla más nuevo que tenía y los tenis blancos que usaba para ir al centro. Me puse también una playera azul que, según mi jefa, me queda muy bien y, por último, me amarre un suéter a la cintura. Con el dinero de los pasajes que me dio la señora Pancha y con la dirección de sus hijas, salí esa mañana de Nezayorck, dispuesto a dar con el paradero de Nicanor.

Abordé un par de chimecos y transbordé dos veces en el metro para llegar a casa de María del Carmen. María del Carmen es la hija mayor de Nicanor —es decir, la primera Mugre— y vive en una colonia de Iztapalapa que se llama Valle de Luces. Como su marido vende falluca en el Centro Histórico siempre la deja sola, aunque se dice que es un tipo celoso que regresa a distintas horas para tratar de sorprenderla con algún cabrón. Yo la encontré sola y reclinada en el lavadero, con una falda holgada y moviendo las nalgas al calor de la cumbia que sonaba por la radio. A sus espaldas había varios admiradores que la observaban mientras tallaba la ropa. Estaban muy entretenidos y bastante jacarandosos, porque seguía sin usar calzones y su posición en el lavadero provocaba varios escurrideros de salivas.

—Ya me llegó otro admirador —dijo saludándome.

—El número uno del club de los mirones.

—Hace mucho tiempo te nombré el presidente del club, porque de veras que nadie ha dedicado tanto tiempo a mirarme los chamorros.

—Pero, conste que te miraba más arriba.

—No lo olvidaré. Oye, Eddy, ¿qué te trae por acá?

—Ando buscando al Siete... —Chin, la regué. No me gusta mencionar ni dirigirme a las personas por sus apodos durante mis conversaciones. Así que me quedé callado.

—No te preocupes —dijo María del Carmen—; ya sé que te refieres a mi padre. ¿Qué pasó con él? ¿Lo encerraron en Alcohólicos Anónimos?

—No, hace mucho que no toma. Pero, no ha llegado a casa y tu mamá está muy preocupada.

—Eso sí es para preocuparse. Cuando está en su juicio hace más pendejadas que borracho. Pero, no ha venido por acá y tampoco sé nada de él.

—¿No te preocupa su ausencia?

—Sólo me preocupa por mi mamá. El viejo me ponía unos cueros cuando me tardaba en algún mandado o se encabronaba cuando platicaba con los clientes del puesto, que no me importa dónde ande. Desde entonces nos caemos mal. Nos tenía chambeando en el mercado y él nomás iba por el dinero para seguir emborrachándose. Yo no podía ir a los bailes ni al cine, porque veía yernos donde quiera. Por eso me casé con el primero que me lo propuso. Claro que tuve mala suerte, porque no pude hacer buena elección. Así que no me preocupa que el viejo haya desaparecido. Le perdí el cariño y tú también hubieras dejado de quererlo si te hubiera marcado la espalda con la hebilla del cinturón.

—Entonces, tendré que buscarlo en otra parte.

—Claro, por aquí no lo encontrarás —dijo María del Carmen poniendo sus manos en las caderas y mostrando con maestría sus bellezas.

Me retiré convencido de que ella no sabía nada acerca de su padre. Mientras me alejaba, recordé las horas que pasé observándola mientras lavaba la ropa allá en nuestra colonia Glorioso Lodazal. Cuando se acercaba al lavadero era el mejor momento para contemplarla. Durante mi adolescencia, no hubo otra musa para mis chaquetas que las bellas nalgas de María del Carmen.

Me alejé y ni siquiera espanté a los chamacos. Un taco de ojo no se le niega a nadie y menos a los chavitos puñeteros, me dije, recordando que nadie me había molestado en esos sanos momentos de contemplación.

Esa misma tarde, decidí visitar a María Elena, la segunda hija del *Siete Mugres*. Vivía en la colonia Taxqueña, en un departamento diminuto que alquilaba su esposo. Me recibió con gusto y, en cuanto me invitó a pasar, de inmediato pregunté por el paradero de Nicanor.

—¿Acaso hizo algo malo en la colonia?

—No, simplemente desapareció. Así que tu madre está muy preocupada.

Esther guardó silencio mientras meditaba sobre el paradero de su papá.

—¿Por qué piensa mi mamá que puede andar por acá?

—Dice que le ofrecieron un trabajo por el Estadio Azteca y, como quiere quedar bien con su patrón, tu mamá cree que se queda con alguna de ustedes para llegar temprano.

—Ah, menos mal. Yo pensé que andaba metido en problemas.

María Elena se relajó y entonces comprendimos que estábamos solos. Cuando nos encontrábamos así, nos daba tanta risa que teníamos que voltearnos para no doblarnos a carcajadas. Era un recuerdo que combinaba placer y sufrimiento. La historia comenzó cuando cursaba la secundaria. Parece que fue Beto, *el Lagarto*, quien me contó que a María Elena le gustaba acariciar las partes íntimas de los hombres y varios cuates alardeaban haberse chorreado en sus manos. Al menos eso decían Ismael, *el Borracho*, y Hugo, *el Pato*. Más tarde me corrieron la voz de que María Elena me traía ganas. Tratando de comprobar si tal cosa era cierta, me armé de valor y un día la esperé

a la salida del mercado. La señora Pancha tenía su puesto de semillas y chiles secos y sus hijas le ayudaban a despachar la mercancía, pues sólo terminaron la secundaria y ninguna siguió estudiando. Me convertí en un don Juan y comencé a decirle lo mucho que me gustaba, aunque era mayor que yo. En ese momento surgieron esas risas llenas de cariño y nerviosismo que acompañaron nuestros pasos hasta llegar a su casa. Durante una semana estuve haciendo mi luchita hasta que le pedí que me la chaqueteara. La respuesta fue breve, pero clara: María Elena me estampó tal cachetada, que mi erección disminuyó al instante. La cara me ardía del golpe y, aunque no podía verme, sabía que mi mejilla estaba colorada.

Tuve que retirarme un tiempo y traté de olvidarme del favorcito que le pedí a María Elena. Sin embargo, al tercer día apareció caminando detrás de mí y me detuve a esperarla. Ella llegó a mi lado y me dio un abrazo pequeñito y, antes de que la risa la dejara sin palabras, me dijo al oído: Sí quiero. Eso fue todo, porque luego pegó tremenda carrera para desaparecer. Yo me quedé bien paradito, imaginando un feliz porvenir.

Nos encontramos al día siguiente por la tarde. En silencio y temblando por la emoción, esperamos a que oscureciera por completo. Finalmente, después de andar merodeando por la colonia, terminamos detrás de la Conasupo, en un lugarcito que parecía estar reservado para concluir nuestro ansiado encuentro. María Elena me acarició con abundante cariño. Sus manos me recorrieron de arriba abajo y me palparon con ternura y con gran emoción. Esa tarde, mientras las estrellas brillaban más que nunca y mis suspiros se regaban por las calles polvorientas del barrio, la segunda Mugre terminó su labor. Luego abandonamos el lugar, sin que ella dejara de reír de manera muy singular. Yo venía tan contento que ni siquiera me pregunté por el

motivo de su alegría. Tuve que hacerlo más tarde, cuando llegué a la casa y comenzó la picazón. Al principio pensé que todo se debía a la presión, al maltrato y a los vaivenes recibidos al atardecer, pero más tarde la picazón se convirtió en ardor. Mientras estaba en el baño echándome agua fría para aminorar el suplicio, comprendí todo: María Elena me la había chaqueteadado con las manos llenas de picante. Se me pasó por alto que le ayudaba a su mamá a desvenar los chiles que la gente compraba para sus moles o para sus salsas. ¡Qué chinga me paró María Elena esa tarde! Sin embargo, por muchas razones ese recuerdo resultaba memorable.

Ahora ella estaba casada y vivía lejos del barrio en un cuarto diminuto. Ahora ya no pelaba chiles secos en un mercado de Nezayorck, pues se había matrimoniado y cuidaba a su hijo recién nacido. Sin embargo, nos vimos como adolescentes y ambos soltamos la risa saludable que envolvía aquel recuerdo.

—¿Tienes alguna idea del paradero de tu padre?

—No lo he visto en semanas y tampoco sé dónde pueda andar —dijo y enseguida preguntó—: ¿Puedo ayudarte en otra cosa? —sus palabras venían llenas de picardía—. Ahora sí tengo las manos limpias —dijo y agregó—; acabo de bañar al bebé.

—Tengo que localizar a tu padre —le dije tratando de controlar mi risa.

—¿No tienes tiempo o temes que te maltrate el pajarito?

—Lo digo porque tengo que seguir buscando a tu papá.

—Está bien, señor investigador; cumpla usted con su deber —dijo María Elena y agachó la mirada, pero no pudo contener una risa parecida a la que soltó aquella tarde.

No cabe duda, me decía mientras caminaba hacia el metro Taxqueña, a veces recordar es sufrir. Luego, recordando los apachurrones y la tibia mano de María Elena, salí del metro

Zaragoza. Los saltos y los brincos que daba el camión mientras circulaba por la calzada Zaragoza, era lo único que interrumpía aquellas vivencias. Cuando el chimeco entró al condado de Nezayorck, guardé el recuerdo de María Elena y sentí ganas de echarme un cafecito o, ya de perdís, unas chelas con los cuates. Aún desconocía el paradero de Nicanor, pero me animé y me dije que pronto las cosas serían diferentes. Me levanté del asiento y entre empujones y codazos, me acerqué a la puerta. Cuando la suela de mis tenis pisaron el polvo salitroso de la colonia Glorioso Lodazal, me sentí contento. Sentí el aire frío de la calzada Carmelo Pérez y, entonces, me puse el suéter que traía amarrado en la cintura y me adentré en el barrio.

CAPÍTULO QUINTO

Donde cacharon en una mala acción a Eddy Tennis Boy, pero, afortunadamente, no se la hicieron de tos

Llegué a buena hora a mi casa y le avisé a mi jefa que había regresado con bien. Subí al cuarto que tengo en la azotea y me quité los tenis blancos que uso para ir al centro y me puse los tenis azules que uso en la colonia para jugar fútbol. También me cambié los calcetines y me senté frente a la mesa de trabajo. Cuando me llamaron para que bajara a cenar, me asomé por la orilla de la azotea y les dije que bajaría después de llenar unas fichas de reporte. Escribí un reporte donde anoté los avances, que eran pocos, y desglosé los gastos que le entregaría a la señora Pancha más tarde. Cuando concluí las notas sobre mis entrevistas a María del Carmen y a María Elena, bajé dispuesto a cenar. Sin embargo, encontré el comedor vacío. Mi padre ya estaba en su recámara y mi hermana Nereyda se había refugiado en su cuarto. La única que permanecía en la sala era mi mamá y tejía unas carpetas en completo silencio.

—¿Qué hay de cenar? —pregunté con voz suave y cariñosa, intentando que me sirviera la cena. Pero mi jefa ya conocía mis estrategias y no me atendería por llegar tarde a la mesa.

—Tú mismo lo verás, ahora que calientes la comida.

—Entonces, ¿no quiere atenderme, jefita?

—Claro que no. Tienes que entender que no soy tu sirvienta. Si quieres cenar, sírvete tú mismo.

—Mejor me voy al puesto de Félix a echarme unos tacos.

—Como quieras, pero no me levantaré a servirte.

Mi jefa siguió moviendo sus agujas y jalando la bola de estambre, así comprendí que no había vuelta de hoja. Revisé las bolsas del pantalón para ver si traía cambio y encontré varias monedas. Así que, muy digno, me despedí de la mujer que más quiero en el mundo y que no me sirvió la cena por llegar tarde a la mesa.

—Ahorita regreso, jefa. Voy a cenar en la esquina.

—Está bien, pero no te tardes —dijo mi jefecita sin dar su brazo a torcer.

Ya tenía pensado salir a cotorrear con los cuates, pero no había planeado gastar una feria comprando tacos. Sólo me gustaba gastar en mi champurrado y en mis tortas de tamal. Mi cuate Félix decía que sus tacos eran del mejor suadero; pura nalga de tora, presumía. Pero los clientes siempre se quejaban de sus taquitos, porque los trozos de carne todavía iban relinchando cuando llegaban a la boca. A pesar de esto llegué a la esquina y me refiné media docena de tacos y unas cuantas cebollitas bien asadas. Concluida la cena, me acerqué a los cuates que ya tenían rato chiflándome. En cuanto llegué tuve que cooperar para las caguamas y solidariamente saqué unas monedas. Me tomé un vaso de cerveza en dos tragos, pues me comí los tacos sin refresco.

—¿Ya sabes que te quieren bajar a tu vieja? —me preguntaron después de una larga pausa.

—¡Ah, chingá, eso si es novedad! —exclamé y casi se me sale la cerveza por las fosas nasales.

—Ponte abusado; no quiero tener un cuate medio güey —dijo Beto, *el Lagarto*, y me puso una mano en el hombro solidariamente.

—¡Ah, chinga! —exclamé de nueva cuenta y la cerveza me supo a meado—. Ustedes saben algo y me lo tienen que contar; no sean cabrones.

—Te lo contaremos, pero no te alebrestes —dijo Ismael, *el Borracho*, y se empinó la caguama, olvidándose del vaso desechable que tenía en la mano.

Mis cuates no sabían cómo proceder. Seguramente se imaginaban que no sabría cómo manejar el asunto si me revelaban algún desliz de Lupe. Mis grandes amigos pensaban que echaría chispas por los ojos y arrojaría lumbre por la boca, si mi morrita me traicionaba, pues sabían cuánto la quería.

Beto, *el Lagarto*, le colocó un codazo a Hugo, *el Pato*, y éste volteó lleno de tristeza.

—¡Qué poca madre tienen! —dijo encabronado con los demás—. Habíamos quedado en apечugar el asunto y en dejar que las cosas siguieran su camino.

Ismael, *el Borracho*, quiso decir algo, pero se quedó trabado. Con la idea estrangulada en su boca, sólo tuvo la ocurrencia de tomarse otro trago de cerveza. Beto, *el Lagarto*, volvió a echarme un brazo en la espalda y me llenó el vaso de cerveza.

—Hablen ya, cuyeyos —dije aparentando tranquilidad, pero mis palabras denotaban incertidumbre—; la están haciendo mucho de misterio.

—Está bien; yo le cuento —dijo Hugo, *el Pato*, y se retiró para no recibir los codazos que los cuates le propinaban—. Bartolo anda platicando cosas de Lupe.

—¿Sobre mi chava? ¿Y el pinche Bartolo qué tiene que ver con ella?

—Ese es el pedo —dijo Hugo, *el Pato*—; Bartolo estaba presumiéndole a Félix que el fin de semana se lanzaría a Tlaxcala para pedir la mano de Lupe.

—Ah, no mames; ese pinche gordo apenas si la saluda.

—Eso mismo pensamos nosotros. Pero, cuando Bartolo se fue, nos quedamos cotorreando con Félix y él nos contó que ya tiene apalabrada a Lupe y sólo falta que sus padres le den el visto bueno para casarse.

—A lo mejor se casan allá en el pueblo —dijo Ismael, *el Borracho*.

—Por eso creemos que te la quieren bajar —dijo Beto, *el Lagarto*—; así que ponte abusado, Eddy. Ese güey le está ofreciendo matrimonio y tú ni siquiera quieres embarazarla. Así que no tienes a esa torta segura.

—Si fuera cualquier otro cabrón, sí me preocupaba, pero ese gordo, cara de mi güevo izquierdo, no tiene con qué bajar-me a Lupita.

—¡Qué bueno que piensas así! —dijo Hugo, *el Pato*—. Si yo estuviera en tu lugar, sí me preocuparía. Si les echas un verbo chido a las chavas de la colonia, te ponen las nalgas; pero si les ofreces matrimonio, me cai que te prestan la matriz para atraparte de por vida.

—Ya me habían asustado —dije y extendí mi vaso para que me lo llenaran de cerveza—; ese gordo no es rival para mi *sex-appeal*.

Los cuates no dijeron nada, sólo esbozaron una sonrisa de complicidad y enseguida abrieron otra caguama. Llené de nuevo el vaso y bebí con ansiedad. En ese momento escuché que alguien me llamaba. Me desprendí el vaso de los labios y, al voltear, encontré a mi jefa que no me quitaba la vista de encima.

—Vamos a casa; tienes un asunto que atender —me dijo y dando media vuelta comenzó a caminar.

Me acabé el resto de cerveza que tenía en el vaso y me fui tras ella. Mientras me alejaba, los cuates me hacían burla de las nalgadas que mi jefecita santa me aplicaría por andar emborrachándome. Alcé los hombros y la seguí en silencio. ¿Cuál será ese asunto que me esperaba en casa? No hallé respuesta, pues seguía intrigado con los cuates que me calentaron la cabeza. Los conocía desde chavos y nunca habían inventado embustes sobre las novias de nadie. Y cuando el río suena es que agua lleva. En fin, yo confiaba ciegamente en mi noviecita Lupita, pues muestras de su cariño ya tenía demasiadas y se había comprometido a darme una prueba más de su verdadero amor. Por fin, cuando entré a la casa siguiendo a mi jefa, me olvidé de mis resquemores y encontré a Fulgencio en el comedor.

—El señor Fulgencio te anda buscando —aclaró mi jefa—. Por eso fui a traerte. Así que los dejo a solas para que platicuen a gusto.

Mamá se retiró a su habitación. Yo saludé a Fulgencio y antes de ponerme a platicar con él, le pedí tiempo para calentar el café. Esa noche ya no regresaría a cotorrear con los cuates. Así que serví dos tasas de café y me dispuse a escucharlo.

—Ahora sí, señor, dígame qué se le ofrece.

Fulgencio, sin dejar de tronarse los dedos, me contó el motivo de su preocupación. En medio de tartamudeos me pidió ayuda para localizar a su hija Clementina, quien no había regresado a casa desde el lunes. Ese día salió muy temprano para dirigirse al Colegio de Bachilleres y, como ya no tuvo noticias de ella, temía por su vida. También me relató que el martes fue a la Agencia de La Perla, pero no quisieron levantarle la denuncia. Los policías le explicaron, en medio de indirectas

soeces, que Clementina podía estar con su novio o que la buscara en casa de algún compañero de la escuela, pues a muchas chamacas se les alborota la hormona a esa edad. Me regresé de la Agencia con la pinche pena en la cara y con el pinche dolor en el alma, dijo Fulgencio. Esos policías no conocen a mi hija, insistía. Mi hija nunca se iría con ningún chamaco baboso. Aunque nadie me lo crea, ella asiste a la escuela a estudiar y no para andar ligando chavos estúpidos que sólo traen problemas. Yo soy su padre y por eso puedo decirte que es una señorita modelo. Seguí escuchándolo, pero a veces mis oídos parecían estar muy lejos. Lo que mis amigos me contaron me estaba haciendo mella. Internamente creía que mi Lupe seguía bajo el hechizo de mis besos, pero esos pensamientos ya no estaban muy alineados con la certidumbre de su amor. Lupe sólo era una mujer y me constaba que no tenía aspiraciones de santa ni de beata, sino todo lo contrario. Esa era la pura verdad; mi chava no estaba exenta de cambiar su decisión y pudiera tomar aprecio y cariño por cualquier otra persona diferente a mí... Mi café estaba muy frío y la tasa casi vacía y... ¿Qué estaba diciendo Fulgencio? Ah, sí, que su hija no había vuelto a casa y que quería que yo la buscara. Tomé un trago de mi café helado y, haciendo un verdadero esfuerzo, me concentré en su perorata.

—Claro que, de vez en cuando, Clementina padece los achaques característicos de su edad —me dijo—; pero esos cambios de personalidad son naturales.

—¿Como cuáles cambios, Fulgencio?

—Ya sabes; se pone de malas sin motivo aparente. Grita por cualquier cosa y luego se encierra en su cuarto y se pone a llorar. Cuando le preguntamos qué le sucede, ella contesta que ya está bien. Pero a veces, cuando se sienta a comer, ni siquiera

prueba la sopa y comienza a repelar. Parece que ya no le gusta lo que prepara su mamá y, cuando mi mujer trata de complacerla, ella se levanta de la mesa porque dice que todo le produce asco. En fin, tú eres joven y seguramente no has olvidado lo difícil que resulta crecer.

—Claro que no —respondí mientras anotaba en una servilleta de papel las cosas que Fulgencio me contaba.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Te animas a buscarla?

—Por el momento no puedo; porque ya tengo un compromiso; la señora Pancha me pidió que localizara a su marido. —Fulgencio se desalentó y traté de reanimarlo—. Pero, espero encontrarlo esta misma semana y luego podría buscar a Clementina.

—Claro. Además, no tienes por qué buscarla de inmediato... Ya sabes que hasta la misma policía me recomendó que esperara unos días.

—Pero, si no descubro el paradero de Nicanor, no aceptaré su encargo.

—¿Cuánto vas a cobrarle a la señora Pancha? —me preguntó Fulgencio.

—Le cobraré doscientos pesos diarios, más la comida y los pasajes.

—Pues, para que veas cuánto me interesa mi hija, yo te ofrezco trescientos, más tus alimentos y los transportes.

—Entonces; acepto el caso —respondí y de inmediato recuperé mi buen humor.

Esa noche Fulgencio salió de la casa después de las doce de la noche. Cuando subí al cuarto ni siquiera hice las sentadillas ni las lagartijas que acostumbraba como parte de mis ejercicios. Manejé los chacos unos minutos, pero, como me puse un fregadozo en el codo, los dejé tirados en el suelo, sin colgarlos

en el clavo que tengo bajo la imagen de Bruce Lee. Enseguida me metí a la cama.

Estaba dormido, pero me veía vestido en el sueño, incluso me veía con los tenis blancos —los de lujo— y un pantalón de mezclilla nuevo. En eso llegó doña Lucha con un tamal gigantesco, que iba regando salsa por el camino. Al principio del sueño pensé que me acusaría por romper las hojas del tamal. Luego comprendí que me andaba buscando para que me comiera aquel tamalote. Asustado me metía debajo de la cama para que la oaxaqueña no me obligara a comérmelo. Tenía un momento de reposo, pues pensaba que nadie me buscaría en ese refugio. Sin embargo, la tranquilidad no duraba mucho, porque comencé a escuchar los gritos de mi jefa llamándome:

—¡Eddy, te busca doña Lucha! ¡Baja a recibirla!

Yo me considero un buen hijo y hasta en los sueños la obedezco, pero en esa ocasión decidí rebelarme y ni siquiera le contesté a mi mamá. Si me fuerzan a comerme esa cochinado, seguro me desbarata la diarrea, alcancé a pensar.

—¡Te busca doña Lucha! —volvió a gritar mi jefa.

—Ya escuché —respondí—. Pero, no quiero comerme ese tamal.

En ese momento abrí los ojos y, cuando estaba despierto y con el tronco levantado, escuché claramente la voz de mamá diciéndome que alguien me buscaba. Hice un poco de saliva para desatar la lengua y me puse la playera que había dejado en el respaldo de la silla. Con cara de estar bien despierto, me asomé por la orilla de la azotea. Encontré la agradable sonrisa y los enormes pechos de doña Lucha, saludándome desde el centro del patio.

—Buenos días —me dijo, mientras me miraba con las manos apoyadas en la cadera y yo temblé como si el frío de la

mañana me zarandeara. Pero en realidad estaba temblando por el vaivén de esos pechos que se elevaban al cielo y se llevaban mis buenos pensamientos.

—Buenos días —respondí más despierto y con ganas de beberme un poco de sus leches—; ahorita bajo.

Regresé al cuarto y, mientras me abrochaba los tenis azules, me dije que ya no estaba soñando. Luego me puse una gorra en la cabeza, pues quería recibirla de inmediato y no tenía tiempo para peinarme.

—Buenos días. ¿No gusta pasar? —dije estrechando la cálida mano de doña Lucha, la tamalera.

—Me gustaría, pero Pepillo Camacho quiere hablar contigo. Si no tienes otra cosa qué hacer, me gustaría que fuéramos a verlo.

—Entonces, vamos —le dije y comencé a caminar a su lado—. ¿No sabe para qué me quiere? —pregunté más adelante.

—Anda muy preocupado por el secuestro de su padre. Esta mañana, mientras se desayunaba en mi puesto, le platiqué sobre tus habilidades y me pidió que viniéramos a verte. Él ya te andaba buscando, pero lo dejé cuidando los tamales. Espero no haberte despertado.

—En realidad me despierto muy temprano —comenté—. Ahorita estaba estudiando algunos temas relacionados con mi profesión de investigador privado.

—¡Ah, qué bueno! —exclamó doña Lucha, pero su tono era muy incierto y creo que mi tonta justificación me delató como un gran huevón.

En un momento llegamos al puesto de tamales. Pepillo Camacho estaba sirviendo dos vasos de arroz con leche y, aunque lo hacía con suma rapidez, aún le faltaba despachar a cuatro clientes. No quería destapar el bote de los tamales porque

el vapor le quemaba la cara. Los clientes abandonaron su rostro de contrariedad cuando vieron que se aproximaba doña Lucha. Mientras la tamalera cumplía con su responsabilidad, Pepillo Camacho dejó el cucharón con que servía los atoles y se acercó a saludarme.

—Gracias por venir —dijo brevemente—. ¿Ya desayunó?

—No, todavía no —respondí, siempre con la verdad por delante.

—¡Ah, qué bueno! —exclamó Pepillo Camacho—; Así podré invitarlo. Doña Lucha; atiéndalo muy bien.

—Claro que sí —respondió doña Lucha y, como ya conocía mis gustos, de inmediato sirvió un vaso de champurrado y me preparó una torta de tamal verde: mi sabrosa guajolota.

Con los alimentos en la mano, nos retiramos del resto de los clientes y me puse a ejercitar la mandíbula y a degustar el champurrado. Pepillo Camacho comenzó a plantearme el asunto, pero no hice ningún comentario, porque tenía el hocico lleno.

—Seguramente ya sabe que raptaron a mi padre, pero hemos dejado a la policía fuera del caso. Los secuestradores pidieron una fuerte suma de dinero para dejarlo en libertad y mis hermanas y yo hemos accedido.

—¡Ah, qué bien! —exclamé con la boca aún llena.

—Pero, el asunto se ha complicado. Primero exigieron que el dinero del rescate lo llevara una persona que no fuera de la familia. También nos advirtieron que no mandáramos a ningún empleado. Ahí comenzó el problema porque, no tenemos suficiente confianza en los vecinos para entregarles tanto dinero en efectivo. Luego pensamos en su padre; el capitán Francky Tennis, pues sabemos que es una persona honesta, pero tuvimos miedo de que los secuestradores se asustaran si veían llegar a

un militar. Finalmente, mis hermanas y yo decidimos que usted sea el mensajero. A usted sí podemos confiarle la bolsa con los tres millones de pesos.

Casi me atraganté con el champurrado cuando escuché la cifra que pagarían por el rescate. Cuando me repuse de la sorpresa, respondí que no tendría ningún problema para llevar esa cantidad de dinero. Pero en el fondo les estaba mentando la *moder* a los secuestradores por hacerse de tanto dinero apaleando a la gente, sin ninguna consideración

—Gracias —dijo Pepillo Camacho—. Pero, hay otra cosa que debo confiarle, pues es un asunto que nos tiene muy desconcertados —hizo una pausa y enseguida preguntó—: ¿No quiere pedir algo más?

—Claro —dije y extendí el vaso de unícel a doña Lucha—. Sírvame otro champurrado y déme un tamal dorado.

Doña Lucha atendió mi petición y de inmediato le di un trago a mi champurrado y comencé a morder el tamal dorado, mientras Pepillo Camacho proseguía con su información.

—Esta mañana fui al banco a cambiar el cheque. Los secuestradores quieren el efectivo en billetes de baja denominación. Entonces, cuando regresé a la casa, recibí una llamada. ¿Se imagina de quién era?

—Me imagino que de los secuestradores —dije sin esforzarme.

—No, no eran ellos. Resulta que yo contesté y puedo asegurarle que la llamada era de mi papá.

—Eso resulta bastante extraño —dije mientras me llevaba el último cacho de tamal a la boca y me aplicaba con el resto del champurrado.

—Exacto, por eso queremos encargarle el caso, para no exponer la vida de mi progenitor.

—Pero, estoy trabajando en dos casos —respondí recordando que la señora Pancha me pagaba por buscar a su marido Nicanor y el viejo Fulgencio quería que localizara a su hija Clementina—. Se están poniendo de moda los secuestros y las desapariciones.

—Pero, considero que el secuestro de mi padre es el más importante —dijo Pepillo Camacho—. Tengo entendido que por esos familiares, ni dinero han pedido. Así que me imagino que andan perdidos solamente. El único secuestro real es el de mi padre. Además, ellos le pagarán una bicoca. Dígame cuánto les está cobrando y yo le pagaré el doble.

Ante tal oferta, acepté la propuesta de Pepillo Camacho, pues estaría trabajando para uno de los vecinos más ricos de Nezayorck y pondría a prueba mi talento y mis habilidades de sabueso para resolver un secuestro. Hasta entonces, sólo había resuelto “El misterio del tanque”, un trabajito que resolví gracias a las habilidades de mi madre para leer las cartas. Había sido mordisqueado por un perro caníbal tratando de encontrar el paradero de un amigo y, en el caso más profesional y complicado de mi vida, casi provoqué que se llevaran delante de mis ojos a una lindísima mujer que estaba muy interesada en descubrir a los asesinos de su hermana. No era un historial de súper lujo, pero se había acrecentado mi fama en el barrio, debido a que nadie confiaba en la policía judicial y se les hacía divertido tener a un conocido como investigador privado.

—Sumando los dos casos, estoy ganando quinientos pesos diarios —le dije a Pepillo Camacho, sin dejar de traslucir ningún complejo profesional, pues seguía estudiando mis lecciones y entrenándome con gran convicción—. Tendrás que pagarme mil varos por cada día que dure la investigación, más los gastos de transporte y alimentación.

—Perfecto; hablaré con mis hermanas para informarles. Le pagaremos eso, pero tendrá que darle prioridad a este caso —yo asentí—. Y, como ya está trabajando para nosotros, yo le pagaré el desayuno —dijo con aires de suficiencia.

Cuando Pepillo Camacho saldó la cuenta del almuerzo, me arrepentí de no haber pedido, cuando menos otro champurrado y otra torta de tamal. Pero, ya para entonces estábamos despidiéndonos de doña Lucha y caminando hacia la casa de materiales.

—¿A qué horas llamó el hombre cuya voz se parece a la de tu padre?

—Llamó casi a las diez, cuando venía regresando del banco. Levanté la bocina y, al escucharme, me llamó Pepillo. Luego me pidió que le depositara treinta mil pesos. Yo estaba muy desconcertado y sólo pude preguntarle dónde estaba y me dijo que no podía decírmelo, pero que estaba bien. Necesito esos fondos, me dijo antes de colgar y mencionó el lugar exacto donde había dejado la chequera. Casi puedo asegurarte que ese hombre era mi papá. Reconoció mi voz y, además, ubicó el lugar de su chequera. Hubo otro detalle. Desde que comenzó a crecer nuestro negocio, la palabra favorita de mi padre es “fondos”. La utiliza para referirse al dinero y la persona que llamó también la utilizó. Ahora estoy en serios aprietos. No sé si debo depositar los treinta mil pesos que me pidió o seguir las instrucciones de los secuestradores.

—¿Cuándo se comunicaron los secuestradores con la familia?

—Llamaron el martes y quedaron de hacerlo hoy jueves, para decirme cómo entregarles el dinero. Pero, por recomendación de doña Lucha, ahora queremos que nos ayude a resolver este caso.

Escuché el relato de Pepillo Camacho y pasé a inspeccionar el auto de su papá. Estaba en la cochera sin ninguna huella de violencia. En ese momento llegó Jacinto, uno de sus empleados, y comenzó a lavarlo. Estuve a punto de detenerlo para que no borrara las huellas, pero luego recordé que los secuestradores no se habían acercado al Mustang.

—Eso les pasa a los americanistas —dijo Jacinto mientras tallaba las llantas.

—¿Qué les pasa? —pregunté, mientras fisgoneaba el interior del coche y veía los artículos del América colocados en la guantera y en otras partes del auto.

—Andan presumiendo de millonetas y por eso los secuestran —dijo brevemente Jacinto y siguió enjabonando el vehículo.

—Los secuestran por ricos, no por irle a un equipo —dije yo—. El dinero despierta avaricia.

—También despierta odios —dijo Jacinto—; aquí tenemos el caso de Toribio, anda cagando verde porque se quiere jubilar y don Pepe sólo quiere darle lo que marca la ley. Toribio quiere más porque dice que comenzaron a chingarle juntos, pero él sigue de machetero y el patrón se da la gran vida.

—Cosas de la vida —dije yo, adivinando la envidia de su empleado—. ¿Dónde vive Toribio? —pregunté tratando de anotar en mi lista un primer sospechoso.

—En la colonia Loma Bonita, pero anda de vacaciones. ¿A poco es sospechoso?

—No, yo creo que sólo es envidioso.

Me despedí de Jacinto y de Pepillo Camacho. Prometí reunirme en su casa por la noche para atender la llamada de los secuestradores. Dependiendo de lo que hable con ellos, le dije, veremos qué medidas tomar. Mientras recorría las cinco cuerdas para regresar a casa, comencé a frotarme las manos. Desde

que terminé la carrera de investigador privado por correspondencia, nunca había trabajado en tres casos al mismo tiempo y tampoco había cobrado tan buenos honorarios. Ahora tendría que resolver dos desapariciones y un secuestro. Esta rachita se la debo a doña Lucha, me dije, pues, entre sus tamales y champurrados ahora tengo estos casos que debo resolver. Si todo sale bien, tendré que gratificarle sus atentas recomendaciones y, mientras pensaba en la frondosa oaxaqueña, recordé los fuertes latidos de su corazón. Qué linda tibieza, me dije y seguí caminando al ritmo de aquel corazón asustado que una mañana acaricié por invitación de su dueña. Tenía tanto trabajo que ni siquiera me acordé de mi novia Lupita, que seguía pasando sus vacaciones de Semana Santa allá en su pueblo.

CAPÍTULO SEXTO

Eddy Tennis Boy se la pasaba investigando pero sus clientes opinaban que se los estaba transeando

Me di un baño a jicarazo limpio, pues ni siquiera me había peinado desde que doña Lucha me sacó de la cama. Había desayunado a costillas de Pepillo Camacho y estaba dispuesto a seguir buscando a Nicanor, alias *el Siete Mugres*. Después de ponerme unos pantalones de mezclilla y mis tenis blancos, siempre relucientes, salí hacia el centro una vez más. Antes pasé a recoger los 50 pesos con la señora Pancha y la vi tan tranquila, que estuve a punto de suspender la búsqueda. Sin embargo, la mujer ya me había anotado las direcciones de María Juana y de María Guadalupe y yo tenía ganas de ver a la *Tercera Mugre*, Mary Juana. Doña Pancha me llenó de bendiciones y me deseó buena suerte para que encontrara a su marido. Ante esa demostración de afecto por el viejo desaparecido, acepté el dinero de los pasajes y salí dispuesto a interrogar a las mugres faltantes.

A medio trayecto pensé que era demasiado grande el interés en descubrir el paradero de su marido, que me pareció muy extraño. A lo mejor la señora Pancha me contrató para buscarlo en casa de sus hijas, cuando ella misma pudo haberlo descuartizado y tirado en cachitos para no volver a verlo. En ese

caso, la señora Pancha quedaría fuera de cualquier sospecha y su marido pasaría a la historia como uno más de los tipos que abandonan a sus mujeres y desaparecen del barrio. Pensé que podría tratarse de un asesinato, donde una mujer busca fingidamente a su marido y el detective no lo encuentra, porque lo han borrado del mapamundi. Así que no debo de perder de vista a la propia mujer del desaparecido, me dije. Luego de elaborar esta hipótesis, aproveché el viaje en el chimeco y en el metro para pasar unas notas en limpio.

Dos horas después llegué a casa de Mary Juana. En ese tiempo pasé en limpio las declaraciones de Fulgencio y los detalles sobre la desaparición de su hija Clementina. Más tarde haría la síntesis informativa sobre el secuestro de don Pepe Camacho; un caso que me dejaría buenos pesos y que acepté para probar mis habilidades como investigador. Por lo pronto quería averiguar el paradero de Nicanor y ya estaba tocando el timbre de mi amiga Mary Juana.

Mary Juana era bajita y la más blanca de todas sus hermanas. Era la tercera mugre de Nicanor, pero tenía dos joyitas apreciadas por todo los hombres del barrio. Pocos conocían las demás cualidades de su cuerpo, porque sus pechos eran tan hermosos que capturaban todas las miradas. Se había casado con Gilberto *el Animal* Martínez, un policía que tuvo que salir del barrio porque había golpeado a tres vecinos y los tres vecinos formaron un equipo para romperle la madre en la primera oportunidad. La visité dispuesto a contemplar sus lindas chichitas, pues algo tenían sus senos que embobaban a cualquiera.

—¡Hola, Mary Juana! ¡Qué gusto me da verte! —dije tratando de mirarla a la cara, pero sin conseguirlo.

—A nosotras también —contestó Mary Juana sin ocultar sus encantos.

—Oye, ando buscando a tu papá. ¿No ha venido por acá?
—Vino hace una semana. Pero, dime, ¿acaso ya lo cachó en la movida?
—¿Cuál movida? —pregunté tratando de desenredar la madeja.
—Si no sabes nada, mejor lo dejamos así. Además, si yo fuera mi mamá, no me preocuparía.
—Entonces, ya me voy.
—¿Tan rápido?
—Claro, no me gusta estar mirado lo que no puedo tocar.
—Eso sí es una lastima, pero le juré a mi marido que ningún otro hombre me tocaría —hice un mohín de tristeza—. Pero, si me prometes no meter las manos, te acaricio yo.

La propuesta no era para rechazarse. Claro que yo también le había jurado amor eterno a Lupita, pero ella andaba lejos y todavía faltaba una semana para que regresara. Además, mirando con calma y con claridad el asunto, no cometería ninguna traición. Sólo tenía que quedarme quietecito, como si fuera un bulto de madera. Después de meditar lo anterior, respondí que *yes* y acepté que torturaran mi corazón. Al principio me costó trabajo hacer un poco de saliva, pero después hasta la baba se me escurría. Mary Juana sí sabía sacarle brillo a sus joyitas y, como siempre, no tuve tiempo para descubrir qué otros atributos poseía.

Ya no quise visitar a María Guadalupe, la cuarta mugre de Nicanor, porque ninguna de sus hijas estaba preocupada por su desaparición. Así que me regresé a casa con la mente vacía y el cuerpo hueco. Enseguida subí a mi cuarto con la intención de descansar un rato pero, como venía algo agotado, me quedé bien jetón. Por la tarde desperté con la alegría infinita que sienten los bebés después de ser amamantados y lleno de felicidad

estuve redactando mis notas. Pasé en limpio todo lo que había dicho Pepillo Camacho y su trabajador Jacinto. Cuando llegó la hora de comer, bajé puntualmente a la mesa y mamá me atendió de manera servicial. Mi carnala Nereyda, quien desconocía el motivo de mi alegría, sólo me sacó la lengua y dijo: ¡Qué envidia me das! Yo me sonrojé y, tratando de no transparentar la causa de mi placer, terminé de comer en silencio.

Después de comer, saqué la bicicleta y me dirigí a casa de la señora Pancha. Mamá no está, me dijo Nicanorcito, que seguía con su facha de mariquita muy acentuada. La esperé mientras me daba unas vueltas sin bajarme de la bicicleta. En cuanto la señora Pancha llegó, comencé a interrogarla. Primero le pregunté por el equipo favorito de su marido. Me respondió que su predilecto era el Guadalajara. Luego le pregunté cómo iba vestido y ella dijo que muy elegante, pues se había puesto saco en lugar de chamarra. Quise saber si llevaba camisa y ella lo recordaba con una playera del rebaño sagrado, pues siempre se presentaba como fiel seguidor del Guadalajara. La última pregunta que le hice casi saca de sus casillas a la señora Pancha. ¿Sabe si se puso calzones nuevos antes de salir? Al principio se negó a contestar, pero como la vida de su viejo peligraba, finalmente me contestó. No se los vi, dijo y agregó; cuando se presenta a un trabajo por primera vez, siempre llega impecable. Lo corren por borracho, no por mugroso, sentenció la señora Pancha. Ya no hice más preguntas. Me subí a la bicicleta y me fui pedaleando sin mirarla. Seguramente la señora Pancha se quedó pensando que era un detective muy deschavetado y que preguntaba puras tonterías.

Pasé a la casa y subí a mi cuarto en la azotea. Ahí anoté las respuestas de la señora Pancha. Después bajé a la cocina y me tomé un vaso enorme de agua. Hice pipí en el baño y me subí a la bicicleta de nuevo. Silbando *Whatever you want*

de Status Quo, mi grupo favorito, me fui pedaleando derecho a la casa de Pepillo Camacho. Llegué 15 minutos antes de las 10 de la noche, antes de que los secuestradores hicieran la llamada. Cuando sonó el teléfono, tomé la bocina para contestarles.

—¿Ya tienen el dinero?

—Sí, son tres millones en billetes chicos —respondí y reconocí una voz de acento provinciano.

—Entonces, llamaremos el sábado a las 10 de la mañana para decirles en dónde deben entregar el dinero. No debe venir ningún familiar ni tampoco queremos a ninguno de sus empleados.

—Así se hará —dije y enseguida pregunté—; ¿Cómo está mi padre?

—Está bien, pero no puede hablar.

—Sólo dígame qué ropa lleva, para saber si es mi padre.

—Lleva unos zapatos negros, pantalón gris, playera rayada y un saco negro. Eso es todo.

El secuestrador cortó la comunicación y Pepillo Camacho esperaba a que le comentara mis impresiones. Pero caminé hacia la bicicleta, sin hacer ningún comentario.

—¿Qué vamos hacer? ¿Les entregaremos el dinero?

—De momento dejaremos las cosas como están —dije—. El asunto está algo enredado, pero pronto hallaré la solución.

—Y, ¿tampoco hago el otro depósito?

—Mañana vendré temprano para recibir esa llamada. Como no depositaste los 30 mil pesos, el hombre te volverá a llamar. Los secuestradores quedaron en llamar el sábado. Así que ya sabemos que son dos asuntos diferentes.

—Eso pensé —dijo Pepillo Camacho y sin darle tiempo para que volviera a abrir la boca, me alejé rápidamente pedaleando la bicicleta.

Un momento después llegué a casa del viejo Fulgencio. Toqué con una piedra la puerta metálica y me abrieron de inmediato. Yo pasé a la sala, después de dejar la bicicleta a medio patio.

—Sigo investigando el paradero de Clementina —le comenté a Fulgencio.

—¡Qué bueno! —dijo él—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Sólo quiero interrogar a su señora.

El viejo Fulgencio llamó a su mujer, que también se llamaba Clementina. Ella entró a la sala y Fulgencio quiso sentarse con nosotros, pero le pedí que nos dejara conversar a solas. A regañadientes nos dejó solos. Al principio no sabía cómo plantear las preguntas, pero decidí hacerlas de manera directa y sencilla. Primero le pregunté por el nombre de la mejor amiga de su hija y me respondió que su Clementina mencionaba mucho a una tal Catalina. Después vinieron varias preguntas y la mayoría de ellas la sonrojaron y la escandalizaron. La mujer se tranquilizó cuando tomé la bicicleta y el viejo Fulgencio cerró el zaguán de su casa. Antes de retirarme, escuché que la mujer estaba muy disgustada.

—¿Qué te pasa mujer? —le preguntó Fulgencio.

—Ese muchacho que se dice investigador privado, me preguntó hasta el tipo de toallas sanitarias que usa mi hija. Quería saber la verdad y tuve que decirle que Cleme usa tampones. Para mí es un morbosito. Hasta me preguntó cuándo fue la última vez que se los compré y tuve que decirle que tenía más de tres meses que le había comprado una caja.

—Y ¿a poco con eso va a encontrar a mi hija?

—Seguro que no. Además, me dio pena contarle esas cosas. No sabes lo avergonzada que estoy.

El viejo Fulgencio salió para reclamarme, pero cuando se asomó a la calle, yo estaba alejándome en chinga y sin dejar de

pedalear la bicicleta. Ni modo, estaba causando mala impresión a causa de mi trabajo. Fulgencio y su mujer entraron a la casa y me imagino que esa noche se tomaron el café más amargo desde la desaparición de Clementina.

Entre las caricias de Mary Juana y las pedaleadas a mi bicicleta, terminó el jueves. Redacté varias notas y pegué las tarjetas de los tres casos a un lado del cartelito del Che Guevara. Ahí estaba escrito lo que había hablado con los secuestradores y otros antecedentes que Pepillo Camacho me había contado y hasta los comentarios de su empleado Jacinto. A las cosas que me contó Fulgencio la primera noche, agregué los detalles que me había contado su mujer, la mamá de Clementina. En otras tarjetas estaba todo lo relacionado con la desaparición del viejo Nicanor y las entrevistas a sus hijas. Antes de dormirme las leí un par de veces y, cuando terminé el último análisis, solté una sonrisa. Me resultaba evidente que los tres casos estaban relacionados y si lograba resolver uno de ellos, quedarían solucionados los demás.

Anoté las pesquisas que tenía que realizar para el día siguiente: primero, atender la llamada del hombre que se hacía pasar por don Pepe Camacho y que solicitaba 30 mil pesos; segundo, ir al Colegio de Bachilleres donde estudiaba Clementina, para buscar a su amiga Catalina y averiguar datos acerca de mi vecinita. Estas dos tareas eran mis prioridades para el viernes. Cuando concluyera alguna de ellas, estaría en posición de actuar y no pasaría mucho tiempo para cobrar mis honorarios. Estaba emocionado por esa buena racha de trabajo que tenía en mis manos. Animado como nunca, hice una doble tanda de sentadillas, mis lagartijas de costumbre y manejé los chacos delante de Bruce Lee con mucho cuidado para no ponerme un madrazo como luego sucedía. Me ejercité a conciencia, pues quería estar

en forma para mis siguientes actividades: solucionar el secuestro de don Pepe Camacho y las desapariciones de Clementina y de Nicanor lo más pronto posible.

Comencé el viernes desayunándome unos tamales en el puesto de doña Lucha. La simpática oaxaqueña me saludó muy contenta y me preguntó sobre las investigaciones.

—Todo marchaba sobre ruedas. Aunque ando muy apurado para resolver estos casos.

—No te sobra tiempo para nada, ¿verdad, Eddy?

En cuanto escuché la pregunta, luego luego me acomodé al tono de la charla. Ya llevaba unos cuantos días de buena suerte y pensé que, gracias a esa buena racha, podía terminar en brazos de doña Lucha.

—Siempre me doy tiempo para ir al cine —le dije—. Y, me gustaría invitarla. Digo, si no tiene compromisos.

—¿Cuáles compromisos voy a tener? Soy una mujer dedicada al trabajo y sólo deseo ver terminada mi casa.

Gracias a ese comentario recordé que doña Lucha, año tras año levantaba un cuarto más a su casa y, era tan empeñosa, que ya estaba construyendo el segundo piso. Seguramente pensaba vivir de sus rentas cuando ya no pudiera vender tamales. Pero ella no era tan grande; apenas rebasaba los cuarenta años y eso era muy bueno para mí. Hasta mi jefecita santa pronunciaba una frase inolvidable; dicen que de gallina vieja sale buen caldo. Y eso era algo que yo deseaba descubrir con doña Lucha, porque tenía varios años de conocerla y nunca la había visto con un galán. Sólo quedaban dos posibilidades; o era muy discreta o sólo estaba dedicada a vender tamales para terminar su casa. En cualquiera de los dos casos, decidí lanzar el anzuelo.

—Doña Lucha, si le gusta el cine; me gustaría invitarla de todo corazón.

—Ah, qué amable eres. Podría dejar una tarde libre a media semana. Eso si no andas muy apurado —dijo mientras echaba unos tamales desnudos al corazón del anafre y comenzaron a hervir en medio del aceite, casi tan fuerte como estaba hirviendo mi corazón.

—Entonces, yo le aviso a media semana, doña Lucha, porque la gente que trabaja necesita un poco de distracción —dije recogiendo el anzuelo de la buena suerte, pues el ligue había funcionado y, además, me estaba ofreciendo una servilleta para limpiarme los labios.

Lleno de ilusiones recordé los títulos de las películas que acababan de estrenar. Me imaginé saliendo del cine Lago a lado de la oaxaqueña y recorriendo la glorieta del monumento a Nezahualcóyotl. Ahora existía la posibilidad de caminar a lado de un buen pollo y luego... Luego el mundo seguiría rodando, pues por algo era redondo, me dije, y ya para entonces iba montado en la bicicleta. Esa mañana no le pagué la cuenta, pues le tocaba cubrirla a Pepillo Camacho. Doña Lucha comentó que no había ningún problema, pues ya conocía el trato y sólo dejamos pendiente la invitación para ir al cine a media semana.

Llegué a la casa de materiales y después de avisarle a Pepillo Camacho a cuánto ascendía la cuenta, me quedé esperando la llamada de los secuestradores. Pepillo Camacho salió a pagar la cuenta de mi desayuno y me dejó solo delante del teléfono. Observé los carteles y banderines colocados en los mostradores y me quedó claro que era un fanático del equipo América. El hombre que solicitó el depósito de 30 mil pesos se iba a comunicar a las 10 de la mañana, pero no se comunicó con puntualidad. Seguramente tenía otras cosas más importantes que hacer.

—¿Se comunicaron ya? —preguntó Pepillo Camacho a su regreso.

—No, el teléfono sonó dos veces, pero fue para pedir tres metros de arena y cinco bultos de cemento; también pidieron veinte varillas. Aquí te dejo las direcciones para entregar el pedido.

—A ver si puedo entregar esos materiales —dijo desalentado Pepillo Camacho—. Resulta que Toribio anda de vacaciones. Él conoce muy bien Nezayorck y es el único chofer que sabe cómo tratar al *Camello*. *El Camello* es el viejo camión de materiales que mi papá no quiere cambiar, a pesar de lo viejo que está. Dice que los dos comenzaron a trabajar juntos y que si jubilan al camión, es como si lo jubilaran a él. En fin, estoy lleno de problemas; Toribio de vacaciones, mi papá secuestrado y *el Camello* atorándose a cada rato. Esta semana todo se me descompuso.

Pepillo Camacho siguió hablando de las malas relaciones que llevaba con sus empleados en la tabiguera y, sobre todo, con los repartidores de la casa de materiales. Era una persona muy educada, pero ya les había mentado la madre a dos de ellos. Me contó que dos primos de Toribio venían llegando de su pueblo y que andaban buscando trabajo, pero sólo fueron a preguntar por la chamba y que ya no volvieron por andar buscando un trabajo mejor remunerado.

Luego el teléfono sonó cuando pasaban de las 10 y media de la mañana. En ese momento, estaba más intrigado por los problemas que Pepillo Camacho me comentaba. Sin embargo, ya tenía una estrategia para tratar de identificar a la persona que llamara.

—Oye, hijo, ¿por qué no hiciste el depósito? Necesito esos fondos —dijo la voz—. Sin ellos no puedo circular.

—Perdimos tiempo arreglando el camión, pero hoy mismo queda listo el depósito —digo yo.

—Oye; tú no eres Pepillo —dijo la voz con plena seguridad.

—No, soy Eddy Tennis Boy, su vecino.

—Ah, sí, ya me acordé de ti; el hijo del capitán Francky Tennis. Oye, ¿y qué haces en mi negocio?

—Pepillo Camacho me encargó que contestara el teléfono. Además, me dijo que, cuando llamara, le avisara que ya salió para el banco y que pronto podrá retirar el dinero que le pidió.

—Dile que muchas gracias y que luego me reporto.

—Eso haré; pero su hijo quiere saber cómo se encuentra.

—Dile que estoy bien, aunque no puedo decirle dónde estoy —dijo la voz de don Pepe Camacho y comenzó a sonreír.

—Y, ¿qué tal está el calor? —pregunté con rapidez.

—Está cabrón... —comenzó a decir, pero se interrumpió. Antes de cortar, sólo agregó: dile a Pepillo que necesito esos fondos, de lo contrario no podré circular.

Mientras colgaba la bocina, sólo pensé que don Pepe Camacho era un viejo muy cabrón. Luego agarré la bicicleta y comencé a salir de la casa de materiales. Pepillo Camacho me alcanzó, pues estaba muy intrigado por la conversación que acababa de tener.

—¿Qué pasó con la llamada? ¿Pudo reconocer la voz? —preguntó muy angustiado.

—Él me reconoció y, por eso te doy la razón; el que llamó era tu padre. Así que puedes depositarle el dinero.

—Si usted lo dice, eso haré. Pero, ¿no entiendo que está sucediendo?

—Están sucediendo muchas cosas; pero no todas son malas. Tenemos que esperar la otra llamada para saber qué haremos con los secuestradores.

Pepillo Camacho ya no preguntó nada más, pero aceptó hacer el depósito sin saber dónde se hallaba su padre. Me subí a la bicicleta y comencé a pedalear para entrevistar a Catalina, la mejor amiga de Clementina.

El colegio de Bachilleres está ubicado al oriente de Nezayorck, a un costado del Canal de Santa Elena. Sus bardas marcan el límite con Chimalville, el municipio de la terrible Julieta *la Tormenta* Sotelo, una gángster que controla la política y, por supuesto, los bajos fondos del municipio vecino. Muchos de sus delincuentes traspasan los límites de su territorio y vienen a realizar sus fechorías a Nezayorck. Yo sabía que era una zona peligrosa y que me arriesgaba a que me bajarán la bicicleta, pero seguí pedaleando hasta llegar a la escuela. Preguntando por aquí y por allá logré localizar a Catalina, la mejor amiga de Clementina.

Catalina me aceptó un helado mientras reconocía que, efectivamente, era la mejor amiga de mi vecina. Luego, mientras se devoraba un *hotdog* y se empinaba una Coca-cola, me confió que habían salido con algunos compañeros a la disco, pero que se dieron la aburrida de su vida. Los chavos andaban muy cortos de monedas, me dijo, y sólo querían caldear. Ni siquiera nos invitaron a cenar y nos regresamos con la panza en blanco. Luego, Catalina decidió entrar a la última clase, pero me pidió que la esperara para contarme otras cosas. Aceptó con gusto mi invitación a comer y, mientras yo le echaba un ojo a mi bicicleta, me contó que Clementina era muy exigente. Yo, por ejemplo, sí puedo comerme unos tacos de pastor y hasta beberme una jarra de agua de horchata, dijo, pero te aseguro que mi amiga, sólo acepta invitaciones a buenos restaurantes, donde le pongan una servilleta en las piernas; pues le gusta que la atiendan los meseros, mientras escucha música de violines.

Un poco más tarde la invité a un antro cerca de la escuela y ahí tuve que dispararle un par de cervezas y una cuba. Entonces me confesó que Clementina andaba con un tipo de muchos varos. Pero, nunca me lo presentó, porque a lo mejor tenía miedo de que se lo bajara. Cuando descubrí que Catalina no conocía a la pareja de Clementina, sólo le invité una cuba más y luego quise llevarla a su casa. Catalina se horrorizó sólo de pensar que iría paradita en los diablos de la bicicleta y decidió irse a pie. Yo estaba fuera de onda con esa chava tan mami-la. Pero, aunque no soy un caballero, traté de comportarme a la altura. Así que detuve una carcacha que funcionaba como taxi y, después de arreglar el costo del viaje, la envié a su casa antes de que se cayera de borracha. Catalina ha sido la persona más cara que he interrogado, aunque pensándolo bien, quizá hasta me salió barata, tomando en cuenta todo lo que me contó.

Por la tarde, pasé a mi casa por una chamarra. También le avisé a mi jefa que andaba apurado y que ya me había echado un taco. Como me quedé sin dinero por gastos invertidos en Catalina, pasé a ver a la señora Pancha y le pedí cincuenta pesos para los pasajes, aunque andaba en bicicleta. Pensando que a lo mejor necesitaba más dinero, también visité a Pepillo Camacho y le pedí cien pesos para los viáticos, me dio el dinero sin chistar y me dijo que ya había hecho el depósito de los 30 mil pesos en la tarjeta de su papá. Al único que no le pedí un solo peso, fue al viejo Fulgencio. Su mujer debe estar muy disgustada con el interrogatorio que le hice para averiguar la vida sexual de Clementina, me dije.

Ya con ese dinero en la bolsa, agarré de nuevo la bicicleta y me fui hasta la colonia Loma Bonita. Ahí platicué largo y tendido con varios taqueros y aproveché para probar su mercancía. Hice varios rondines por el domicilio de Toribio y le entré a los

tacos de cabeza, suadero, buche, de canasta y, por supuesto, a los de carnitas. A todos les pregunté si alguien llegaba a comprar los tacos por docena. Todos dijeron que vendían bien, pero ninguno alardeó diciéndome que vendían grandes cantidades.

—Oiga —preguntó un taquero—, ¿acaso es inspector de sanidad?

—No; sólo trato de saber cómo funciona el negocio. A lo mejor me animo a poner mi propio puesto.

—Pues, este es un giro de altas y bajas —dijo un taquero que vendía carnitas estilo Michoacán—. Esta semana ha sido buena —dijo—: un paisano ha venido a comprar cincuenta tacos diariamente.

Aquí le puse mucha atención al taquero, porque esa me parecía una pista excelente. Conozco familias que se tragan cincuenta tacos, pero, por más hambrientos que sean, no pueden andar tragando siempre lo mismo, porque se gasta mucho dinero y porque uno se fastidia de tragar siempre lo mismo.

—Ese paisano sabe escoger lo bueno, lo bonito y lo barato —dije mientras me fijaba dónde estaba ubicado el puesto de carnitas estilo Michoacán—. Además, los tacos están sabrosos y vienen bien servidos.

—De esta forma no pierdo a la clientela —me dijo orgulloso el taquero.

Mi panza estaba hasta el tope de tacos. Así que pagué y seguí pedaleando por algunas calles de la colonia Loma Bonita. Ya había recorrido todas las taquerías esquineras y todas las fonditas que expendían comida para llevar, así que decidí regresar a la casa. Sólo que traía el estómago a punto de reventar, pues no quise privarme de entrarle a los tacos. En cada puesto, consumí mínimo tres tacos, pero otros tenían ofertas de cinco tacos por diez pesos y, para no desaprovechar las gangas, le entré

sin medir las consecuencias. Cerca de las nueve de la noche, mi panza era un hervidero de malestares. Para no empeorar mis problemas para circular, comencé a caminar a paso lento, empujando la bicicleta.

Hice un alto en la gasolinera de la avenida Chimalhuacán, porque ya no aguantaba las ganas de soltar la carga. Además, traía una ventolera que parecía un detective con propulsión a chorro. Después de despedirme de varios tacos a medio procesar, seguí pedaleando la bicicleta y llegué a la casa muy traqueteado. Los cuates ya estaban en la esquina pero, aunque me hicieron señas para que me reuniera con ellos, sólo levanté la mano para saludarlos y seguí mi camino.

Ya tenía varias noches llegando agotado. Claro que esos ajetreos eran parte del oficio. Sobre todo ahora que estaba trabajando tres casos al mismo tiempo. Aseguré la bicicleta con una cadena a un muro de la casa y subí a mi cuarto en la azotea. Antes me quejaba por falta de trabajo, así que ahora no voy a quejarme por andar en chinga, me dije antes de quitarme los tenis.

Esa noche soñé que era un angelito vestido de blanco, pero que circulaba aquí en la tierra. En el sueño me imaginaba que traía puesto mi traje de karateka y que le cubría la espalda a Bruce Lee. Estábamos en medio de una madriza como la pelea al final de *Operación dragón*. Bruce Lee, el inventor del Jet Kun Do (el camino del puño que intercepta) se alegraba de que estuviera a sus espaldas. Sin embargo, el maestro me decía: Todavía no estás listo para pelear a manos limpias, pero, como necesito tu ayuda, quiero que uses mis chacos. Emocionado agarraba los chacos y seguía detrás del Gran Jefe tirando putazos y partiendo cráneos para protegerlo. Claro que los enemigos salían en bola y yo me sentía cada vez más agotado. Cuando estábamos a punto de ser derrotados, mi sueño cambiaba. En medio de un

gran trueno aparecía Ernesto *el Che* Guevara, meciéndose la barba. Estaba con las piernas abiertas y sosteniendo una metralleta. Ah, qué guerrillero tan chingón, exclamaba lleno de gusto y lo aplaudía a rabiar. El gran camarada me sonreía y comenzaba a disparar a lo bestia para acabar con nuestros enemigos. En mi sueño veía el suelo cubierto de mercenarios colonialistas. Pero justo en ese momento abrí los ojos y descubrí que mi infeliz estómago estaba liberándose de una mala digestión. Los tacos que me había tragado cuando anduve pedaleando por la colonia Loma Bonita todavía me causaban estragos. Así desperté aquel sábado. Desperté rogando al cielo para que ninguno de mis aires hubiera salido con premio, porque no tenía ni tantitas ganas de bañarme ese día.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Cansado de habladurías, el protagonista se decide actuar pero antes les avisa a sus clientes cuánto les va a cobrar.

Gracias a doña Lucha me enteré que mis clientes andaban muy preocupados. Me veían para un lado y para otro preguntando tonterías y montado en la bicicleta. Desconfiaban de mis habilidades. Pero yo tenía mis propósitos muy claros. Todavía el sábado en la mañana estuve preguntando poco, pero anotando mucho. En algunos sitios miraba mucho y anotaba una o dos palabras. Así transcurrió el sábado, mientras mis clientes ya sospechaban que estaba medio zafado. Así que el domingo en la mañana, cuando ya había sacado mis conclusiones, fui a desayunar en la esquina de la calzada Carmelo Pérez. Doña Lucha me platicó las habladurías que yo ya sabía. Así que me dirigí a la casa de materiales para hablar con Pepillo Camacho.

—¡Qué bueno que llegó! —dijo Pepillo Camacho

—¿Ya te hablaron los secuestradores?

—Sí, quieren que lleves los tres millones de pesos hoy a las doce de la noche. Nos estarán esperando en...

—En las vías que cruzan el canal de Santa Elena —dije adelantándome a los hechos.

—Exacto; eso dijeron —aceptó lleno de sorpresa Pepillo Camacho.

—Ah, muy bien —dije—; pero sólo llevaré una bolsa vacía. Ahora quiero hacer cuentas contigo. Dijimos que me pagarías mil pesos diarios. Yo te prometo que tu papá, don Pepe Camacho, regresará sano y salvo. Pero, como comencé a investigar este caso desde el mismo día que lo secuestraron, mis honorarios serán 10 mil pesos en total. Mismos que luego pasaré a cobrar.

Enseguida me subí a la bicicleta y comencé a pedalear directo a la casa del viejo Fulgencio. También le hablé sin pelos en la lengua, pues no me gustaba la desconfianza que andaban manifestando estos clientes.

—A usted, señor Fulgencio, le voy a cobrar cuatro mil pesos, con los viáticos incluidos. Mis investigaciones iniciaron el mismo día en que desapareció su hija Clementina, aunque usted me encargó el caso el martes. Ya resolví el misterio de su desaparición. Así que necesito tenga el dinero en sus manos para cuando su hija regrese.

Por último visité a la señora Pancha, la primera persona que me contrató para localizar a su marido Nicanor, alias el *Siete Mugres*. Con ella también tuve una charla bastante sincera, aunque como fue mi primer trabajo, no le cobré más que los 200 pesos acordados.

—A usted le voy a cobrar dos mil pesos por toda la semana. Dichos honorarios no cubren mis gastos de transporte y alimentación, mismo que luego le sumaré.

—¿Mis hijas te dieron alguna pista?

—Algunas, aunque debo decirle que comencé a buscar a Nicanor desde el mismo día de su desaparición.

—¡Ay, Eddy, muchas gracias por todo! —dijo la señora Pancha—. Y, ¿cuándo regresará?

—Probablemente estará de regresó mañana lunes y también quiero decirle que haré todo lo posible para que su viejo regrese tan sano como se fue. Aunque no se lo aseguro.

Luego supe que mis tres clientes coincidieron en el puesto de tamales de doña Lucha y ella me platicó sus distintas preocupaciones, aunque todos habían cambiado de parecer y confiaban en que resolviera los tres casos. Su angustia era mucha y ninguno de ellos podía acudir a la policía. La única que no dejó de lamentarse con mi visita fue la señora Pancha.

—Ni siquiera me aseguró que Nicanor regresaría con vida —comentó la señora Pancha—: Eso sí que me preocupa.

—Ha de ser porque le cobró muy barato —aclaró Pepillo Camacho.

—Pues, mejor me hubiera cobrado más —exclamó la señora Pancha—. Yo lo quiero vivito y coleando. Además, muerto me sale más caro —se lamentó en lágrimas la mujer.

—En eso tiene usted razón —opinó el viejo Fulgencio, pensando en los gastos de un sepelio y todavía muy intrigado porque le había comentado que su hija regresaría mucho mejor de cómo se había ido.

Después de esa breve reunión, cada uno de ellos volvió a sus domicilios dispuestos a esperar los resultados de mis investigaciones. Ahora les contaré cómo me las ingenié para ir atando pistas, pues a lo mejor están desesperados por saberlo. El secuestro de don Pepe Camacho y de Nicanor estaba relacionado con la ausencia de Clementina. Resultó cierto que Clementina nunca se iba a fijar en ninguno de sus pobretones compañeros, aunque ganas no le faltaban. También le había confiado a su amiga Catalina que, si alguna vez se animaba a perder su gran tesoro, y cuando decía tesoro se refería a su virginidad, lo haría con alguien que valiera la pena. Así que pensé

que don Pepe Camacho sería un buen candidato para abrir ese baúl de sorpresas virginales y no me equivoqué. El viejo, ansioso como un burrito de tres años que arrastraba la reata por el campo, seguramente captó el sentir de la chamaca. Es fácil imaginarlo encendiendo su carro todas las mañanas para salir muy temprano a arreglar sus “asuntos”. Y sus asuntos no eran otra cosa que seducir a Clementina. Planeaba sus salidas de tal forma que pudiera darle un aventón a la muchacha, quien también tenía su jugada. Clementina se aprovechaba del viejo *rabo verde*, pues así nunca llegaba tarde a la escuela y se ahorra el pasaje de los camiones. El viejo zorro siguió llevándola a la escuela y, entre los cambios de velocidad, comenzó a acariciarle una rodilla y luego, en cuanto agarró más confianza, le dejaba la mano en el muslo. Clementina, debo anotar, siguió al pie de la letra los consejos del viejo Fulgencio, su papá. Es decir, nunca se interesó en los chamacos babosos de su edad, sino en don Pepe Camacho, el dueño de la casa de materiales. Éste por su parte, pasó de los aventones a la escuela a los aventones de tripas, y la chamaca, engolosinada con el coche nuevo y con la posibilidad de casarse con el tipo más rico de la colonia, le abrió su corazoncito y enseguida le abrió las piernas de par en par.

Catalina, la mejor amiga de Clementina, me contó que le había dicho que era preferible meterse con el viejo adinerado y salir panzona, porque no deseaba volver a la escuela. Sus padres no sabían que detestaba el estudio. Un par de meses después, como es de suponer, descubrió que estaba embarazada. Esto lo sospeché, cuando traté de averiguar los motivos que tenía para desaparecer de la colonia Glorioso Lodazal. Luego, cuando le pregunté a la mamá de Clementina sobre sus toallas femeninas, la señora ni siquiera se acordaba de la última vez que su hija

había comprado tales productos, por eso imaginé que ya tenía tiempo dándole vuelo a la hilacha. Total, cuando Clementina supo que estaba preñada, fue a pedirle auxilio al hombre que la había embarcado. Esa mañana, encontró a don Pepe Camacho tratando de encender su viejo camión de carga. *El Camello* no arrancó ni con las patadas que le puso su dueño y, para colmo de males, el viejo casi se zurra en los pantalones, cuando la chamaca lo amenazó con hacerle un escándalo frente a sus empleados.

Ese era su día de mala suerte. Apenas iba saliendo su viejo camión a entregar el primer pedido por la colonia y se le descompuso al entrar a la calzada. Él estaba por llevar a Clementina a la escuela, pero su coche no podía pasar. Entonces, agarró a la chamaca y quiso mandarla en un taxi. Ella estaba tan desesperada que lo sujetó del cuello y, dando de gritos, le juró que sólo lo dejaría cuando estuviera muerta. Don Pepe Camacho no tuvo más remedio que dejar su coche con la puerta abierta y se subió con ella en el primer taxi que encontró para alejarse del lugar. Para tranquilizarla se la llevó al primer hotel que encontró sobre la calzada Zaragoza. Ahí la estuvo consolando y cuando Clementina estuvo más tranquila, lo premió con cientos de besos por el numerito que le acababa de hacer. Al ver la disposición de la chamaca, don Pepe Camacho decidió terminar con el trabajito que ya había empezado. Esa mañana, según me lo contó después, se la echó dos veces y al día siguiente, cuando se venció la habitación, decidió jugársela con la chamaca. Él era viudo y le prometió casarse con ella y, sin avisarle a nadie, salieron hacia Acapulco para iniciar su luna de miel. Allá terminaron de formar al pequeño Pepito tercero que ya estaba floreciendo en la barriga de Clementina.

Por esa razón don Pepe Camacho llamó a su hijo el miércoles en la mañana. Cuando Pepillo le contestó, él desconocía

la mala noticia de que alguien creía haberlo secuestrado, así que, sin darle explicaciones, le pidió que le depositara 30 mil pesos. Requería esos “fondos”, porque ya tenía pensado alargar la luna de miel y necesitaba dinero para pasarla a todo dar. Por eso doña Lucha me buscó esa mañana. Me había recomendado con Pepillo, porque estaba desconcertado por las dos peticiones de dinero. En su familia decidieron dejar fuera a la policía para no arriesgar la vida de su padre. El mismo lunes por la noche se iniciaron las negociaciones con los secuestradores y les pidieron tres millones de pesos a cambio de regresar al materialista con vida. Sin embargo, cuando recibió la llamada del martes en la mañana, donde un hombre que se hacía pasar por su padre le solicitaba 30 mil pesos, sospechó que algo andaba mal. Primero pensó que era un impostor o que podrían ser dos grupos de secuestradores. Cuando ya estaba trabajando para Pepillo Camacho, le ayudé a salir de dudas. Don Pepe sí reconocía la voz de su hijo y también me reconoció a mí. Además, sólo solicitaba 30 mil pesos, dinero más que suficiente para pasar una semana en Acapulco. De esta forma supe quién se había llevado a Clementina y por ende supe que los dos estaban muy bien de salud. También descubrí que andaban en Acapulco porque la voz de don Pepe sonaba alegre y, además, había comentado que el calor estaba muy fuerte, “cabrón” fue su palabra, aunque se negó a decir en dónde andaba, era fácil adivinarlo.

El único que la pasó bastante mal fue Nicanor. En efecto, la mañana del lunes Nicanor salió muy bien arreglado y tuvo la mala suerte de llegar a la esquina justo cuando los hampones esperaban secuestrar a don Pepe. Los secuestradores no conocían a su víctima, pues Toribio, el verdadero cerebro detrás del secuestro, sólo les había dicho a sus primos que su patrón manejaba un Mustang azul. Mientras don Pepe pateaba el camión que

se había parado, los secuestradores vieron que un hombre muy bien arreglado se acercaba al auto nuevo. Era Nicanor quien vio la puerta del coche abierta y llegó para cerrarla para que no se hiciera más pesado el tránsito. De inmediato pensaron que Nicanor era el materialista y, sin darle chance de nada, lo amagaron con varios chingadazos y lo subieron en su coche. El tránsito estaba bastante congestionado y tuvieron que disparar varios tiros para abrirse paso. Nicanor se había arreglado muy bien con el pretexto de ir a su nuevo trabajo, pero éste ni siquiera existía. Resulta que ya tenía varias semanas que andaba bombeándose a una señora de buen ver, como decía, y salía muy elegante para darse sus aires de conquistador. Mary Juana, la chica de los pechos encantadores, me dio esta pista. Cuando me preguntó si ya lo había cachado en la movida la señora Pancha. Mary Juana, la segunda *Mugre* que le había parido, conocía bastante bien las andanzas de su padre y, seguramente la señora Pancha quería confirmarlas, pero nunca me lo pidió con claridad. Sin duda ya sospechaba los amoríos de su viejo, pues resultaba increíble que se fuera tan lejos a buscar una chamba cuando ni siquiera quería trabajar cerca de casa. Había algo misterioso con su viejo y, conociéndolo desde siempre, supo que algo andaba mal: “jalan más un par de nalgas, aunque ya estén guangas, que una yunta de bueyes y a veces hasta jalan más que un tractor”. Dicha situación me la confesó semanas más tarde la señora Pancha, cuando cuidaba a Nicanor con grandes atenciones, pues nunca imaginó que su marido viviera tremendo suplicio durante el secuestro.

Relacioné las tres desapariciones esa noche del miércoles, cuando fue a buscarme el viejo Fulgencio y me platicó la desaparición de su hija. Coincidió el día y la hora y, además, me platicó los síntomas de Clementina y después de la charla que

tuve con su mamá, saqué conclusiones bastante coherentes para mí, aunque la señora se quedó escandalizada. En un principio no sabía quién de los dos hombres se la había llevado. Sabía que Nicanor se daba aires de galán, pero tomando la cuestión del dinero, me incliné por el materialista. Luego seguí atando hilos a la mañana siguiente. Pepillo Camacho pensaba pedirme que les entregara el dinero a los secuestradores, pero con la otra llamada pidiendo dinero, y gracias a que doña Lucha me presentó como un gran investigador, terminó encargándome el caso. Cuando pasé mis notas en limpio, confirmé que Clementina andaba con don Pepe Camacho, siguiendo los consejos de su padre, nunca tendría los pelos de ningún tonto en la boca o, cuando menos, de ningún tonto pobre. En este asunto, la chamaca siempre fue obediente. Don Pepe se la había enchufado porque tenía coche nuevo o por su dinero o porque la chamaca detestaba la escuela, mientras que Nicanor, con su pobreza y sus mugres encima, tenía pocas posibilidades de andar con la chamaca.

Descubrí que los secuestradores se habían equivocado de persona, porque ni siquiera conocían la voz de Pepillo Camacho y luego, cuando les pedí pruebas para confirmar que don Pepe estuviera vivo y les pregunté qué prendas llevaba puestas, ellos me dijeron que andaba vestido con una playera de rayas. Don Pepe Camacho no podía vestirse así. Lo comprendí cuando le eché un ojo a la casa de materiales, pues encontré tres carteles del equipo América y un par de banderines de los *canarios* y era una tradición que los nuevos ricos del país se dijeran americanistas. Los seguidores del *rebaño sagrado*, como Nicanor, usaban playeras con franjas blancas y rojas y el tradicional short azul. Además, su mujer me había confirmado que el *Siete Mugres* era fanático de las *Chivas*. Esa fue la segunda pista y gracias a ella

supe que habían secuestrado al hombre equivocado, pero los delincuentes ni siquiera lo sospechaban.

La tercera pista consistió en descubrir quién podría haber planeado el secuestro de don Pepe. Trabajé mucho en esta cuestión, porque quería rescatar con vida a Nicanor. Platicando con los empleados de la casa de materiales, sobre todo con Jacinto, me comentaron que Toribio, el chofer más viejo de la casa de materiales, tenía una semana de vacaciones y que se había ido a su pueblo. También me contaron que andaba refunfuñando contra el patrón porque querían jubilarlo con un salario de mierda y él los había ayudado a enriquecerse con las chingas que se metió a lo largo de tantos años. Entonces, lo convertí en el principal sospechoso. Como estaba de vacaciones tenía muy buena coartada y, para no comprometerse, se pasó de listo y decidí enviar a sus secuaces. Por visitar a sus paisanos, la policía nunca lo relacionaría con el secuestro. Sabía que los secuestradores estaban relacionados con los mismos empleados por dos pistas que los delincuentes querían apartar del caso. Primero, porque le insistieron a Pepillo Camacho que ningún familiar o ningún empleado fuera a entregarles el dinero del rescate. Hicieron esa petición ante el temor de que fueran reconocidos cuando recogieran el dinero, pues Toribio los había recomendado para trabajar en la casa de materiales y varias personas los habían visto. Seguramente, cuando decidieron el secuestro, ya no volvieron a preguntar por la chamba, según me contó Pepillo Camacho posteriormente.

Tratando de confirmar mis sospechas, enseguida investigué el domicilio de Toribio y me informaron que vivía en la colonia Loma Bonita. Recorrí toda la zona en la bicicleta y realicé una buena vigilancia. En efecto, uno de los secuestradores salió de la casa de Toribio cuando debería estar vacía.

En ese momento confirmé que ahí tenían a Nicanor. Un día antes había platicado con varios taqueros y uno de ellos me dijo que un cliente se llevaba hasta cincuenta tacos por viaje. Con esta información deduje que, con esa dotación de tacos, los secuestradores evitaban salir durante el día y así vigilaban al supuesto materialista.

El domingo por la noche, cuando supuestamente les entregaría el dinero del rescate, estuve espiando los movimientos que hacían en la casa de Toribio desde temprano. Alrededor de las siete de la noche, salió el chamaco que siempre iba por los tacos, cosa que me dio mucho gusto, pues siempre era bueno empezar anotándome un punto a mi favor. Dejé que hiciera sus compras y después lo detuve en el camino, no sin antes atizarle un par de chaczos por la espalda. El secuestrador, tratando de cubrirse la nunca, tiró las bolsas de tacos. Cuando estaba moqueando, comencé a interrogarlo y así supe que sólo quedaban dos secuestradores vigilando a la víctima. A lo mejor la regué, pero dejé que el chavo de los tacos se fuera. Ya estaba muerto de cansancio, de miedo y de hambre, pues era la primera vez que participaba en un secuestro. Le saqué la clave para entrar a la casa de Toribio y, después de recoger las bolsas de tacos, lo acompañé dos cuadras, ahí le dije que la colonia estaba rodeada por la policía y que siguiera caminando muy tranquilo para que no lo detuvieran. Como lo verían solo, sin mi vigilancia, nadie lo detendría. El chavo siguió avanzando y hasta me dejó las bolsas de plástico con los tacos de los secuestradores.

Los demás secuestradores seguramente estaban confiados esperando los tacos para cenar y cuando dieran las 12 de la noche lanzarse a recoger el rescate. En un principio traté de pedir ayuda a la policía para agarrarlos en las vías del tren

que cruzaban el canal de Santa Elena. Pero como estuve media hora esperando a que pasara una patrulla y no vi ni sus luces, decidí jugármela yo solo. Pensé que a lo mejor se pelaban cuando vieran la tardanza del chavo que fue por la merienda.

Enseguida llegué a la casa de Toribio. Toqué la puerta cinco veces con una piedra y con fuerza y luego chiflé dos veces. Esa era la clave que me había revelado el chamaco que se alejó del caso. La clave era muy sencilla, así me lo pareció y por eso me dije que eran aprendices. Cuando terminé la señal, la puerta se abrió de inmediato. Aquí está la cena, dije y le arrojé una bolsa de tacos al secuestrador que tenía enfrente. Éste intentó sostenerla y, sin perder tiempo, me lo surtí a chaczos con mayor velocidad que Bruce Lee. Hasta que lo dejé noqueado no me detuve. Mientras dejaba fuera de combate a ese primer hombre, el segundo secuestrador intentó sacar la pistola y se me frunció el cubanito, pero corrí con mucha suerte, pues le coloqué un chaczazo en la mano y ya no pudo sujetar el arma. De lo contrario me hubieran dejado como coladera. Con el golpe que le di, el secuestrador ya no pudo levantar la pistola y la mano se le estaba poniendo como sapo. Claro que no pensaba darse por vencido y siguió en la lucha lanzándome con la zurda lo primero que encontraba a la mano. No tuve otra opción más que entrarle a los trompones. Me rompieron en la espalda dos floreros, esquivé una familia de elefantes, pero una muñequita en calzones me golpeó el pecho. Por fin se le acabó el parque y me acerqué para cobrarme los proyectiles que me había lanzado. Le puse tres buenos chingadazos, esquivando sus patadas, pero también a mí se me acabó la buena suerte. Los chacos se me desataron. Uno de los palos salió volando y no tuve más remedio que arrojarle a la cara el otro palo que todavía me quedaba en la mano. A continuación nos enfrascamos en otra batalla y, como ya no

había floreros, nos aventamos las sillas. Esos proyectiles enormes iban y venían por toda la sala.

Cuando estaba a punto de desfallecer y el secuestrador parecía ganarme la batalla, tuve la suerte de echarme un brinco y caí sobre el respaldo del sillón de la sala. Como era bastante ligero, el sillón soportó mi peso y apenas se tambaleó. Enseguida me eché un brinco para bajarme y protegerme detrás del mueble. El secuestrador intentó hacer el mismo truco y brincó imitándome. También cayó sobre el respaldo del sillón, pero como era más pesado, el sillón se volteó y el ladrón se vino abajo con el mueble, con tan mala suerte que casi se desnucó. Después de escuchar el cocolazo, me asomé con precaución, es decir, muerto de miedo, y lo encontré ya sin sentido.

Me tomé unos minutos para recuperar el aliento y para tranquilizar mi respiración y, cuando me sentí con fuerzas, comencé a buscar a Nicanor. Encontré al *Siete Mugres* en el baño de la casa; un cuartito sin ventana muy hediondo. Estaba tirado en el piso, amarrado de piernas y manos. Tenía una venda en los ojos y una plasta de cinta canela en la boca. Le quité los amarres de brazos y piernas y la venda de los ojos. Por último, le quité la cinta canela de la boca.

—Gracias —murmuró Nicanor—: pensé que nadie me buscaría.

—Alguien tenía que investigar el caso —le dije tratando de recuperarme. Sin embargo, en ese momento comencé a vomitar.

—Disculpa, muchacho —me dijo Nicanor mientras me sostenía—: Estos ingratos no me dejaban ni hacer del baño y por eso estoy todo zurrado.

Contemplé la suciedad de los pantalones de Nicanor y supe que el *Siete Mugres* estaba pensando que vomitaba por asco. Pero, en realidad, estaba vomitando por el miedo, pues

en ese momento tomé conciencia de que si los secuestradores hubieran estado más entrenados, mis chacos hubieran servido para una reverenda chingada y me hubieran llenado la panza de plomazos. Ahora la pistola estaba ahí tirada y los secuestradores desmayados tenían el cuerpo lleno de chichones. Dejé de vomitar por un rato y pensé que, cuando cobrara mis honorarios, me compraría unos chacos de cadena metálica, pues los chacos de correa se desataban y salían volando. Tenía que reconocer que había corrido con mucha suerte. Gracias a eso seguía vivo y... vomitando. Porque de nuevo sentí un retortijón y me incliné un poco para expulsar todo el miedo que se me había metido en el cuerpo. Contemplé de nuevo la pistola de uno de los secuestradores. Se veía enorme y pesada, aunque estaba tirada en el suelo. Las piernas me temblaron y estuve a punto de caer.

—Vámonos, muchacho. Te llevaré al hospital, antes de bañarme, porque te golpearon muy duro —dijo Nicanor.

—Ya se me pasará —respondí y luego agregué—: Hay que cerrar muy bien la casa, para que no se escapen los secuestradores.

—No te preocupes: ya los amarré con las mismas cuerdas con que me tenían amarrado a mí.

Dejé que me ayudara Nicanor. El *Siete Mugres*, a pesar de queapestaba a mierda y tenía varios días sin comer, estaba en mejores condiciones para salir a la calle que yo. Esa misma noche, ya casi de madrugada, los dos regresamos a la casa. La policía judicial capturó o, mejor dicho, recogió a los secuestradores y esperaban el regreso de Toribio para entamarlo también. Yo llevaba dos vendajes en la cabeza y un frasquito de pastillas para el dolor. Nicanor se había dado un buen baño y la señora Pancha brincaba de alegría porque había recuperado

al amor de su vida. El viejo Nicanor estaba apesadumbrado y todos en su familia pensaban que se debía a los maltratos de los secuestradores. Sólo yo comprendía su hondo penar, mientras nos atendían en la clínica y en la agencia judicial de La Perla, me comentó que, cuando los primos de Toribio Pérez lo secuestraron, le impidieron cumplir una cita de amor con una sirvienta de buen chamorro. Como no me reporté en los días siguientes, de seguro que la hembra ha jalado con el jardinero, que también le traía ganas. De todos modos me dio las gracias Nicanor y me dijo, un tanto esperanzado, que “nunca faltaba un hoyito para su viejo ratón”. Cuando llegamos a su casa, el mismo Nicanor me puso los dos mil pesos de mis honorarios en las manos, aunque los billetes los sacó la señora Pancha. Lo que nunca podré pagarte, me dijo, son los cocola-zos recibidos.

El lunes, siguieron los acontecimientos. Toribio regresó del pueblo y se fue directo a su casa en lugar de irse a trabajar, pues pensaba que por la tarde estarían repartiéndose los millones del rescate. Sin embargo, apenas entró a la casa, los judiciales lo detuvieron por su complicidad en el secuestro. En efecto, los otros secuestradores eran sus primos y querían bajarle una feria al patrón. Nadie mencionó al chamaco que iba con ellos y yo lo dejé por la paz.

Pepillo Camacho seguía nervioso por la ausencia de su padre. Claro que ahora confiaba más que nada en mi trabajo de investigador, pues había llegado en una patrulla oficial y la misma judicial aceptaba que, gracias a mis pesquisas, se había rescatado con vida a Nicanor. ¿Cuándo me regresa a mi padre? Me preguntó y yo le respondí la verdad: no lo sé. Como todavía me dolía la cabeza, sólo le dije que todo saldría bien.

—Si es por dinero —me dijo—; puedo pagarle de una vez.

—No se trata de eso; se trata de que tu papá quiera regresar. Pero no te preocupes, porque volverá con bien, es más, cuando te llame, quiero acompañarte a recogerlo y ahí me pagas lo que acordamos —ya no dije más y me subí a descansar a mi cuarto.

Lo mismo sucedió con el viejo Fulgencio. Me fue a ver a la casa y me preguntó por su hija Clementina. Yo le dije que estaba bien y que pronto volvería sana y salva. Pero no le aseguré que volviera a su casa. Fulgencio no me creyó nada y cuando salió de mi cuarto en la azotea, lo escuché murmurar con desagrado; “maldito morbos y hablador”. Yo dejé que se terminara el lunes y el martes tratando de descansar. Ni siquiera salí a echarme mi champurrado ni mis tamales con doña Lucha, pero, como la cuenta la estaba pagando Pepillo Camacho, le pedí a mi carnala Nereyda que fuera de mi parte a recoger la mercancía.

Ese mismo martes en la noche llegó Pepillo Camacho en la noche y me dijo que acababa de hablarle su padre y que le había pedido que lo recogiera en la terminal de autobuses de Taxqueña. ¿Cómo supiste que me hablaría? Me preguntó y yo sólo le dije que era parte de mi trabajo como investigador privado. Me gustaría acompañarte a la Central, le dije, y cuando recojas a tu padre me pagas mis honorarios. Sale, me dijo y se retiró algo confundido a su casa.

Esa misma noche, en cuanto se fue Pepillo Camacho, me dirigí a casa del viejo Fulgencio y lo cité para el día siguiente en la Central de Autobuses del Sur, la misma terminal del metro Taxqueña, para recibir noticias de su hija Clementina. Quiso preguntarme muchas cosas, pero yo sólo le dije que llevara el dinero para pagarme y me regresé a la casa enseguida, porque no aguantaba las miradas de odio que me dedicaba su mujer.

El miércoles muy temprano Pepillo Camacho y dos de sus hermanas se dirigieron a la Central de Autobuses de Taxqueña

y pasaron por mí. Por suerte llevaban la camioneta y así podíamos caber todos y unos cuantos invitados más. Lo mismo hizo el viejo Fulgencio y su mujer, pero ellos se fueron por su cuenta. Los cuatro se quedaron con el ojo cuadrado cuando se encontraron en la sala de espera. Ya sospechaban algo raro y salieron de dudas cuando vieron bajar del autobús a la feliz pareja que formaban Clementina y don Pepe Camacho. La diferencia de edad era mucha, pero se veían muy compenetrados. Incluso usaban playeras del mismo color y con la misma ilustración: varias gaviotas volando por encima de la palabra Acapulco. Ahí dejé a mis clientes, con la certeza de que, tarde o temprano, sería invitado al mole o al casorio. Aunque de momento la sorpresa y el coraje les impedía pensar en eso. Yo me imaginé a los hijos de don Pepe y los padres de Clementina, con diarrea toda la semana, pero a mí me pagaron mis honorarios sin chistar.

Aunque me sentía orgulloso de mi trabajo, aún tenía un pequeño caso que resolver. Ese mismo miércoles me presenté en la esquina de la calzada Carmelo Pérez. Doña Lucha ya estaba levantando su puesto de tamales y cuando me acerqué me llenó de felicitaciones y me dijo que me había apartado dos tortas de tamal verde. Yo las tomé, pues estaban incluidas en los gastos que pagaría Pepillo Camacho y me armé de valor para reiterarle la invitación:

—Doña Lucha, ya estoy libre; Si usted no tiene compromisos, podemos irnos al cine esta misma tarde. No vaya a decirme que no.

—De ninguna manera —exclamó—. Favor que me haces —dijo la sonriente oaxaqueña y, a pesar de su piel morena, su cara cambió de color.

—¿A qué horas paso por usted?

—Mejor nos vemos a la entrada del cine Lago. Siempre habrá algo que ver.

Seguro que no se refiere a las películas, me dije cuando llegué a la casa todavía sin desayunar, pero cargando las dos tortas de tamal que me había apartado. Con los trabajos realizados durante la semana pasada y que acababa de cobrar, ahora tenía dinero suficiente para muchos desayunos en la calzada Carmelo Pérez y para invitar a doña Lucha al cine o a cualquier otro lugar. Así que me di un buen baño y hasta estrené calcetines y ropa interior.

La tarde fue bella. Doña Lucha siempre mostraba una alegre sonrisa. Pero, ahora su sonrisa estaba sugiriendo un halagador futuro. Y, cuando salimos del cine, se confirmó mi sospecha. Claro que no cruzaríamos la glorieta del cine Lago, ahí donde el rey poeta se moja las piernas con una fuente enana. No cruzamos la glorieta, porque doña Lucha se acomodó uno de mis brazos en el cuello y puso el otro en su cintura. Enseguida me llevó pegado a la pared, hasta que dimos vuelta al cine y dejamos atrás las zapaterías que están en la esquina. Yo no podía creerlo, pero ahí estábamos; en la entrada del hotel Lago, a espaldas del cine. Luego, ella misma sacó un par de billetes y pagó la habitación. Esa noche creo que no hice nada, sólo colaboré en algo con la anfitriona. Yo ya sabía que esa mujer hacía los mejores tamales del barrio, pero terminé convencido de que era la mejor tamalera del universo.

Regresamos a la colonia Glorioso lodazal cada cual por su lado. Yo había confirmado que los sueños de carne sí existen y nuestro sueño apenas comenzaba. Pero ahí no terminaba mi buena suerte. Todavía faltaba que mi novia Lupita regresara de vacaciones el próximo fin de semana. Cuando ella esté cerca de mí, las cosas se pondrán mejor, me dije, saboreando de antemano los abundantes placeres de la vida.

La misteriosa llamada del desamor

*Para Rolando Rosas Galicia,
por el poema que me dedicó en Ojo por Hoja y
por su generosidad al hablar de mis aventuras.*

*Fraternalmente
Eddy Tennis Boy*

—El alcohol es como el amor —expresó—. El primer beso es magia; el segundo, intimidad; el tercero, rutina. Después de esto lo que hacemos es desvestir a la muchacha.

—¿Y eso es malo? —le pregunté.

—Es muy interesante, pero es una emoción impura... Impura en el sentido estético. No estoy despreciando al sexo. Es necesario y no tiene por qué ser desagradable. Pero siempre hay que manejarlo con prudencia. Transformarlo en algo maravilloso es empresa de millones de dólares, y cuesta cada centavo de esos millones.

RAYMOND CHANDLER

El largo adiós

CAPÍTULO PRIMERO

Donde vemos a Eddy Tennis Boy sufriendo por la falta de alcohol y donde aparece un fulano confabulando contra el amor

Siempre supe que la vida da muchas vueltas, pero nunca pensé que esas vueltas sucedieran tan rápido. Tres meses después de mi primer encuentro amoroso con doña Lucha, me había convertido en otra persona completamente diferente. Para empezar me olvidé de mi trabajo como investigador privado. Mandé a volar muchas cosas y me encontraba lejos de mi querida Nezayorck. No era alcohólico, pero estaba en ese camino. Un buen trago me parecía la mejor compañía de mi vida. Esa mañana caminaba por los amplios jardines de una finca ubicada en San Juan del Charco. Estaba contratado como velador o vigilante, pero ni siquiera recordaba a quién le pertenecía la propiedad. Mi principal anhelo era tener un trago de tequila a la mano.

Mi compañero de vigilancia se llamaba Jacinto y como era otro aliado del alcohol, conocía muy bien los síntomas de los necesitados. Así que me propuso que saliera a comprarme una botella de tequila para que aguantara la temblorina. No te preocupes de nada; es media semana y los patrones ni cuenta se darán de tu ausencia. Agradecí el buen gesto de mi

compañebrio y de inmediato le entregué la pistola que tenía a mi cargo. Con una sonrisa que iba desde su frente al suelo, le estreché la mano y ni siquiera recogí la chamarra donde guardaba unos cuantos billetes. Eran tantas mis ansias de beber, que acepté el par de billetes que me ofrecía mi compañero. Prometí regresar a cubrirle la deuda, en cuanto se aplacara mi sed de alcohol.

Jacinto se acomodó en un mueble de la sala, mientras llegaba el próximo rondín. Yo sabía que estaba pensando en su hijo y en su maldita terquedad. Jacinto chico quería casarse con Malena, una muchacha que no le gustaba para nuera. Yo soy el que anda de caliente y por lo mismo no tiene por qué meterse en mis asuntos; viejo ojete. Viejo ojete. Así le decía su chamaco y lo hacía delante de personas extrañas como yo. Es gallito y respondón, me dijo Jacinto en cierta ocasión; salió con mi carácter. Así que el chamaco no cambiaría de opinión. Malena se le había metido entre los ojos y sería difícil sacársela de ahí. Tratando de evitarlo, mi compañero tuvo la ocurrencia de hacerle una apuesta. Para los dos Jacintos el honor y la virtud eran casi lo mismo. Así que apostaron la virginidad y el honor de la chamaca. Si lograba resistir los embates de los pretendientes, el padre aceptaría que se casara. Si la seducían, adiós matrimonio. El primero que inició el ataque fue el mismo Jacinto chico y la virginidad de su novia se mantuvo firme, aunque bastante mojada. El muchacho salió perdiendo, porque le prohibieron que tocara ciertas zonas carnosas y, sobre todo, que metiera la lengua más allá de su boca. De paso le sujetaron las manos, porque le apretaba con demasiada fuerza los pechos. Después de este acoso frustrado, Jacinto chico le dijo a su padre que su novia era a toda ley y que se casaría con ella, porque de lo contrario nunca probaría el fruto prohibido.

Y esa frutita ya está madura y se ve muy sabrosa y no quiero que se me vaya a pelar. Jacinto se negó y le dijo a su crío que todavía faltaba ver cómo reaccionaba ante los demás muchachos del pueblo. Terminado el tiempo de la prueba, ninguno de los galanes pudo entregar buenas cuentas a los apostadores. Uno hasta se quejó, porque la muchacha tenía un vocabulario muy floreado y con malos términos le recordó toda la parentela. Primero me mentó la madre y de ahí para arriba, concluyó, me atosigó con puras leperadas; es la vieja más pinche grosera que he conocido. Otro conquistador que despreciaba las palabras de los seductores y que privilegiaba los hechos, desde un principio quiso manosearla. Pero, en cuanto le tocó una nalga, le dejaron la cara cubierta de rasguños y el cuello sangrando. Malena estaba tan en su posición de niña virtuosa, que dejó de hablarles a los muchachos del pueblo para que su novio se convenciera de que sólo él disfrutaría su cuerpo virginal. “Cosa que sucederá cuando estemos casados. Antes, puros nones para los mirones. Estos chonines no han de bajar, si no me llevas antes al altar”. No hay de otra, apá, decía Jacinto chico, y siguió juntando unos buenos pesos para su boda.

Jacinto no tenía más remedio que aceptar el matrimonio y el fin de semana tendría que dar una respuesta definitiva. Sólo faltaba que él mismo pusiera a prueba a la muchacha. Por eso, cuando salí a comprar la botella de tequila, tomó el teléfono y comenzó a marcar el número telefónico de la casa donde trabajaba Malena. Era el único sitio donde podía localizarla, pues desde el asedio ya no salía a ningún otro sitio. Al parecer no le contestaron, pues colgó la bocina y echó la cabeza hacia atrás.

Dejé a mi compañero perdido en sus cavilaciones y abandoné la finca buscando una vinatería. Como no conocía muy bien el rumbo, de vez en cuando me golpeaba la cabeza para no

recodar aquellos sucesos que me lastimaban el alma. Por esos recuerdos no quería estar sobrio. Lupita regresó un domingo por la noche, pues las vacaciones habían concluido. Ya no esperaba verla, pues era muy tarde y el lunes ella tenía clases en la escuela de enfermería. Un pequeño foco iluminaba el patio de mi casa y todos se habían dormido temprano. Yo seguía despierto en mi cuarto de la azotea y andaba en calzones, pues ya no pensaba salir. No me sentía incomodo con la soledad, pues contaba con el cariño de doña Lucha, aunque mi gran amor era Lupita. Un poco más tarde, cuando leía *Las montañas de la locura* de Lovecraft, escuché unos golpes en la puerta y se me pararon los pelos. Aventé el libro por los aires y el susto creció cuando vi una sombra que merodeaba afuera del cuarto. Agarré los chacos y me replegué a la pared. Luego, deslizándome con gran precaución, me acerqué a la puerta. Entonces, escuché que tocaban de nuevo, pero ahora con suavidad, como si no quisieran despertarme.

—Soy yo —dijo la sombra con voz desfalleciente—. ¿Puedes abrirme?

—¡En la madre! —exclamé mientras agarraba los chacos con todas mis fuerzas—. ¡Yo pensé que los fantasmas no existían!

—¿Puedes abrirme? —preguntó la voz con insistencia y enseguida aclaró—: Soy Lupita.

—¡Ah, qué bueno! —exclamé lleno de júbilo, porque estaba a punto de zurrarme de miedo y sólo tenía la opción de meterme un chaco en el culo para que no se me saliera la calabaza.

Abrí la puerta del cuarto sin soltar los chacos y en medio de mi asombro entró Lupita. ¡Te extrañé mucho! Me dijo y luego me besó largamente en la boca y me llevó hasta la cama. ¡Qué fantasma tan chingón! Me dije mientras me dejaba

mordisquear el cuello. Lupita jaló la cadenilla del foco y cuando quedamos a oscuras, se me montó y ni siquiera me di cuenta cuándo perdí los calzones. A veces se detenía y en esos momentos me repetía sudorosa: te extrañé mucho y no sabes cuánto te voy a extrañar. Después, mis ojos se llenaron de estrellas y sentí que temblaba en su interior. Tengo algo que decirte, dijo Lupita con la respiración entrecortada. Dime, dije con el último chorro de voz que me quedaba. Lupita no contestó y, arrastrando su silencio, se dejó caer sobre mí. Comenzó a acariciarme con mucha ternura los testículos durante varios minutos, hasta que me habló de nuevo. Mi amor, tengo algo que decirte. Sí, dímelo, respondí lleno de alegría por tener a ese fantasma tan cachondo en mi cama. Lupita nuevamente se quedó callada y adiviné que se estaba mordiendo los labios. ¿Qué quieres decirme?, le pregunté mientras acariciaba sus cabellos y mis manos caminaban por su espalda, hasta encontrar lo más nutrido de sus nalgas. Lupita abrió los labios, pero no pronunció ninguna palabra. En silencio tomó mi sexo y lo introdujo en su boca. Un momento después, aún con los ojos cerrados, descubrí una bola de luz en medio de la oscuridad y más tarde la bola de luz se me reventó en el vientre. Los labios de Lupita abandonaron mis piernas y se acomodaron sobre mi pecho. Tengo que decirte algo, dijo por tercera ocasión y entonces pensé que se quedaría toda la noche a mi lado. Pero, se interrumpió de nuevo. Me quedé intrigado y traté de averiguar qué deseaba comunicarme. Dímelo de una vez, le dije mientras le acariciaba los senos. Lupita me retiró las manos de sus pechos. No quiero que esta semana vayas por mí a la escuela, dijo. Está bien, si no quieres que vaya, no iré. Gracias, dijo Lupita y abandonó la cama y se vistió de volada. Nos vemos pronto, dijo mientras me estampaba un beso. Luego

salió del cuarto, cerrando con suavidad la puerta. ¡Qué vieja tan chingona tengo! Exclamé, reconociendo que Lupita había cruzado varias azoteas para verme. Este sí que es un amor de altura, pues nos cogíamos en lo más alto de Nezayorck. Luego me quedé dormido plácidamente, pero las caricias de mi novia siguieron vibrando a todo lo largo de mi sueño.

CAPÍTULO SEGUNDO

Donde se describe a Malena, una muchacha virtuosa, a quién le hicieron una propuesta indecorosa

Malena estaba contemplando el sol por la ventana. La mañana cálida y luminosa era un ambiente perfecto para trabajar. Claro que, cuando se trataba de limpiar la sala, su actividad consistía en hacerse tonta. Tenía en la mano un plumero y lo pasaba por encima de las figuras de porcelana. Por esa razón, la muchacha podía contemplar la claridad de la mañana, porque estaba pasando el plumero por encima de las figuras. Era una técnica de limpieza muy descansada y no se arriesgaba a tirar uno de esos monigotes que valían tanto dinero y que, según su gusto, eran reverendas cochinas. Después de sacudir con su peculiar estilo, Malena decidió dirigirse a la cocina y preparar el desayuno. Guardó el plumero en la bolsa de plástico y miró una vez más al jardín iluminado por un sol radiante. Estaba por dirigirse a la cocina, cuando sonó el timbre del teléfono. Lo escuchó un par de veces más y comprendió que su patrona no contestaría. Tomó la bocina y cuando la acercó a su oreja sintió un escalofrío. Al otro lado de la línea alguien respiraba como cerdo a punto de morir. Luego, escuchó una voz que decía: “Te vamos a violar”.

Primero quiso aventar allá lejos la bocina, pero después controló su miedo. Toda la semana habían hecho la llamada a la misma hora y sólo ella las había escuchado. Quizá es un mensaje para mi patrona, se dijo Malena. Si van a violar a la vieja gruñona, por mi parte no hay problema. Concluyó y se quedó escuchando y pensando que otros se vengarían de los regaños que la patrona le aplicaba. Enseguida se compadeció de los violadores. Se les va aflojar la cosa cuando vean que la señora es bastante fea. Dejó de pensar tonterías cuando escuchó la voz por la bocina: Sé que estás ahí, chamaca babosa. Entonces, un escalofrío recorrió todo su cuerpo y, cuando la ingrata sensación salió por las puntas de sus pies, comprendió que la amenaza era para ella. Si llegan a violarme perderé mi virginidad y de pasada a mi novio y ni siquiera podré casarme de blanco, concluyó Malena y estuvo a punto de desmayarse al comprender la situación. Hizo un gran esfuerzo para no caer sobre el piso de madera, pues la voz siguió hablando y le ofrecía una salvación: “Si no quieres ser violada, tienes que matar a tu patrona. De lo contrario, este fin de semana, cuando salgas de tu trabajo, te vamos a parchaarr”. Los oídos comenzaron a zumbarle cuando escuchó el clic y ni siquiera pensó en lo que tenía que hacer. Se dirigió a la cocina y sacó el cuchillo más grande que encontró en el cajón de los cubiertos y después salió en busca de su patrona.

Mientras Malena subía por las escaleras, sólo pensaba que su novio nunca vería su honor mancillado. Además, si la metían a la cárcel por matar a su patrona, aparte de salvar su virginidad, se desquitaría de los malos tratos y de un florero que le descontaron cuando lo rompió. La acuchillaría por el salario miserable que le pagaba y por todo lo demás que ya no alcanzó a pensar, porque los oídos le zumbaban y ya estaba abriendo la puerta de la recámara. ¿Qué te pasa, muchacha? Le preguntó la

patrona. ¿Dónde está el desayuno? Malena levantó el cuchillo cebollero y, al mismo tiempo que soltaba el llanto, se abalanzó con el arma por delante. En cuanto escuchó los gritos de la mujer, cerró los ojos y siguió acuchillando sin mirar bien a quién. Sólo abrió los ojos cuando dos policías la sujetaban de los brazos y la sacaban de la casa. Un tercer policía venía mostrando el arma homicida y, dado su enorme tamaño, provocaba grandes exclamaciones llenas de asombro.

En la calle se había reunido mucha gente y entre los curiosos estaba un tipo alcoholizado, que la miraba fijamente. Ese era yo y estaba disfrutando mi borrachera y contemplaba el barullo, mientras la gente decía que podrían acusarla de asesina, pero no de ser una cualquiera.

La homicida frustrada avanzaba entre el comandante de la policía municipal y entre un policía taciturno, al que le brillaban los ojos, pues la justicia siempre obtiene provecho del mal ajeno. Esa si es una muchacha muy virtuosa, decían. Con tal de cuidar su virtud, decidió atacar a su patrona para que los maleantes no abusaran de ella, se murmuraba sin parar. No quería sumarme al chisme y estaba enjuagando mis encías con un buche de tequila. Sin embargo, cuando el tequila cruzó por mi garganta, no se me fue al estómago, sino directo al corazón. Enseguida se me avivó la memoria y recordé parte de mi historia. Sólo que no estaba de humor para pensar en ella y con varios tragos de tequila traté de recuperar mi inconsciencia. Las historias de virtud que se cruzaban en mi vida nunca terminaban bien. Por eso me menté la madre, pues estaba recordando cosas y ya casi se me acababa el tequila para embrutecerme y necesitaba ese combustible para poder circular sin sensibilidad.

CAPÍTULO TERCERO

Donde vemos que a Eddy se le truncó una buena peda y cómo lo metieron al bote por falta de monedas

De veras no me explico cómo es posible que me hayan recluido en el bote por un elote. Seguramente la policía es muy estricta en este municipio. Pero no sabía nada, porque no tenía memoria sobre los acontecimientos de la tarde anterior. Sólo recuerdo que llevaba más de cuatro días sin probar alimento y que de pronto sentí hambre. También estaba por agotarse la botella de tequila y comencé a buscar la vinatería más cercana. De tanto caminar, la borrachera se me bajó y, con poco alcohol en el cuerpo, el apetito se me convirtió en hambruna. La plaza de San Juan del Charco estaba abarrotada por los comerciantes de fritangas. Se veían puestos de gelatinas, enormes vasos de fresas con crema, churros rellenos, quesadillas, pozole, sopes, pambazos, tamales, tacos de carnitas, flautas de barbacoa y tantas otras cosas que nomás de mirarlas, me derretían el paladar. Así que me dispuse a emprender un viaje gastronómico para saciar mi hambre. Sólo que apenas alcancé a llegar al puesto de elotes y esquites. Ahí pedí un elote preparado. Vi cómo le untaron mayonesa y cómo lo cubrieron de queso rayado. Finalmente lo rociaron de chile piquín en polvo. Lo tomé por el palito, como era

de esperarse, y de inmediato le incrusté el diente. Cuando estaba por terminarme el elote, comencé a retirarme del puesto. No tenía la intención de darme a la fuga, ni siquiera quise hacerme majé para no pagar. Resulta que el puesto carecía de un bote para depositar la basura y por tal motivo quise cruzar la calle para echar el olote en el tambo que el ayuntamiento puso en el parque.

El encargado del negocio pensó que intentaba darme a la fuga para no pagar el importe. Por eso me alcanzó a media calle y, empujándome con fuerza, me regresó al puesto para cobrarle el elote. Aún traía una buena cantidad de tequila en el cuerpo y traté de murmurar algo para justificarme. En ese momento saqué una de mis frases favoritas: “Perder la fama de honrado por tan poco, es como beber una soda como si fuera cicuta”. El encargado pensó que me estaba refiriendo a su esposa y siguió cobrándome de muy mal modo. Entonces le di el resto del elote para que lo sostuviera y comencé a buscar los billetes que había guardado en una bolsa de mi chamarra. Pero era tanta mi mala suerte que ni siquiera encontré la chamarra. Luego busqué en las bolsas del pantalón y sólo encontré mi pañuelo muy arrugado. Eso es lo último que recordaba: que no encontré nada de dinero y que el vendedor de elotes, a grito pelado, quería que le pagara o que le devolviera la mercancía. Luego sentí una punzada en la cien y ahí se me acabaron los recuerdos.

Al día siguiente amanecí tirado boca abajo en el piso de la cárcel municipal. Durante toda la mañana dormí con el estómago lleno de pesadillas. Después desperté, pero era tanta la cruda que nada más de mirar la luz me sentí morir. Así que cerré los ojos de nuevo y gracias a mi ángel guardián, que era tan güevón como yo, comencé a roncar enseguida. Cuando abrí los ojos distinguí a una muchacha en la celda de al lado. Estaba

muy entretenida leyendo unas revistas. Después traté de recordar el delito por el que me tenían encerrado, pero mi esfuerzo fue en vano.

Me quedé con la creencia de que me habían encarcelado por comerme un elote que no pude pagar. Horas después me enteré de lo sucedido: como sólo había tomado alcohol los últimos días, los granos de maíz me hicieron corto circuito en el estómago. Lo peor fue que mi vomito cayó sobre la olla de los esquites y, como los clientes vieron la tremenda guacareada, ya no quisieron comprar nada. Esos eran los daños que tendría que pagar, aunque no recordara lo sucedido.

Lo que sí recordaba, incluso en medio de mi ebriedad, era lo que sucedió al regreso de Lupita. La primera semana, después de sus vacaciones, transcurrió sin que pudiera verla. Luego la encontré en dos ocasiones. Primero la vi llegar del mercado a lado de su madre. Ambas venían acompañadas por doña Gertrudis, la madre del *gordo* Bartolo, quien caminaba a paso lento porque tiene las piernas llenas de varices. Cuando miré a Lupita sólo recibí un discreto saludo de su parte.

Lupita me pidió que no fuera a buscarla a la escuela de enfermería durante toda la semana, pero nos encontramos en el camión de la colonia. A esas horas había varios lugares vacíos y nos acomodamos al fondo del chimeco. En cuanto nos alejamos del barrio, Lupita me abrazó y comenzó a besarme con gran pasión. Luego, se bajó dos cuadras más allá de su escuela y yo seguí mi viaje hacia el centro de la ciudad. Antes de que se bajara le pregunté si la vería el fin de semana y dejó abierta la posibilidad de buscarme el domingo por la noche. Quien quita y encuentro el camino para llegar a tu cuarto, me dijo. Yo hice un puchero de resignación, pero mientras iba en el camión, pensé que podría invitar a doña Lucha a una sesión de amor, pues

tenía toda la semana libre y todavía cargaba buenos billetes por los casos que había resuelto: el secuestro de Pepe Camacho y las desapariciones de Nicanor y de Clementina.

Doña Lucha aceptó con gusto mi invitación y quedamos de vernos el sábado. Nos encontramos en el metro Pino Suárez, pues no quería que nos vieran salir juntos de la colonia Glorioso lodazal. Los dos llegamos puntuales y continuamos en el metro hacia Taxqueña. Nos bajamos en Chabacano y ahí tomamos un taxi, pues quería comer mariscos en el mercado de La Viga. Acepté de buen grado su propuesta. El mesero me recomendó una docena de ostiones. Luego seguí con un cocktail de camarones y cerré con unos pulpos en su tinta. Éstos no son afrodisíacos, pero enseñan a meter mano, me dijo el mesero. Doña Lucha, por su parte, comenzó con un filete de *guachinango*, unas tostadas de cayo de hacha y concluyó con una sopa de mariscos. Para entonces nos acabamos la segunda botella de vino blanco y cuando llegó la tercera, doña Lucha me comentó que se le había bajado la presión y que ya no bebería ni una copa más, pero no quiso que regresara la botella y nos la quedamos. Cubrimos la cuenta entre los dos y cuando íbamos en el taxi, doña Lucha le ordenó al chofer que nos llevara al “Cinco letras”. El taxista, que conocía las urgencias, le metió pata a la unidad y nos dejó en la mera recepción. Como ya conocía el resto de la historia, saqué los billetes para alquilar la habitación con mucha rapidez y ahí nos echamos la botella de vino blanco. Durante todo este tiempo, estuve acariciando los pliegues del glorioso cuerpo de doña Lucha hasta que la confundí con un caramelo. Estuve lamiendo y succionándolo hasta que retrocedí a mi más tierna infancia.

Me dormí regando mi alegría sobre las sábanas. Quién lo diría; estaba contento porque mi novia Lupita no quiso verme durante la semana. Sin embargo, comencé a soñar que doña

Lucha me tenía encerrado en un cuarto de hotel y que me alimentaba muy bien. Te pondré gordito y con el vino blanco quedarás muy bien cebado y luego te cocinaré para preparar mis deliciosos tamales. Eso era lo que me decía doña Lucha convertida en bruja. Así que le pedí que me cumpliera un último deseo antes de ser sacrificado. La oaxaqueña adivinó mi petición, por algo era bruja, y se colocó al centro de la cama. Mientras comenzaba a penetrarla lleno de emoción, también pensaba en arrojarla por la ventana. Sin embargo, no fui capaz de asesinarla y un momento después me conformé con arrojarle mis ganas. La bruja aprovechó la situación y se dio media vuelta. Me sujetó los dos brazos y se me subió encima con intención de aplastarme. Ahora verás de lo que soy capaz, dijo y yo comencé a decir no, no, por favor no. ¿No qué, mi vida? Me preguntó la bruja. Mientras yo trataba de explicarle que no quería morir, vi que el rostro de la bruja se iba transformando en la preciosa cara de la oaxaqueña y que me miraba con gran ternura. ¿No qué, mi vida? Me preguntó mientras me acariciaba el rostro con sus tibios pezones. Sólo entonces comprendí que mi pesadilla había concluido y que doña Lucha estaba encima y comenzaba a frotarse lentamente sobre mi cuerpo. Toda la maldad se había derretido y el odio cayó gota a gota en la intimidad que creaba mi linda tamalera.

Si algún día me convierten en carnitas para tamales, ni cuenta me voy a dar de mi triste destino; seguramente estaré muy embriagado y extasiado como ese fin de semana. Estaba contento y al mismo tiempo muy angustiado. Si Lupita llegaba durante la noche de ese domingo, estaría en apuros para entregarle su cuota de placer. Afortunadamente nadie interrumpió mi sueño.

CAPÍTULO CUARTO

Donde vemos a la autoridad desbaratando misterios y a una muchacha que enarbola su virtud

Volviendo a la cárcel del pueblo, les diré que esa misma tarde me enteré que mi vecina de celda era una empleada doméstica acusada de querer asesinar a su patrona y que se llamaba Malena. Una hora después, llevando varias hojas escritas a máquina, apareció el comandante acompañado por una pareja mayor de edad. Los tres se detuvieron frente a la celda y en ese momento reconocí a la muchacha.

—Necesito de su cooperación para solucionar este problema —dijo el comandante.

—Nosotros también queremos encontrar al autor intelectual del atentado; para que esta muchacha salga de la cárcel —dijo la mujer.

Malena los miraba detrás de las rejas sin rabia alguna. El marido quería que la procesaran por intento de homicidio y manifestó que la llamada anónima donde le ordenaron matar a su esposa le parecía puro cuento.

—Miren, señores —aclaró el comandante—; estamos reunidos para llegar a un acuerdo, no para encontrar una solución.

—Entonces, ¿qué propone? —preguntó la señora.

—Primero quiero que retiren los cargos contra su empleada.

—¡Cómo! —exclamó el marido—. ¿Quiere que la dejemos en libertad después de lo que ha hecho?

El marido, lleno de rabia ante la propuesta del comandante, estuvo a punto de abrirle el abrigo que traía su esposa, para enseñarle las heridas que le habían hecho. La mujer no se lo permitió. Quizá presentía que serían objeto de una injusticia y se le notaba el semblante lleno de muina.

—La señorita insiste en que ella no hizo nada —dijo el comandante—. Así que existe la posibilidad de que usted misma se causara esas heridas.

La mujer y el hombre guardaron silencio. El comandante levantó las hojas que traía en las manos. Las miró distraídamente y, como el matrimonio permanecía petrificado, siguió hablando.

—También escuché una grabación donde aparece la voz de su esposo. La persona a la que ustedes acusan, dice que es idéntica a la voz de la llamada. Es posible que su marido tenga algún motivo para asesinarla por otras manos. Por esa razón les propongo que las averiguaciones se suspendan y, si tienen algún problema entre ustedes, arréglenlo civilizadamente.

—¡¿A pesar de lo que diga yo?! —exclamó la mujer—. Si mi marido está detrás de todo esto; quisiera llegar al fondo del asunto.

—No adelante conclusiones, señora. Mire, según los informes del doctor que la atendió, usted misma pudo provocarse esas heridas.

—¡¿Qué está usted diciendo?!

—Sólo estoy sugiriendo que un buen abogado podría defender a la muchacha y usted tendría que responder por calumnias.

La mujer se atragantó con su protesta. El marido la tomó del brazo para evitar que su enojo empeorara la situación y, acostumbrado a ciertos manejos de la ley y de las autoridades, comprendió las intenciones del comandante. La mujer también entendió que le saldría caro el asunto si se aferraba para que castigaran a la muchacha. Una mirada de impotencia se cruzó entre el matrimonio y decidieron aceptar la propuesta del comandante.

—Tiene razón. ¿Dónde firmamos?

—En estas hojas. En ella ustedes retiran los cargos contra su empleada.

La mujer fue la primera en estampar su firma. Sin levantar la vista, le pasó las hojas a su marido. En cuanto terminaron, el comandante recogió los documentos y suspiró aliviado.

—Ahora sólo resta depositar un cheque a nombre de la muchacha.

—Eso no era parte del trato —protestó el marido.

—El trato termina con una indemnización para la señorita Malena. Recuerde que estuvo encerrada varios días y, como la han despedido, el dinero le servirá mientras encuentra trabajo. Además, servirá para que su familia no los demande a ustedes.

—En ese caso, ¿dígame por qué cantidad hago el cheque?

El comandante mencionó una cifra y la mujer casi sufre un infarto. El marido se apresuró a firmar el documento para no tener que cubrir los gastos de un sepelio, pues su mujer se veía realmente mal. Yo sabía que en el mundo muchas cosas se manejan como si fueran mercancías, pero al mismo tiempo pensaba que el amor estaba fuera de ese círculo vicioso. Por eso me sorprendí cuando Malena le regaló una sonrisa al comandante, pues ese hombre estaba tasando su virtud a muy buen precio. Entonces supe que recibiría una buena recompensa a cambio de todo eso.

Claro que el amor tiene su precio, pero yo no lo sabía aquella noche cuando fui a la escuela de enfermería a esperar a Lupita. A las diez de la noche salieron las últimas personas y entre la bola venía Lupita con dos compañeras. Caminaba sonriendo, pero, cuando me paré frente a ella, guardó silencio y me saludó brevemente.

—¿Por qué tan fría? —le pregunté.

—Discúlpame; es que tengo un chorro de preocupaciones: estoy en exámenes finales y he estado saliendo tarde; por eso no he querido que vengas a recogerme. Ahorita no voy para Nezayorck; me quedaré en casa de mis compañeras para presentar un examen conjunto.

—Estuve esperándote el domingo y no llegaste.

—Pero, ¿no es el único domingo que vas a vivir, ¿verdad? Así que no te quiebres la cabeza; ya iré después. Discúlpame, pero, hasta entonces, no podré verte —enseguida me dio un beso en la mejilla y se reunió con sus amigas para cruzar el puente.

Me quedé viendo cómo se alejaban entre risas. Dejé de observarlas cuando descubrí que mi camión venía circulando por la calzada Zaragoza y le hice la parada. La verdad que extrañaba a Lupita. Ya eran muchos días sin estar juntos y ni siquiera me saludaba como antes. Cuando me la encontraba en el barrio era muy reservada y parecía que le hubieran amputado toda su cachondería. Meditando estas cuestiones me reuní con mis amigos en la esquina de siempre. Todos echaban humo como locomotoras y cada quién tenía una caguama en la mano.

—Quihúbole, mi detective de los güevos de oro —me saludó Beto, *el Lagarto*, con gran entusiasmo—. ¿Quieres un trago o te lanzas por una chela para ti solito?

—Voy por ella —les dije y saqué mis buenos billetes para comprar mi cerveza y cuando regresé de la tienda, los cuates me llenaron de elogios.

—Este cuate sí que los tiene grandes —dijo Hugo, *el Pato*.

—Por eso Eddy Tennis Boy es mi ídolo —dijo Ismael, *el Borracho*—; otro andaría arrastrando la cobija. Pero estamos ante el mejor investigador de Nezayorck.

—A cualquiera le hubieran dolido esas chingaderas —dijo Beto, *el Lagarto*—; pero mi carnal sí sabe soportar los golpes que da la vida. ¡Que siempre conserves ese gran corazón, carbnalito —terminó de brindar Beto, *el Lagarto*.

Y así, entre payasadas y chistes, se nos hizo completamente de noche. Nos echamos la última meada para concluir la reunión y nos fuimos a nuestras casas después de tomarnos no sé cuántas chelas.

CAPÍTULO QUINTO

Donde vemos al comandante muy preocupado por la comunidad y ayudando a los presos con cursos de superación personal

El comandante se acercó a Malena y le acarició el hombro. Hiciste muy bien en proteger tu virtud, le dijo; pero ahora debes dejarla en mis manos. La muchacha inclinó la cabeza varias veces y el representante de la autoridad siguió hablando. Tenemos que levantar esa gran carga que llamamos justicia. Después agregó: Mañana que cobres el cheque y que los billetes estén en mi bolsa, estarás libre. Claro, siempre y cuando esta noche ajustemos cuentas. La muchacha sonrió ampliamente y pronunció unas cuantas palabras.

—Ajustaremos todo lo que usted quiera.

—En ese caso; levantaré mi justicia y tu virtud estará en lo alto —concluyó el comandante.

Yo fingía que dormía plácidamente en la celda contigua, pero justo en ese momento un par de gases se me escaparon y no pude controlar los truenos. Hice tanto ruido que no tuve otra opción más que abandonar el mundo de los sueños. Malena y el comandante, después de cubrirse la nariz, me miraron con desdén. Desconcertado por el ruido y por las miradas, no supe

qué hacer y me quedé quietecito. Tuve que soportar mis malos olores hasta que se esparcieron por la celda. El comandante abandonó la celda de mi vecina y se introdujo en la mía.

—Se tardó en abrir los ojitos, pero ¡qué bueno que ya despertó! —dijo amigablemente.

—Es que aquí no cantan los gallos —le respondí—. ¿Qué horas son? —pregunté después.

—Es hora de buscar su libertad —contestó el comandante y acarició con mucho aprecio mi espalda.

—¿Cuánto me costará encontrarla? —le pregunté de inmediato.

—Hay leyes grandes y leyes pequeñas. A usted le tocará una chiquita, pues, mientras estuvo encerrado nadie vino a verlo. Sin embargo, tiene que pagar una olla de esquites, medio costal de carbón y un costal de elotes. Esa fue la mercancía que se comieron los cerdos, después de la guacareada que se echó. En total: 750 pesos por los daños. Por eso esperaba que usted despertara, para que fuera a buscar su libertad.

Puse en orden mi melena y recordé que en mi chamarra había dejado algunos billetes. Con un poco de suerte, podría cubrir mi deuda con eso o podría pedirle prestado a Jacinto.

—Trataré de conseguir el dinero —dije.

—Más vale que lo haga y también espero que regrese por su propia voluntad. De lo contrario, se las verá conmigo. Tenga —dijo el comandante ya sin amenazas—; le presto veinte pesos para sus pasajes.

Tomé el billete pensando que me prestaba para una botella de tequila. Nunca cruzó por mi mente usar ese dinero para los pasajes, claro está. Antes de salir de la cárcel, un policía me entregó una torta de chorizo y tuve que firmar un recibo con los gastos de alimentación. Luego, me dirigí a la finca

donde trabajaba como velador. Sin embargo, el destino me colocó frente a un establecimiento de vinos y licores. Después de abastenerme con una botella de tequila, proseguí mi camino. Más tarde, mientras tocaba el timbre de la finca, descubrí que un policía me seguía los pasos. Me vigilaba desde una esquina sin quitarme el ojo de encima. En la finca no me abrieron la puerta, pues no se encontraba el otro velador y el chamaco encargado tenía la orden estricta de no abrirle a nadie. Así que sólo pude dejarle un recado a mi compañero Jacinto: Dile que me lleve la chamarra a la comandancia y, de paso, que me preste unos quinientos pesos. El chamaco prometió transmitir mi mensaje en cuanto se pudiera.

Caminé como si buscara a otra persona en el pueblo. Más tarde la botella de tequila estaba por acabarse y el policía seguía tras mis pasos, arrastrando una bicicleta. Como no me gusta que me vean chupando, decidí perderlo. Tomé un microbús rumbo a la central de autobuses y me reí de lo lindo mientras veía al policía pedaleando como loco para tratar de alcanzarme. Me bajé en la terminal de autobuses y mi vigilante apenas iba acercándose al paradero con la cara enrojecida por el esfuerzo. Estuve platicando con un vendedor de dulces, mientras el policía llegaba. Dejé que me viera y luego entré al baño de caballeros. Emparejé la puerta de un excusado, para que creyera que lo estaba ocupando. Sin embargo, salí rápidamente de esos sanitarios y me introduje al baño de mujeres. Desde ahí vi que mi vigilante entraba al baño de hombres y, en cuanto escuché que orinaba, salí a toda carrera para perderlo.

No sé cuanto tiempo pasó para que el policía descubriera que el excusado estaba vacío. Para entonces, yo estaba terminándome una botella de tequila bajo la sombra de un árbol. Después de aplacar mi sed de alcohol, consideré prudente

regresar a mi cautiverio. Nunca tuve la intención de huir del pueblo, sólo quise despistar al policía para beber con tranquilidad. Regresé a la comandancia y cuando estaba a punto de entrar, escuché al comandante instruyendo a Malena.

—Vamos a hacerlo a la francesa —decía el comandante.

—No sé cómo es eso —confesó Malena su ignorancia.

—Tú nada más abre la boca; yo hago lo demás.

Yo sabía que el comandante era una excelente persona, pero decidí no entrar a mi celda. A mí me prestó dinero para los pasajes y me dejó salir de la cárcel para conseguir ayuda. Así que también me parecía justo que ayudara a Malena. Seguramente la estaba instruyendo para que consiguiera un buen empleo cuando quedara en libertad. Por eso el comandante le está enseñando idiomas. Abandoné de inmediato la comandancia, porque yo ya tenía empleo, aunque fuera de velador. Además, traía un cuarto de tequila escondido en el cinturón y se me hacía agua la boca por probarlo.

Caminé por el sendero que llegaba al lago. Estuve descansado bajo la sombra de un árbol. Al ver las lanchas, me imaginé con doña Lucha remando sobre esas aguas que tanto le gustaban. Pero, como no quería tener pensamientos gratos, me terminé el tequila y regresé a mi cautiverio. Como ya estaba enterado de las bondades del comandante, no quise interrumpir sus obras pías. Entré cautelosamente, pero escuché que alguien respiraba con agitación. Así que me quedé esperando, mientras me enteraba de lo que sucedía.

—¡Ahora te toca a ti! —exclamó el comandante.

—¿Vamos a seguirle por adelante? —preguntó Malena.

—Sí, un rato más —aclaró el sofocado comandante.

—Pero, ¿luego vamos a cambiar? —preguntó con temor la muchacha.

—Claro que sí; pero lo haremos cuando estés lista.

Desde que descubrí las bondades del alcohol, comencé a odiar el ejercicio. Por lo mismo decidí retirarme para volver más tarde. Ese comandante quiere hacer maravillas con sus presos —pensé—; primero les da clases de francés y luego acondicionamiento físico. Dentro de las celdas el comandante continuaba dándole órdenes a Malena: ¡Arriba-abajo! ¡Arriba-abajo! Así que puse distancia de por medio para no convertirme en su pupilo.

Ya estaba cayendo la noche y yo iba caminando a media calle, cuando se me apareció una sombra de mal aspecto. Luego la reconocí y vi que era una beata del pueblo que salía a expiar sus pecados. Sin embargo, comencé a recordar aquella noche, cuando estaba mirando hacia el cielo desde mi cuarto en la azotea. Cuando miré hacia enfrente vi una sombra que se acercaba. Como aquella noche no tenía dónde ocultarme, me quedé esperando los acontecimientos. Por suerte la que venía envuelta en una capa negra era Lupita. Se introdujo al cuarto y de inmediato se despojó de la capa y también de la pijama. Como no traía ropa interior, quedó completamente desnuda en un instante.

Siempre te voy a amar, me dijo con voz ansiosa y se humedeció los labios con la lengua. Enseguida me besó la barbilla y con su saliva dibujó la curvatura de mi cuello. Se detuvo un poco en la manzana de Adán y siguió su trayecto por el pecho. Ahí colocó otra señal de ternura y yo carecía de palabras para agradecerle tanto amor. Lupita me besó el vientre y me inundó el ombligo de saliva. En ese instante escuché su voz: Siempre te voy a amar; recuérdalo. Sus palabras se extinguieron entre mi sexo y sus labios terminaron borrando toda la soledad que inundaba mi cuerpo.

CAPÍTULO SEXTO

Donde vemos algunos cursos de superación personal, mismos que nuestro detective se niega a estudiar

Muchas promesas se pierden en el tiempo, me dije cuando sentí el frío del anochecer. Así que decidí volver a la comandancia y buscar la forma de pagar la multa. Venía con todos los sentidos alerta, pues conociendo al comandante, tenía que andar con cuidado. Entré a la oficina caminando sigilosamente y, como las celdas eran utilizadas como centros educativos, me oculté al llegar a la puerta. Al principio pensé que no corría peligro y que pronto estaría resguardado del frío. En efecto, en el interior de las celdas nadie temblaba de frío.

—Estoy sudando y ya no aguanto más —decía Malena—: Si sigue así voy a gritar.

—Sólo duele al principio —la animaba el comandante—; resiste un poco. Recuerda que eres muy valiente.

—Pero es que... Está durísimo... Y me arde mucho...

—Tú relájate toda y ya verás como aguantas hasta el final.

Al escuchar los quejidos de Malena y la voz entusiasta del comandante, comprendí que ya estaban en la fase final del curso. Hasta control mental nos quiere dar, me dije y aproveché para escapar, pues no quería convertirme en su conejillo

de Indias. Me quedé dormido en una jardinera de la plaza. Unas horas después, el sol me pegó en la cara. Levanté medio cuerpo para ver el panorama del pueblo y decidí darme a la fuga, pues no sabía cómo pagar la multa. Con ese propósito en la mente me puse de pie, pero abandoné mis planes porque vi a mi vigilante doblando la esquina. El policía apenas podía levantar las piernas para dar el paso y traía arrastrando la bicicleta. Cuando lo perdí en los baños, seguramente se dedicó a pedalear por todo el pueblo para localizarme. Así pasó la tarde y la noche, pero nunca se le ocurrió buscarme afuera de la comandancia. Ahora llegaba derrotado y desvelado a entregarle malas cuentas al comandante. El policía pasó rumbo a la cárcel del pueblo y lo seguí a paso lento. El gendarme recuperó algo de alegría cuando entramos juntos a la comandancia. Enseguida se fue a un rincón y se despojó de las botas, para ventilar sus pies deshechos por la persecución. El comandante roncaba sobre una silla y aunque no quería despertarlo, le comuniqué que pronto vendrían a pagar mi deuda. Hecho lo cual, yo mismo me encerré tras las rejas. En la celda de al lado estaba Malena profundamente dormida, así que procuré no despertarla. Había recibido mucha instrucción y, sin duda, estaría muy cansada.

Unas horas más tarde, mientras de nuevo me hacía el dormido, el comandante entró a las celdas y se acercó a la muchacha para entregarle una bolsa de plástico.

—Toma, te mandaron ropa limpia para que te cambies.

—Entonces, ¿ya estoy libre?

—Sólo falta que vayas al banco y, después de traerme el dinero, podrás irte.

—¡Uy, qué bueno! —exclamó llena de júbilo.

Malena tomó la bolsa con su ropa limpia y salió de la celda. Se cambió en el baño de la cárcel sin importarle que el

comandante la estuviera viendo. Después regresó a la celda y recogió sus pertenencias. Cuando salió de la cárcel iba muy contenta, pues ya no tendría que soportar tantas clases. Eso alegraría a cualquiera, pero de inmediato comencé a preocuparme. Desde que dejé mi profesión de detective, detestaba el ejercicio físico, las sesiones de control mental me parecían una pérdida de tiempo y, como mi lengua era muy torpe, nunca intenté aprender otros idiomas. Mi angustia se tornó grave, pues, si no lograba pagar la multa, seguramente me las tendría que ver con el comandante. Estaba tan apesadumbrado que, cuando quise reposar mi frente en el suelo, me di un tremendo cocolazo. Permanecí con los ojos cerrados, adivinando mi negro destino. De vez en cuando me repetía muy quedito; ¡Ya me llevó la chingada! ¡Ya me llevó la chingada! Tarde o temprano, tendría que enfrentarme con ese comandante que, con tal de ayudarnos, nos impartía cursos de superación personal. Ni hablar, siempre hay negros nubarrones en nuestra existencia. Eso me estaba diciendo y sin querer recordé otro viejo nubarrón.

Tenía tiempo de no ver a Lupita, hasta que un jueves la vi llegar a casa de sus padres ya muy entrada la noche. Yo me acerqué, pero ella no se detuvo y se mostró con demasiada frialdad.

—¿Nos veremos este fin de semana? —le pregunté siguiendo sus pasos.

—A lo mejor este domingo te visito —dijo Lupita.

—¿No podemos vernos antes?

—Sigo muy ocupada —respondió con fastidio—; y tengo unas prácticas muy extenuantes.

—Entonces, tendré que esperarte hasta el domingo —dije con resignación.

—Si quieres —dijo Lupita—; ya sabes que no es obligación.

La voz de Lupita sonó con un desprecio absoluto y no pude decir nada. Sólo recuerdo que los besos que pensaba darle, se me achicharraron en los labios. Ah, que novia tan enojona tengo, me dije y de inmediato busqué la forma de consolarme. Mañana le diré a doña Lucha que la invito a San Juan del Charco, pues ella conocía ese pueblo y le gustaba mucho el lago. Con esa intención me dormí y con ese propósito me levanté. En cuanto abrí los ojos me vestí lo mejor que pude y salí en chinga rumbo a la calzada Carmelo Pérez. En la esquina mucha gente estaba abordando sus transportes para irse al trabajo. También estaba doña Lucha con el anafre encendido, con dos botes de atole en la mesa y con el tambo de tamales; Sin olvidar la bolsa de bolillos para preparar las tortas. En el comal, inundado de aceite, comenzaban a dorarse los primeros tamales de la mañana. A esas horas mi corazón estaba repartido entre las carnosidades de doña Lucha y los acogedores labios de Lupita. Tratando de dilucidar las preferencias de mi corazón, saludé a doña Lucha de manera formal, pues así la trataba delante de los clientes.

—Buenos días —dijo la tamalera y enseguida preguntó—: ¿Qué le voy a servir?

—Lo de siempre —dije yo, pensando en otras cosas igualmente sabrosas.

Doña Lucha me sirvió un champurrado y una torta de tamal verde. Luego se puso a darle vuelta a los tamales que estaba dorando. Apenas me había comido la mitad de mi guajolota, llegó un hombre moreno.

—¡Ya me voy, mujer! —le dijo sin soltar la maleta que traía colgada en el hombro.

—¿Ya lo pensaste bien? —interrogó doña Lucha.

—Ya lo pensé y no quiero quedarme con las ganas de estar ahí.

—Bueno. ¡Qué Dios te cuide! —dijo doña Lucha y lo abrazó con gran sentimiento y cuando yo estaba pensando que mi oaxaqueña me estaba haciendo de chivo los tamales, el hombre se despidió de ella.

—Gracias, querida prima, que Dios te bendiga siempre.

Cuando dejaron de abrazarse efusivamente, el hombre de la mochila se subió al primer camión que pasó por la calzada Carmelo Pérez.

—¿De modo que era su primo?

—Sí, es mi primo Ezequiel —dijo doña Lucha—: disculpa que no te lo haya presentado. Pero, nomás de saber que volvería al pueblo, me llené de malos pensamientos.

—Y, ¿eso por qué?

—Hubiera preferido que se regresara a Estados Unidos, pero Ezequiel quiere ir al pueblo. Yo le dije que allá teníamos demasiados muertos y que no valía la pena regresar. Allá, aparte de la pobreza, lo que abunda es la muerte. Esto lo digo por experiencia, porque a todos mis hermanos los mataron. Lo mismo pasó con dos hermanos de Ezequiel. Su padre aún vive, pero lo dejaron tullido de un balazo. Allá en Zotaco, también vive mi tío Cipriano y varias tías, hermanas de mi madre. Estas mujeres siguen en el pueblo porque no tienen a dónde ir, pero viven con el temor de que sus chilpayates crezcan para que luego los asesinen.

—Quizá las cosas hayan cambiado.

—¡Allá vivimos en la edad de piedra! —exclamó con gran convicción—. Pero, ojalá el tiempo sirva de algo.

—¿Y si pasamos a otra cosa, doña Lucha?

—Ah, sí, discúlpame. Hace rato que te acabaste la torta de tamal y no te he preparado otra. Ahorita te la doy. Oye, ¿no quieres más champurrado?

—No me refería a eso. Sólo quería invitarla al pueblito que tanto le gusta. ¿Qué le parece si nos vamos a San Juan del Charco?

—Con tanta preocupación por mi primo Ezequiel; hasta me olvidé de las ganas que tengo de salir de la ciudad y conste que ese lugar me encanta.

—Y, ¿entonces?

—Entonces nos vemos el lunes en la terminal de autobuses —dijo doña Lucha y en su rostro se reflejaron los primeros rayos del sol y se le borraron los pensamientos nefastos que le dejó la partida de su primo.

Me alegré por ella y entonces mordí con gran placer mi torta de tamal verde, mientras doña Lucha derramaba sonrisas. Pero justo en ese momento, cuando sólo pensaba en cosas buenas; justo en ese momento aparecieron dos clientes. Casi me ahogué con la comida cuando los reconocí. La que acababa de llegar era Lupita y estaba abrazando a Bartolo.

—Buenos días, doña Lucha —dijo Bartolo—: me da un arroz para mi esposa y un champurrado para mí. Y queremos dos tamales dorados, por favor.

La salsa del tamal se transformó en lumbre, cuando escuché sus palabras. Aparentando la mayor serenidad del mundo, traté de ver la cara de Lupita, pero ella miraba para otro lado y seguía abrazando al pinche Bartolo. Pronto voltearás y tendrás que verme la cara, me dije. Mientras esperaba le di un trago a mi champurrado y me pareció que el maldito atole se me había agriado por completo.

Doña Lucha los atendió y yo seguí escuchando cómo desparramaban miel.

—Aquí tienes, mi amor —dijo Bartolo y le pasó el vaso de arroz con leche.

—Gracias, mi vida —le contestó ella, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Siempre pensé que tenía el corazón partido en dos; una mitad para Lupita y otra para doña Lucha, pero en ese momento me di cuenta que mi corazón estaba partido en mil pedazos. Lupita estaba casada con Bartolo quién sabe desde cuándo y mis cuates pensaban que yo lo sabía y por eso elogiaban mi supuesta fortaleza. Cuando Lupita me visitaba por las noches, llegaba ocultándose por las azoteas y no venía de casa de sus padres, sino de la casa del pinche Bartolo. Por esa razón no entraba ni salía de su casa como antes, pues ya estaba viviendo en otro domicilio. Luego seguí recordando otros detalles y, entonces, supe que había sido un pendejo en toda la extensión de la palabra. Sólo cogía conmigo los domingos en la noche, porque los fines de semana se iban al templo y entre las oraciones y sus recorridos por las calles quedaban exhaustos, sobre todo al pinche bofo que llegaba sin ganas de parchar, porque Lupita se dirigía a mi cuartito en la azotea y... total, el güey de la historia era yo. Así que para quitarme el mal sabor de boca, le di un trago a mi champurrado y cada vez me sabía más agrio; como si estuviera bebiendo cagada.

—Vámonos, cariño —dijo Bartolo después de pagar lo consumido y tomó de la cintura a Lupita y la muy perra ni siquiera volteó a verme. Finalmente, tomaron juntos un camión para alejarse de la colonia.

—¡Qué pareja tan desapareja! —exclamó doña Lucha—. Pero, así es el amor y cuando llega no respeta edades.

Yo no dije nada, pues tenía la mente llena de pensamientos absurdos y no hallaba cómo aquietar tantas emociones encontradas. Sólo logré un poco de paz cuando un par de lágrimas rodaron por mis mejillas. Las sentí tan calientes que

parecían de lumbre y en ese momento me llené de rabia por ser tan chillón.

—¿Qué te pasa, corazón? —me preguntó doña Lucha.

—Me enchilé y siento que se me quema la garganta.

—Discúlpame —dijo doña Lucha y, como estábamos solos en el puesto, agregó—: el lunes te desquitas —y su risa seguía siendo tan alegre como siempre y en su rostro ya no se veía la tristeza por su primo que acababa de partir.

—Sale —dije yo, tratando de no romper el cuadro—: luego me desquito.

Como ya no podía controlar tanta rabia, le entregué el vaso vacío y comencé a retirarme del puesto y ni siquiera le di las gracias. Ella se quedó esperando el importe del consumo, pues aunque yo era su amor secreto, también era su cliente y siempre le pagaba mi desayuno. Total, me alejé sin saldar mi deuda y doña Lucha, llena de desconcierto, sólo arrojó el vaso a la bolsa de la basura. Chíngale, en ese lugar debería estar yo.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Ya en libertad, a Eddy Tennis Boy le falta pan, pero le sobra vino y, con ese momentáneo final, acepta su humilde destino

Malena quedó en libertad y media hora después llegó Jacinto, el otro velador de la finca. Mi compañero me trajo la chamarra que había olvidado con algunos billetes adentro. También me prestó dinero suficiente para completar la multa. Cuando salimos del bote, me soltó el sablazo y me dijo que me habían despedido de mi trabajo de velador. Te mandaron una semana de salario y llevé tus cosas a mi casa, me dijo Jacinto. Ya ves que el dueño anda en la política y no quiere que sus empleados anden en líos con la autoridad. En cuanto abandonamos la cárcel buscamos una cantina para celebrar el fin de mi cautiverio. Comenzamos a festejar con una botella de ron en la mesa y ahí me platicó que desde un principio supo que me tenían encerrado.

—No pude venir antes, porque en esta misma comandancia estaba detenida la muchacha que será mi nuera. Ya consentí que mi hijo se case con ella —dijo resignado—. Mi chamaco la quiere a morir y Malena ya me demostró que es una señorita a carta cabal.

Apuré mi primera cuba, aunque no era fanático del ron, y así me enteré de la llamada que le hizo para obligarla a asesinar a su patrona. Todo fue idea de Jacinto y como la muchacha prefirió parar en la cárcel que perder su honor, con eso demostraba lo mucho que valoraba su virginidad. Esa tarde me emborraché a costillas del futuro suegro, quien me contó la historia lleno de felicidad.

—Mi hijo se casará con una chamaca de muy buena ley —me dijo en la madrugada cuando nos despedimos.

Otra vez puse mala cara, pero no por culpa de su historia, sino porque me había emborrachado con ron y la verdad que yo extrañaba el tequila. Después de echarnos unos tacos para aminsonar la cruda del día siguiente, prometió llevarme mis cosas al hotelito de mala muerte donde me dejó.

En esa misma cantina, pero una noche después, estuve emborrachándome otra vez. Ahora me había invitado aquel policía que me persiguió por el pueblo y que, en determinado momento, me perdió el rastro. El gendarme también pagó una botella, pero en esta ocasión me negué a beber cualquier otra cosa que no fuera tequila. Eso pedimos y nos acomodamos a beber en una mesa. Ya a medios chiles, el policía comenzó a abrazarme y a darme las gracias por no haber regresado antes a la comandancia. Yo no entendía por qué tanto agradecimiento, pero más adelante me aclaró la situación.

—Te dejamos libre para que durante tu ausencia, el jefe pudiera entenderse con la acusada. La muchacha le cumplió todos sus antojos y, como siempre anda bien armado, le rellenó todas las oquedades a esa hembra. El comandante me ordenó vigilar-te, para que no regresaras y lo interrumpieras en sus movidas. Por eso ahora quiero agradecerte que no volvieras. Todo le salió bien al jefazo y cuando arregló el asunto me dio una buena lana.

Me pareció lógica su explicación y seguimos brindando como buenos amigos. Después me seguí emborrachando lentamente. Total, era un detective retirado y ahora estaba dedicado a mi nueva profesión: trataría de ser un buen borracho. Con esa intención, abandoné mi vista sobre el piso. En ese momento descubrí una sombra en las losetas. Tenía las mismas formas que doña Lucha y entonces pensé que si no hubiera huido del barrio, ella estaría consolándose. Juntos planeamos visitar San Juan del Charco y yo había llegado solo a rumiar mi soledad y a beber tequila como un tonto. Luego conseguí el trabajo de velador para cobrar unas monedas y seguir emborrachándome. Pero tenía que reconocer que la regué. Después del descuentón que me llevé el sábado por la mañana, estuve toda la tarde encerrado. Lupita me había engañado durante dos meses y yo ni siquiera lo sospechaba. Cuando regresó de vacaciones de semana santa, ya venía casada con Bartolo. Se matrimoniaron allá en su pueblo y el domingo tuvo la osadía de recorrer las azoteas de los vecinos para treparse en mi cama y en mi cuerpo para despellejarme el alma. Seguramente venía a despedirse, pero por alguna razón no pudo hacerlo.

Estuve todo el sábado mordiéndome los güevos de pura pinche tristeza, y el domingo, después de haberla descubierta con su marido, Lupita llegó a mi cuarto en la azotea. Cuando tocó, quise salir y agarrarla a patadas. Cuando tocó, quise dejarla afuera o mentarle la madre hasta que se fuera. Pero cuando tocó, le abrí la puerta y la dejé pasar. El odio se me atoró en la garganta y sólo me sentía con ganas de cagar silencios. Se sentó en la orilla de la cama y cuando creía que nunca más cruzaríamos ninguna palabra, me dijo que sus padres la obligaron a casarse.

—Tú sigues siendo el único amor de mi vida —me dijo—; te he dado demasiadas pruebas de este amor.

—No creo que eso pueda llamarse amor —le dije y me di media vuelta para no mirar a Lupita porque mi erección y mis ganas eran más grandes que el repudio que sentía hacia ella.

—Sólo te he amado a ti —dijo Lupita mientras se descubría los pechos.

—¿Otra vez con tu cuento de amor? ¿Por qué no se te quema la boca con tantas mentiras? —pregunté y de nuevo me quedé callado.

—Precisamente por eso —respondió Lupita—; porque se me quema la boca si no te tengo y porque no quiero perderte. A Bartolo le doy mi cuerpo y hasta puedo tener hijos con él, pero tú siempre tendrás mi corazón. Además, sólo a ti te he acariciado con mi boca.

Eso me pareció curioso, aunque sentía los testículos machacados, porque, justo en ese momento, estaba a punto de decirle que no me importaba que estuviera casada, que la perdonaba por haberme engañado, pero que me la chupara una vez más. Sin embargo, cuando mencionó a su marido y la posibilidad de tener hijos con él, decidí no convertirme en el estúpido de la historia. Con todo mi corazón agusanado y con los güevos hechos pedazos, decidí cortar para siempre con esa mujer que tanto amaba. Atosigada por el silencio, Lupita se puso de pie para que su vestido cayera por sus costados.

—A lo mejor ya no sabes si me amas —dijo—; pero tengo una forma de saberlo. Si me dejas amarte como a ningún otro hombre amaré, estoy dispuesta a quererte mientras viva. Pero, si te quedas dónde estás, entonces sabré que lo nuestro ha terminado.

Lupita comenzó a hincarse, justo a la altura de mi sexo, pero yo no quise que su desnudez tocara el suelo. Tampoco sabía si quería perderla o si aceptaría el cariño que me ofrecía.

No dije nada, pero tampoco dejé que se hincara, pues la sostuve por los brazos.

—Entonces, ¿qué harás? —me preguntó y seguí callado. A pesar de andar con doña Lucha, yo sabía que amaba a Lupita. Pero también recordé aquella charla que tuve un día antes con el gordo Bartolo.

—¿A poco te casaste con Lupita? —le pregunté cuando lo encontré en la calzada después de esperarlo dos horas.

—Claro que sí —respondió—. Acabo de matrimoniarme —dijo orgulloso.

—Esa chava está muy morrita para ti. Te va a engañar a la primera de cambios.

—Ella es una mujer muy virtuosa—sentenció Bartolo.

—La virtud sólo le va a durar mientras la verga se te ponga dura, cuando el fierro se te ponga guango, de seguro se buscará otro camote.

—Cuando ya no se me pare el pito, usaré la lengua y cuando se me canse la lengua, usaré los dedos. Ya veré cómo la entretengo. A lo mejor hasta le leo un cuento, pero la tendré sentadita en mis rodillas.

—Cuando te ponga los cuernos, vas a sentir la verga. Todo por casarte con una mujer más joven que tú.

—¿Lo dices por experiencia, cabroncito? La verdad no sé por qué estoy escuchando tus pendejadas.

—No te alebrestes —le dije al pinche Bartolo—; sólo trataba de abrirte los ojos. No quiero que te sientas mal cuando te manden a la verga. Ya sé que vas a sentir gacho cuando te desprecie por anciano.

—Ese será muy mi pedo. Además, no tienes porqué meter-te con las nalgas de mi mujer. (¿No, cabrón? Si ya hasta perdí la cuenta, pensaba yo). Son tuyas y ella puede hacer lo que

quiera con su culo. (Claro, güey; hasta puede hacerte pendejo; me consta). Así que te callas el hocico y te vas a la verga. (Eso sí me castró, porque me sentía parado en la punta de la verga). Me casé con esa chava porque sé que es una mujer virtuosa.

Eso me dijo Bartolo y yo no pude alegar nada. Me alejé cabizbajo para irme a la chingada, pues alguien me había comprado un boleto sin que yo se lo pidiera.

—¿Entonces, qué? —volvió a preguntarme Lupita.

—Entonces nada —le respondí y me negué a recibir su caricia.

Lupita se puso el vestido y salió hacia la negra noche. Yo estuve un rato como piedra y luego el llanto me llenó la cara de cagada. Esa misma noche abandoné mi cuarto en la azotea. Caminé lentamente para alejarme del barrio y busqué el camino más corto para llegar a la chingada.

Mis cuates de la colonia tenían mucha razón cuando me advirtieron que Bartolo quería bajarme a Lupita. Pero yo confiaba en mi juventud y me sentía con gran ventaja. Pero no tomé en cuenta otras cuestiones, como por ejemplo la casa que había construido y el salario que cobraba. Mientras yo le jugaba al investigador privado. Ni pedo, me dije; alguien me bajó a mi novia, pero lo cierto es que ella se subía y se bajaba solita. Lo demás ya sólo fue dolor y ausencia. Antes de que saliera del cuarto, tuve ganas de decirle que siguiéramos cogiendo a escondidas. Pero estaba convertido en un lío y no podía comprender que esa mujer me amara por el simple hecho de mamármela.

Pero ahora estaba viendo una sombra de mujer en el suelo de la cantina. Cuando levanté la vista, descubrí una falda café y una cadera consistente. Luego unos brazos morenos y unos senos potentes. Finalmente, encontré una sonrisa y una cara morena y un par de ojos que me miran con amor.

—Qué bueno que te encontré —dijo doña Lucha—. No sé por qué razón abandonaste el barrio, pero tus padres están muy preocupados. Tu hermana Nereyda y tus amigos te andan buscado. Sólo yo tuve la idea de buscarte en San Juan del Charco, porque queríamos visitar este lugar. No sé por qué te viniste solo, pero debes volver a Nezayorck para tranquilizar a todas las personas que te quieren. Además, necesito contratar tus servicios como investigador privado. Tengo un problema y sólo tú puedes ayudarme. Así que tú me dices a qué horas nos vamos.

Miré al gendarme que seguía bebiendo a mi lado. Cuando las mujeres hablan los hombres callan y obedecen, dijo comiéndose la mitad de las palabras y luego alzó los hombros para que yo decidiera el momento de partir. Entonces, me puse de pie y le ofrecí un brazo a doña Lucha. Cuando salimos de la cantina, fue ella la que me sujetó para que no me cayera. Luego sólo recuerdo que me dijo: Duérmete, mi amor; necesitas descansar. Y me dormí recostado en sus hermosos pechos. Si hubiera sido capaz de elevarme por los aires, hubiera visto el asfalto brillante de la autopista y el autobús que me llevaba a Nezayorck. A nuestro paso todo relucía gracias a la paz que me brindaba esa mujer. Puedo afirmar lo anterior, aunque venía bien dormido, porque el camión realizó todo el trayecto sin ningún problema de circulación.

Las aventuras del Cacahuatito de Oro

*Para Arturo Trejo Villafuerte
y para su detective Conrad Sánchez, porque
trabajamos juntos en su novela Lámpara sin luz.*

*Etílicamente
Eddy Tennis Boy*

En ningún momento me he dejado engañar por la esperanza. Pero en este tétrico lugar uno siempre espera algo, porque resulta imposible evitarlo.

JAMES M. CAIN

El cartero llama dos veces

CAPÍTULO PRIMERO

Esta parte de la historia se llama introducción porque, a pesar de tanto rollo, Eddy se reserva la acción

Todo sucedió durante las vacaciones de fin de año. Doña Lucha, mi amada tamalera, me buscó un viernes y me propuso el trabajo por el cual había ido a buscarme hasta San Juan del Charco. Charlamos y con su cara toda compungida me dijo que habían matado a su primo Ezequiel. Luego me explicó que el padre de Ezequiel no quería sepultarlo hasta que encontraran a los culpables. Por eso quiero que vayas a mi pueblo, para que busques a los asesinos. Desde luego que acepté con gusto el encargo. Después de llegar a la terminal de autobuses de Oaxacalifornia, tomé otro camioncito, que se fue dando tumbos hasta El cruce de la soledad. A la orilla de la carretera estaba una camioneta esperando a los pasajeros para llevarlos a Zotaco, un pueblo ubicado en plena sierra. Para arribar al pueblo de doña Lucha, sólo existen dos formas de llegar; viajar en la camioneta o conseguir algún caballo y cabalgar seis horas hasta el corazón de la serranía. Por eso los pasajeros se quedaron sorprendidos, porque yo no abordé el único vehículo que solía esperarlos en ese lugar y me quedé sentado al borde de la carretera.

Ya la tarde estaba cayendo completamente y los autos y camiones comenzaron a espaciar sus viajes por la carretera. Mejor me hubiera ido en la camioneta para llegar a Zotaco, me dije, pero tendría que esperar a que pasaran a recogerme. Una hora después, apareció un hombre montado en una burra panzona y jalando la rienda de una mula.

—¿Usted es el sobrino Lucho?

—Ese mero soy —dije, pues acordé con doña Lucha que me haría pasar por su esposo para que nadie, fuera de su familia, supiera que era investigador privado. También me explicó que alguien pasaría por mí, porque no quería que me subiera a la camioneta.

—Soy Cipriano y vengo por usted para llevarlo al pueblo —Cipriano comenzó a desatar el bulto que traía en ancas y ensilló a la mula—. Ésta será su montura —me dijo y luego se trepó a su burra y agarró camino. Pasaron unos minutos y jaló la rienda para aminorar el paso de la burra y volteó a verme—. Espero que tenga un culo resistente —me dijo.

Luego, Cipriano aflojó la rienda y la burra se fue oliendo el camino de regreso. Al principio pensé que el viejo me estaba albureando. Sin embargo, cuando cayó la noche nos detuvimos en el camino para comer un trozo de tasajo y beber un poco de café y, cuando me bajé de la mula, comprendí que para andar en la sierra era necesario tener un culo súper resistente. También comprendí por qué doña Lucha me recomendó que no me fuera en la camioneta; el camino era de terracería y los coches libraban de puro milagro los precipicios. Si algún vehículo se volteaba, sólo recogerían a los cristianos hechos caca allá en el fondo. Luego del café y del trozo de carne, reiniciamos la marcha. Transcurrieron las horas y se me acalabró el culo por tantas horas de caminata. En la madrugada, Cipriano se

detuvo para echarme una lona encima para que no me congelara y sólo dijo dos palabras; ya mero llegamos. Yo no veía el camino, sólo una neblina muy espesa. Cuando mis ojos pudieron ver más allá de las orejas de la mula, encontré una barda de adobe con un anuncio. Era una pinta que decía: Vote por Isabel Pérez, para presidente municipal. Aquí es Zotaco, me dijo Cipriano mientras jalaba la tranca del corral y yo me alegré con la posibilidad de abandonar aquella mula que monté toda la noche y que me dejó las nalgas molidas.

Me invitaron a desayunar, pero estaba tan cansado que preferí irme a dormir. Llénenlo al galerón, dijo alguien y me condujeron a una larga construcción que parecía refrigerador. No protesté, pues estaba tan cansado que, en cuanto pusiera la oreja en la almohada, cerraría los ojos. Claro que no había almohada ni cama tampoco; sólo una pila de costales vacíos y otros costales llenos de café acomodados al fondo del galerón. No se asuste, sobrino, dijo Cipriano; esta es la bodega y sólo lo trajimos para que viera que tuvimos mala cosecha y que, encima de estas desgracias, ahora tenemos un muerto que no podemos enterrar. No dije nada y seguí de nuevo a mi guía. Me condujeron a un cuarto de adobe, que tenía una pequeña cama al centro. Pasé y cerraron la puerta a mis espaldas. En cuanto vi la cama, me dejé caer en ella y me cubrí con las cobijas de inmediato. Antes de quedarme dormido, recordé el inicio de aquel viaje.

Cuando emprendí el viaje para dar con los asesinos de Ezequiel, el primo de doña Lucha, también me enfrenté al terrible Cacahuatito de Oro. Me llevé varios sustos escalofrantes, pero pude resolver el caso en unas cuantas horas.

No podía negarme a trabajar para doña Lucha, porque prometió pagarme muy bien, pues contaba con el dinero que había juntado para levantar un cuarto más en su casa. Así que salí

disparado —chorreando y quemando guarache— a comprar un pasaje para llegar a Oaxacalifornia. Doña Lucha me dijo que comprara el boleto en la TAPO y me sugirió que abordara un autobús de primera clase, porque el viaje duraba ocho horas hasta la capital del estado. Estuve más de dos horas formado frente a la ventanilla de los autobuses y ni siquiera pude distinguir a la despachadora. Adelante de mí se encontraban 87 y medio paisanos del Benemérito de las Américas. Eran 87 y medio, porque en la fila estaba una señora embarazada y ese cachito de individuo ya contaba.

Durante esas dos horas la fila avanzó muy despacio, pero al menos existía la posibilidad de conseguir boleto. Después la cola dejó de moverse y salió un tipo de las ventanillas y nos avisó que ya no había boletos. Aparentemente, todas las líneas de autobuses se pusieron de acuerdo, porque comenzaron a cerrar ventanillas y nos dejaron sin boletos. Por supuesto que les menté la madre por las pocas corridas que programaban en época navideña; siendo una temporada con exceso de viajeros.

Sin pensar en los inconvenientes me lancé a los autobuses de segunda clase. Aunque sea parado, pero llego a mi destino, me dije. No daré mi brazo a torcer, me repetía para darme confianza. Los autobuses Relámpago estaban a unas siete cuerdas de la TAPO, así que tomé un taxi para ser de los primeros en llegar. Cuando llegué a la centralita, me acerqué a la ventanilla para ver quién despachaba los boletos y me di tinta que los encargados eran dos tristes rucos. Los bauticé como Rucaila Patachica y don Ruco Pedorrón. A leguas se veía que Ruco Pedorrón era de la familia de los ojetes, a los que no puedes pedirles nada, porque si les pides un vaso de agua te la dan envenenada. A la Ruca no pude clasificarla, porque nunca puso

atención a sus clases de Putánica. Por aquí haré mi luchita, me dije. Con mucho valor viril, unos tres meses de abstención y viéndola desde lejos, me parece que Rucaila Patachica aguanta un piano. Tiene una nalga esponjada y una nalga comprimida, pero al inicio de la era cuaternaria, cuando era una mozuela, debió tener un rostro muy hermoso. Además, no me importa que haya sido atacada por la polio; si ella tiene por dónde y yo tengo con qué, pues que se haga la voluntad del corazón.

Según mi percepción, la señora impartía mejores vibras que su compañero, y por tal motivo se hizo acreedora a una de mis mejores sonrisas. Además de sus buenas vibras, era la que vendía los boletos y despachaba la salida de los autobuses. La mujer recibió mi sonrisa con agrado y hasta le dio un tallón al suelo de puro gusto. Si quiere gastar la suela de su zapatote que la gaste, me dije y de pilón le obsequié otra sonrisa. Claro que dejé pasar cinco minutos para que la sonrisa produjera mejores resultados y valió la pena. Al chico rato, Rucaila se me acercó con su andar desnivelado y seductor. Buenas noches, me dijo, y yo le contesté: buenas. Así nada más: buenas. Pero al mismo tiempo le acaricié su nalga esponjadita con esa palabra. A la mujer no le quedó otra opción más que dejarse acariciar. Después de estos cachondeos verbales, la mujer me preguntó si pensaba viajar a Oaxacalifornia. Antes de contestar, me abrí un poco la gabardina, para que viera el cuerpazo que estaba adentro. Después sólo respondí: si se pudiera. Una frase breve, pero con muchos sentidos y seguí mirándole los chicharrones, como si quisiera ir abriendo camino para chamuscarle, una vez más, su aceite requemado.

—Está viajando mucha gente —solté mi lamento—. Quizá no pueda salir.

—No se preocupe, joven; ya veremos qué se puede hacer.

La mujer me miró profundamente, como diciendo; los autobuses salen cada media hora y, como todavía son tres las unidades que faltan por salir; tenemos hora y media para nosotros. ¿Tú dices, chato, si nos echamos un rapidín? Yo bajé la vista cuando adiviné su pensamiento.

—Todavía están por salir tres autobuses —dijo Rucaila ante mi silencio—; búscame al rato para que puedas viajar.

Enseguida se retiró al cuarto que utilizaba como oficina y yo traté de recobrar un poco de valor. Si no consigo boleto, pensé; mínimo tendré cobija para pasar la noche. Mi alegría era tanta que sentí tres profundas punzadas en el bajo vientre. Era mi amigo secreto y estaba lanzando su grito de ataque: ¡Yo se lo agujero, aunque sea de caballero! Fiel a su costumbre de no hacerle el feo a nadie, mi cosita pasaba lista de presente y se convertía en cosota. Chin, da pena decirlo, pero confieso que se me paró.

CAPÍTULO SEGUNDO

Donde vemos que el espacio también tiene su importancia. Y, al pintar con palabras, Eddy nos brinda una descripción

La terminal de los autobuses de fletes de segunda clase que van a Oaxacalifornia es un corralón. Se ubica cerca del Aeropuerto Internacional de la ciudad de México. Los autobuses Relámpago se distinguen por su color amarillo chorrillo y unas franjas color mostaza. Hacen más ruido que cualquier otro autobús. La atención al público es por un hueco que tiene el muro, a manera de ventana. Por ahí venden los boletos y dan los informes acerca de la salida o llegada de las unidades.

Existe también un cuarto que funciona como restaurante. Pero, salvo los choferes y el personal que labora en la empresa, pocos se atreven a entrar. Al público en general, le ofrecen un servicio de la chingada. Este asunto no preocupa a los usuarios porque quienes viajan a Oaxacalifornia —y demás puntos intermedios— siempre llevan una bolsa de tortas. Cargan, además, cantimploras llenas de refresco para llenarles el biberón a los chamacos chillones. Dependiendo del chofer, el viaje se realiza entre ocho o diez horas. Otra cosa que nunca olvidan los pasajeros es un lápiz para pintarse la rayita, pues, después de tantas

horas de viaje, se borra fácilmente. Los usuarios de los autobuses Relámpago saben que ninguna unidad cuenta con wc. Si alguien siente la necesidad de tirar el agua de riñón o si trae la carga floja, se encontrarán en serios apuros al momento de viajar. La centralita de los autobuses Relámpago está en la misma situación, pues el edificio tiene un sanitario que siempre está en reparación. Los hombres salen y buscan el poste de luz o el árbol más cercano. Si se trata de mujeres la situación se complica; pues tienen que tocar las puertas de las casas vecinas para hacer sus necesidades.

La descripción de la terminal de autobuses de segunda clase es importante en esta historia, porque fue ahí donde el Cacahuatito de Oro me asestó el primer golpe. Como ya tenía buenas relaciones con Rucaila, me permitieron entrar al sanitario de la centralita, cosa que muy pocos podían hacer. Entré muy quitado de la pena, pero no pude utilizar el sanitario porque la taza estaba rota y fuera de su lugar. El piso estaba perforado y los tubos del caño estaban regados por todas partes. Aguanté la respiración y apenas tuve tiempo para vaciar la pipa, pero no pude soltar la calabaza. En ese momento el Cacahuatito de Oro me colocó el primer chingadazo en la boca del estómago. Yo no me di cuenta de nada y compré mi boleto. Enseguida abordé el autobús rumbo a Oaxacalifornia. Lo hice muy a mi pesar; sentía remordimientos por no haberme quedado a cotorear con Rucaila Patachica.

Pero ahora estaba en casa de Cipriano y tenía que investigar el crimen de Ezequiel. Tenía la cabeza metida entre las cobijas y ocupaba toda la cama, pero ya estaba despierto. Es un güevón, dijo alguien allá afuera. N'hombre, dijo la voz de Cipriano; llegó agotado por el viaje de la sierra. No me gusta que hablen mal de mí y comencé a levantarme. En el mismo cuarto

estaba un niño sentado en un tronco y mirándome de frente. Cuando salí de las cobijas y comencé a ponerme los tenis, el niño salió de la vivienda y se dirigió a los presentes; ya peló los ojos, dijo, y viene para acá. Cuando salí del cuarto encontré a cuatro hombres rodeando a un anciano.

—Este es el viejo Ezequiel —dijo Cipriano—; papá del difunto. Estos dos hombres son mis sobrinos Melitón y Fortunato. Más adelante conocerá a las mujeres. Ya le dijimos a mi hermano que usted viene de parte de Lucha para investigar el caso. Dígale que usted dará con los culpables, porque a nosotros no quiere creernos.

—Eso haré, señor —dije con brevedad, pues tenía la boca pastosa.

—Si este hombre viene a buscar a los culpables, no tenemos porqué apurarnos.

Todos los presentes guardaron silencio y observé que las mujeres inclinaban aún más las cabezas.

—Pero, ya pasaron muchos días —dijo Fortunato—; y debemos enterrarlo.

—De ninguna manera —dijo el viejo Ezequiel—; mi mujer parió un hombrecito y de ninguna manera voy a enterrarlo así como me lo dejaron.

El viejo Ezequiel cerró la boca y se encaminó a otra vivienda de adobe. La puerta de madera se cerró detrás de él como si nunca más fuera abrirse.

—El tío Ezequiel es más terco que una mula —dijo el sobrino Melitón

—Ya nos vamos —dijo Cipriano a las mujeres—. El sobrino Lucho tendrá que comer en el camino. No olviden aleccionar a los niños; el citadino es el esposo de Lucha y nadie debe mencionar que es detective.

Ya estaban listas cuatro monturas en el corral de la casa. Había tres caballos, pero me dejaron la mula de nueva cuenta. Cuando salimos del pueblo, encontré dos bardas pintarrajeadas donde aparecía el nombre de Isabel Pérez. Pero ahora estaba postulada para diputada local. A lo mejor los pintores se equivocaron, me dije y seguimos andando por el camino que nos conducía a la parte más elevada de la sierra.

—Queremos llevarlo a la cueva —me dijo Cipriano—. Si después de ver lo que queremos mostrarle, sigue con ganas de ayudarnos; le contaremos todo. De lo contrario, lo regresamos a la carretera y de ahí lo mandamos con la sobrina Lucha. Ya luego veremos cómo enterramos a nuestro difunto, aunque mi hermano Ezequiel viva encorajinado toda su vida. ¿Entendido?

—Claro como el agua —dije y por alguna razón sólo pronunciaba frases breves, cuando en la ciudad era un parlanchín de primera.

—A propósito de agua, ¿no tiene sed? —preguntó Cipriano y me extendió un guaje, al mismo tiempo que liberaba la boquilla para que yo bebiera.

Como salí de la casa con la boca pastosa, pensé que un trago de agua sería algo bueno. Quizá hasta pueda hablar un poco mejor, me dije. Así que levanté el guaje y pegué mis labios a la boquilla y dejé que el líquido inundara mi boca y que siguiera su camino por la garganta. En ese momento sentí que estaba bebiendo lumbre y que el fuego me quemaba los ojos. Cuando me despegué el guaje de la boca, mis acompañantes estaban sonriendo.

—¡Está bueno el mezcal! —exclamé recordando los placeres que me producía el tequila. Enseguida devolví el guaje, mientras intentaba jalar aire.

Los hombres dejaron de reír y prosiguieron la marcha. Cuando nos adentramos al monte, Cipriano desenfundó la escopeta. Un momento después, Melitón comenzó a silbar cierta tonada. A lo lejos alguien respondió con más silbidos y, entonces, los cuatro jinetes apuramos las monturas.

—Qué bueno que le gustó el mezcal —dijo Fortunato—. De lo contrario, no soportará ver lo que vamos a mostrarle.

Estábamos justo a la entrada de una cueva. Mientras amarraban a las bestias en los arbustos cercanos, salió un joven armado con una escopeta y cubierto con un jorongo.

—¡Qué bueno que llegaron! —exclamó—. Ya me estaba muriendo de hambre. Gusto en conocerlo —me dijo—: Soy José María.

Enseguida reunieron unas ramas y encendieron una fogata. Calentaron el café y sobre las brazas extendieron unas tlayudas y unos trozos de tasajos. Luego acompañaron los tacos mordiendo chiles verdes y, para olvidarse del frío, se echaron varios tragos de mezcal. Cipriano se alejó del grupo para echarse una meada y mientras me terminaba mi trozo de tasajo, tuve la oportunidad de hacer una pregunta.

—Oigan, ¿Isabel Pérez va para presidenta municipal o para diputada?

—Ese chango va por todo; ahora está postulado para diputado federal y ya ni siquiera borra las bardas porque sabe que nadie más se va a postular.

—Yo pensé que era mujer —dije, pero ya no comenté nada más.

Cipriano regresó con algunas varas que había cortado a filo de machete. Cubrió las puntas con tiras de ropa vieja y las impregnó de gasolina. Cuando las antorchas estaban listas, me miró de frente y me preguntó:

—¿Está listo para entrar a la cueva?

—Lo estoy —dije y comencé a levantarme de la roca que había tomado como asiento.

Afuera se quedaron José María, que estaba cuidando la cueva y Fortunato, que había llegado con nosotros. Cipriano y Melitón se dirigieron a la boca de la cueva y yo los seguí. Avanzamos algunos metros en el interior, hasta que la oscuridad dominó el túnel y ni siquiera podía ver los ojos de mis compañeros. Mi corazón comenzó a retumbar y el aire que entraba a mis pulmones estaba más pesado que cualquier cosa que hubiera respirado. En ese momento Cipriano prendió un fósforo y comenzó a encender las antorchas. La primera se la pasó a su sobrino Melitón, la segunda fue para mí y la última se la quedó él.

—¿De veras quiere entrar? —me preguntó de nuevo Cipriano.

—Ya estoy aquí —dije y seguí avanzando detrás de los dos hombres que me conducían al fondo de la cueva. Todo sea por doña Lucha, me dije cuando sentí que un par de gotitas de orina se me salían de la vejiga sin que pudiera evitarlo.

CAPÍTULO TERCERO

Eddy recordó que, cuerpo dormido era cuerpo vencido, pero, echando todo para fuera, se puso en medio de la acción.

Salí de la cueva con urgencia para tratar de respirar aire puro, pero me resultó contraproducente. Afuera estaba José María y Fortunato, ambos con las escopetas con la mano. Sin importarme lo que dijeran, me acerqué a los arbustos más grandes. Apenas me sostuve las rodillas con las manos y comencé a vomitar. Vomité como si quisiera librarme de todo lo desagradable que hubiera vivido en la vida. Vomité hasta que me quedé sin fuerzas. Luego sentí vergüenza de levantar la cara y mirar a aquellos hombres que me habían advertido lo desagradable que sería ver lo que ocultaban en la cueva. Ni modo, me dije; más vale ser sincero y aceptar que ni teniendo güevos de acero, se puede soportar aquello que vi. Regresé con mis acompañantes y en silencio le pedí el guaje de mezcal y bebí contento, porque la lumbre que entraba por mi garganta se llevaba mi asco. Luego, antes de enfrentarlos, recordé otra parte de mi trayecto hacia Oaxacalifornia. Me quedé clavado en mis viejos recuerdos, para no llegar al momento que estaba viviendo.

Recordé cuando el autobús enfiló por la calzada Zaragoza. Gracias a mis influencias con Rucaila Patachica, pude conseguir un boleto y hasta un asiento alcancé. El camión llevaba varios pasajeros de pie y antes de llegar a la autopista a Puebla, el número de personas paradas aumentó, hasta que ya no quedó lugar para nadie más. En la caseta, el cobrador sacó unos botes de plástico y unos cuantos alcanzaron un banco improvisado. Era consciente de las penurias en que viajaban los demás pasajeros, pero me hice el disimulado y ni siquiera le cedí el asiento a una viejecita que se dejó caer en el suelo para descansar. Cerré los ojos para no verlos padecer y, al chico rato, me quedé dormido con la cara hacia la ventanilla.

Desperté tres veces debido a la incomodidad del asiento y por que tenía algunas partes del cuerpo adormecidas. La primera vez que abrí los ojos, llevaba la rodilla levantada y pegada a la ventanilla y el aire frío me congeló toda la pata. La cambié de posición y en ese momento escuché un grito al fondo del autobús.

—¡Cuándo coman pepas, quítenle las cáscaras!

No puse mayor atención y tampoco quise saber de qué estaban hablando. Desperté una segunda ocasión, porque se me estaba engarrotando el cuello. Después de sobarme la nuca y el gaznate, me acomodé para dormirme de nuevo. Cuando iba cerrando los ojitos, escuché que regañaban a alguien.

—¡Cierra las patas, cabrón!

La tercera vez que abrí mis ojos lagañosos, me había quedado con la boca abierta y se me secó un buen trecho del cuerpo; cuando menos desde el ombligo hasta los dientes. Tuve que hacer saliva para humedecer el paladar y para refrescar la garganta. En eso estaba, humedeciendo la boca, cuando escuché

algo parecido al motor de una motocicleta y, acto seguido, una voz comenzó a protestar.

—¡Antes soltaban una plumita y ni quién se diera cuenta, pero ahora avientan puras bombas! ¡No la amuelen! ¡Ni que estuviéramos en la tercera guerra mundial!

Los pasajeros ni siquiera voltearon por temor a encontrarse con el pedorro y que les mentara la madre por andar de curiosos. El autobús proseguía su viaje y los ventosos surgían a lo largo y ancho de la unidad. La tercera vez que interrumpí mi sueño, fue para buscar una posición más cómoda y, después de encontrarla, perdí la consciencia totalmente. Ahí cometí un error, porque se me olvidó que un cuerpo dormido es un cuerpo vencido y, cuando abrí los ojos, ya estaba en medio del problema que me causó el Cacahuatito de Oro.

También era problema el que tenía en la entrada de la cueva. Quedé apabullado cuando me mostraron lo que quedaba de Ezequiel, el primo de doña Lucha.

—Están pensando que soy un cobarde —les dije mientras me limpiaba el mezcal que sentía en los labios.

—Nada de eso —dijo Cipriano—: hubiéramos desconfiado de usted si se aguanta las ganas. Ningún hombre tiene que aparentar nada y usted dejó salir su asco, porque la cosa no era para menos. Por eso, ahora más que nunca, lo considero mi sobrino.

Me sentí aliviado y tomando la cabeza entre las manos, me acomodé en la piedra donde momentos antes había estado. Cipriano comenzó a dar instrucciones a su sobrino Melitón, para que se quedara vigilando el cadáver de la cueva. José María tenía que bajar al pueblo para darse un baño y para dormir a lado de su mujer. Comeremos algo por el camino, dijo mientras comenzaban a ensillar las monturas. Yo no pensaba probar bocado en mucho tiempo, pero los caminos de la sierra imponen

obligaciones y acepté un trozo de tasajo y media tlayuda para apaciguar el hambre.

Durante el regreso me platicaron la muerte de Ezequiel. Había durado varias semanas en el pueblo. Después de inspeccionar sus tierras, decidió partir hacia Estados Unidos antes de que terminara el año. Sus familiares lo dejaron bajar solo de la sierra, pues hicieron una pachanga para despedirlo y la mayoría de los hombres terminaron borrachos. En la madrugada, les dijo adiós y ya no volvieron a verlo con vida.

El loco Tencho, que cuidaba cabras por la sierra cercana al pueblo, descubrió la maleta de Ezequiel en el monte y se la llevó a su familia. Iniciaron la búsqueda y esa misma tarde encontraron el cuerpo en un barranco. Cuando interrogaron al chofer de la camioneta, sólo dijo que Ezequiel había llegado a la carretera y que no sabía nada más del asunto. La autoridad no investigó nada y entonces decidieron enterrar al difunto, pero el viejo Ezequiel se había negado.

—Ese hermano que tengo es muy testarudo y no quiere que lo enterremos. Ahora contamos con usted para darle cristiana sepultura —dijo Cipriano—. De lo contrario, no sé cuánto tiempo más lo cuidaremos en esa cueva.

Para entonces ya estábamos entrando al pueblo. Zotaco apoya a Isabel Pérez para diputado federal, decía una pinta en una barda de la cooperativa por donde pasamos. Ese era el nuevo cargo al que aspiraba el eterno candidato y, sin conocerlo, se me atravesaba a cada rato. Los cascotes de los caballos comenzaron a resonar sobre el empedrado, hasta que llegamos al corral. Cuando bajamos de nuestras monturas, ya estaban cerca varios chiquillos sosteniendo las riendas y listos para darles de beber. José María, que regresaba de la sierra, desapareció en uno de los cuartos de adobe y no lo volví a ver en toda la tarde.

Cipriano, Fortunato y yo nos acercamos al tejado donde nos esperaba el viejo Ezequiel.

—¿Vieron al muchacho? —preguntó.

—Lo vimos —dijo Cipriano y no agregó nada más.

—Usted ya lo vio y, entonces, comprenderá mi dolor. Mi mujer me parió un hombrecito y no puedo enterrarlo así. Claro que me dolió la muerte de sus hermanos, pero todos murieron como hombres. Con Ezequiel se ensañaron. Aparte de matarlo, me lo castraron y esa ya es mucha maldad. Así no vuelve a la tierra.

Recordé el cadáver de Ezequiel y la horrible experiencia que pasé cuando lo vi con el miembro cercenado y sin testículos. Los machetazos que le dieron fueron terribles y les faltó cuerpo para descargar toda su furia. Hice un poco de saliva, pero no pude hacerla pasar por mi garganta.

—Ayúdeme —agregó el viejo Ezequiel—; usted es hombre y, entonces, entenderá que no puedo sepultarlo así como me lo dejaron.

—Lo ayudaré —dije y sólo después de pronunciar esas palabras pude tragar un poco de saliva.

—Gracias —dijo el viejo Ezequiel y enseguida batió palmas y salió su mujer—. Rosa María; atiéndelos que deben traer hambre.

El viejo Ezequiel no dijo nada más. Cipriano, Fortunato y yo pasamos a la cocina. Ahí me empiné un jarrito de café, mientras trataba de ordenar mis pensamientos para saber cómo proceder.

—¡Ahora sí me la puso dura doña Lucha! —exclamé sin saber porqué.

—Espero que no sea la última vez, sobrino —dijo Cipriano, y a continuación, los hombres y las mujeres que nos rodeaban

comenzaron a reír. Yo los acompañé en su alegría. En ese lugar las risas tenían un valor demasiado real, sobre todo porque no era sencillo soltarlas en medio de la tragedia.

CAPÍTULO CUARTO

Donde se dice que un conflicto es un enfrentamiento de fuerzas pero Eddy piensa que es puro merequetengue y descontón.

Tencho no estaba trastornado, pero como era mudo de nacimiento, siempre tuvo problemas para comunicarse y por esa razón le decían *el Loco*. Cuidaba cabras en el monte y andaba siempre husmeando por los sitios más inhóspitos de la serranía. Él fue quién encontró la maleta en un barranco. Luego buscó al viejo Ezequiel para avisarle que había encontrado algo que le pertenecía a su hijo. Observé las manos del loco Tencho y entendí lo mismo que todos los presentes; que andaba en el monte, que algo vio, que a pesar de tallarse los ojos la visión no desapareció, que temblando de miedo se acercó al lugar, que brincó para atrás cuando vio la maleta, que corrió y corrió hasta llegar a la casa del viejo Ezequiel y que luego tuvo que llevarlos, desvelados y crudos, al sitio donde encontró la maleta.

Comencé a buscar a los asesinos de Ezequiel en el mismo sitio donde sus familiares lo habían dejado. Su madre y las demás mujeres que lo acompañaron a la camioneta. La camioneta se estacionaba en la plaza y esa madrugada la neblina estuvo demasiado densa. La camioneta que subía y bajaba de Zotaco

pertenecía a Rosendo y siempre llevaba un acompañante para que le echara aguas con los voladeros.

—Tiene una casa allá por la loma —me dijo Cipriano— y un gran terreno donde estaciona su camioneta.

—Tenemos que hablar con él —le dije, y salimos para interrogarlo.

—Les aseguro que dejamos a Ezequiel en la carretera. No supimos qué pasó después. Siempre nos regresamos con los pasajeros que encontramos en el Crucero de la soledad. Nunca esperamos a nadie porque se nos hace tarde.

—Mire, Rosendo, usted y yo sabemos que Ezequiel nunca llegó a la carretera —le dije con certeza.

Rosendo, el dueño de la camioneta, se quedó sorprendido con mi aseveración. Cipriano también se quedó boquiabierto, pues estaba acostumbrado a que sólo me expresara con frases breves.

—¿Por qué dice eso? —tartamudeó Rosendo.

—Alguien lo vio bajar de la camioneta antes de llegar a la carretera.

—¡Eso es mentira! —argumentó Rosendo, pero su voz comenzaba a flaquear.

—Será mejor que diga la verdad, así se evitará muchos problemas. Si quiere líos con la autoridad, los tendrá. A la ley no le gustan las mentiras ni los mentirosos.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Rosendo y giró la cabeza para mirar a Cipriano, que permanecía en actitud serena pero decidida.

—Estoy diciendo que soy detective y que estoy aquí para llevar a los asesinos ante la justicia. Usted sabe parte de la historia y, si no quiere verse involucrado, será mejor que me cuente la verdad.

Cipriano cruzó los brazos con algo de contrariedad, pero no dijo ni media palabra. Yo seguí hablando de corridito y con bastante propiedad, mientras Rosendo parecía estar parado sobre las brasas de una hoguera.

—Está bien; le diré lo que sé —dijo Rosendo mirando a Cipriano en busca de ayuda—. Tú sabes que soy hombre de buena ley; no me gusta la maldad ni las cosas chuecas. Tú lo sabes, Cipriano; por eso trabajo con el diputado, porque soy hombre de confianza.

Rosendo contó que esa mañana salió del pueblo en su camioneta. Más adelante, ya sobre el camino, le hicieron la parada varias personas y como era su negocio las fue subiendo. Nunca supo cuántos ni quiénes eran, pues la neblina estaba espesa, pero en ese camino sólo aparece gente conocida. No pasó mucho tiempo, cuando Ezequiel le pidió la parada. Rosendo detuvo la camioneta y el pasajero le dijo a gritos que se regresaría a seguir la fiesta.

—Se bajó con alguien —dijo Rosendo—; y juntos se regresaron al pueblo. Usted sabe quién lo acompañó, ¿verdad?

La pregunta era para mí, pero no respondí nada, para que Rosendo siguiera hablando.

—Luego hice mi recorrido normal. Subí y bajé personas a todo lo largo del camino. No recuerdo cuántas personas subieron a la camioneta esa mañana y tampoco recuerdo cuántas personas regresaron a Zotaco.

—¿Por qué no contaste eso antes? —preguntó Cipriano.

—No quería líos con la ley —dijo Rosendo—. Pero, se los digo a ustedes porque no quiero perder mi tranquilidad.

—A lo mejor sabe un poco más. Pero, si no quiere contar nada más, así dejaremos este asunto —fue todo lo que dije y comencé a retirarme.

Cipriano me siguió con la cara de acero y con las manos crispadas de tanta furia, que tuvo que meterlas dentro de las bolsas del pantalón para no estrangular a nadie. Sólo pudimos hablar cuando salimos de la casa de Rosendo.

—El muy desgraciado nos engañó —dijo mientras sacaba sus manos—. ¿Cómo supiste que Ezequiel no había llegado a la carretera?

—He visto la carretera por donde circula la camioneta. Gracias a sus pláticas tengo ubicado el barranco donde encontraron al muerto. Usted y yo hicimos más de ocho horas de camino. La camioneta puede recorrer fácilmente ese trayecto en tres horas, para circular sin peligro de desbarrancarse. Esa mañana Ezequiel salió del pueblo, como dicen las mujeres, mientras ustedes dormían. Ellas lo acompañaron y no vieron a nadie en la camioneta. Entonces, seguro que las primeras personas que subieron más adelante fueron dos individuos. Usted sabe mejor que no abundan tantos caminantes por esa brecha. Entonces...

Detuve mi teoría y observé a Cipriano para ver si traía atravesado el guaje de mezcal. Ahora más que nunca, me apetecía un buen trago. Al parecer nunca dejaba esa anforita natural y, como en mis ojos se veía mi petición, me lo entregó en silencio. Después de beber, seguí narrando lo que imaginaba que sucedió esa mañana.

—Entonces, esas dos personas que subieron por el camino del pueblo, no sé a qué distancia, pero seguramente antes del barranco, agarraron a Ezequiel y lo arrojaron por el camino. Luego se bajaron para rematarlo, porque podía darse el caso de que sólo hubiera quedado mal herido. Así que tuvieron que abandonar la camioneta antes de que alguien los reconociera. Es fácil suponer que uno de ellos tomó la maleta de Ezequiel y

se hizo pasar por él. El otro asesino inventó el cuento de que lo acompañaba de regreso a la fiesta.

—¿Cómo sabes que fueron dos hombres? —preguntó Cipriano, y antes de escuchar la respuesta, levanté el guaje de mezcal y bebí un buen trago.

—Yo vi a Ezequiel una sola vez, cuando pasó a despedirse de Lucha. Era un hombre de mediana estatura, pero robusto. Un solo hombre no podía cargarlo y menos si estaba ebrio. Se necesitaban dos hombres para arrojarlo de la camioneta y, sobre todo, para que no cayera sobre el camino sino directo al barranco. Además, Rosendo acaba de decirnos que Ezequiel se bajó acompañado y para mí esos son los asesinos. Por eso le aseguré al chofer que Ezequiel no había llegado a la carretera y que teníamos a un testigo. Aunque es posible que Rosendo realmente no los haya reconocido.

—Entonces, ¿comenzamos bien, sobrino?

—Comenzamos bien. Ahora sabemos que dos hombres lo mataron y tenemos qué averiguar quiénes son. Pero, luego falta lo más complicado.

—No me diga, sobrino.

—Se lo tengo que decir, porque detrás de ellos está el verdadero asesino, alguien que quería pruebas de su muerte. De lo contrario, no hubieran regresado a rematarlo ni lo hubieran castrado. Por eso digo que nos falta descubrir lo más cabrón.

—También está cabrón regresar al pueblo —me dijo Cipriano.

Ambos detuvimos la marcha. Frente a nosotros se estaba elevando la neblina y no podíamos avanzar con seguridad. Vámonos paso a pasito, para no tropezar con las piedras, dijo Cipriano. Muchas personas se han muerto de una caída, agregó. Yo avancé guiado por su voz, pero en realidad no me

preocupaban las piedras ni los hoyos del camino. Mi verdadera preocupación era dar con los asesinos y con el autor intelectual de la muerte de Ezequiel.

Mientras caminaba entre la niebla, me sentí irremediablemente solo y perdido. Como aquella vez que desperté en el asiento del autobús y el Cacahuatito de Oro me hizo la vida de cuadritos. Aquella ocasión traté de hacerme el dormido, pero la solución no duró mucho. Los pasajeros armaron un verdadero escándalo y se lanzaban gritos y amenazas a granel. Voy a hacer que te tragues tu propia sangre, decía alguien. Luego continuaba otra voz: No sea tan abusivo; póngase con uno de su tamaño. ¿Qué pasa allá atrás? Preguntó el cobrador asomándose por encima de los pasajeros que estaban en el pasillo.

—¡A ver, cabrones, se calman o los bajo a todos! —gritó el chofer.

—¡A la que bajaremos es a tu madre, por apestosa! —contestó una voz.

—¡Tienes razón! —dijo otra voz—. ¡Tenemos que bajar al culpable!

Ante las mentadas de madre que circulaba de un extremo a otro del pasillo, al chofer se le agotó la paciencia. Se escuchó el rechinido de las llantas y el autobús se detuvo bruscamente. Hasta los que iban dormidos lanzaron un grito de pavor, pues pensaron que terminarían hechos pomada y que los sacarían entre fierros y sangre. Afortunadamente ninguno de sus temores se realizó, pues el chofer sólo frenó para asustarlos.

—¿Se calman o nos lleva a todos la chingada?

—¡Tas loco, chofer!, para qué arriesgas nuestras vidas.

—Para que se calmen los monos de allá atrás.

Se hizo un silencio en el autobús y los que estaban en el fondo del pasillo, lugar del escándalo, nada más se miraron para

ver quién aclaraba las cosas. Los presentes comprendieron que era el momento de utilizar el diálogo.

—Está bien; hablemos —dijo una voz demostrando que contaba con el don del habla.

—Hablemos —reforzó el cobrador y se dirigió al fondo del pasillo.

Pasó brincando con su pequeña humanidad por entre los pasajeros y sujetándose de la orilla del portaequipaje. Cuando llegó al sitio de los empujones, algunas personas se levantaron de sus asientos para ver quiénes eran los desmadrozos. Mientras las cosas se aclaraban, yo me la pasé como los conejos; nada más parando oreja, no crean que comiendo zanahorias.

—Yo venía muy tranquila —dijo alguien—, cuando este señor comenzó a darme de codazos. Está grandulón; pero no tiene derecho de empujarme.

—Yo sólo le pedí que se retirara un poco, porque huele a rayos.

—Y ¿eso qué? Usted huele a chivo y ni quién diga nada. Nada más alza los brazos y queda libre al aletazo de la muerte.

—Mi sudor es muy penetrante, no lo niego; pero usted huele a caca.

—Su madre es la que huele a mierda; porque cuando zurra no se limpia el culo... ¡Viejo desgraciado!

Al instante se olvidaron del diálogo y reaparecieron los golpes. El chofer conocía el antídoto y los asustó con una volcadura. Afortunadamente sólo soltó el aire de los frenos y ese ruido fue suficiente para que las cosas se calmaran de nuevo. En ese momento vi que le dieron varios manazos al cobrador, pues el chaparrito se había colocado entre dos fuegos: un grandulón y un tipo mediano que tiraba unos zarpazos sin consideración al prójimo. El cobrador se hizo a un lado antes

de que lo zarandearan por completo y los dos tipos siguieron discutiendo.

—Tú eres el cagón —decía el grandulón.

—Me quieres cargar el muerto —decía el tipo mediano—
¿Por qué no me dejas revisarte?

—Primero vas y revisas a tu madre —le respondió el grandulón.

Como los manazos tampoco fueron suficientes para entenderse, se abalanzaron uno sobre el otro con el dedo por delante. Los dos contrincantes trataban de atinarse, pero ambos tenían un trasero muy flexible y sólo se tentaleaban un poco. Se protegían las nalgas con las manos, luego se retiraban un poco o se agachaban para no ser tocados. El cobrador no quiso detener los embates de los tipos que deseaban medirse la melcocha. Inclusive alentó la pelea y aprovechó la ocasión para cobrarse los madrazos que le habían colocado antes.

—No puedes conmigo —dijo el grandulón haciendo una pausa.

—Ni tú tampoco —contestó el tipo mediano, enseñándole el dedo medio de la mano derecha.

Los dos adversarios se dieron un descanso antes de emprender un nuevo ataque, pero no dejaban de transpirar leperadas. El cobrador aprovechó el momento de paz y se le ocurrió decir: Ahora sí vamos a hablar. Y ¡rájale! El grandulón y el mediano le colocaron un golpazo al mismo tiempo. Nada más se oyó ¡crac! Y el chaparrito se desmayó. Una señora gorda gritó: ¡Pinches abusivos! ¡Él no les hacía nada! Pero no tenía razón, porque los dos contrincantes no se olvidaron de los chingadazos que el chaparrito les colocó momentos antes. Mientras el cobrador andaba visitando a las estrellas, el chofer decidió poner un hasta aquí. Detuvo el autobús en la orilla de la carretera y luego

se abrió paso entre la concurrencia para tratar de auxiliar a su compañero, quien seguía perdido en la estratósfera.

—Si no despierta pronto; los bajo a todos para que se vayan a patín.

—No está dormido —dijo una señora—. Está noqueado; esos dos aprovechados se lo ejecutaron al mismo tiempo.

—Pues, entonces; los voy a bajar a los dos.

—¡Ah, chingá! —protestó el grandulón—. Yo no tengo nada que ver. El culpable del merequetengue es el cagón.

—¿De modo que hay un cagón en el autobús? —preguntó el chofer y, antes de que recibiera la respuesta, exclamó—: ¡Con razón huele tan mal! Con esa pestilencia no se puede viajar. Y, como mi ayudante está desmayado, de una vez les digo que el culpable la pasará muy mal.

CAPÍTULO QUINTO

Donde Eddy hace una pausa, porque todo huele muy mal, mientras algunos personajes se dirigen a su funeral.

El culpable la pasará muy mal, fue lo que dijo también el viejo Ezequiel. Cipriano y yo habíamos regresado de hablar con Rosendo. La familia se enteró de los avances de la investigación y el primero en festejarlo fue el padre del difunto.

—Mi sobrina Lucha lo envió —dijo—, porque es usted un chingón y sólo un tipo como usted puede ser mi sobrino.

Habló un poco más de la cuenta, y sus familiares lo dejaron en libertad, porque desde que recogieron el cuerpo de Ezequiel, el viejo estaba como muerto en vida. Luego, ante el pueblo, fingieron que lo sepultaban, pero en realidad ocultaron el cuerpo en la cueva con la esperanza de enterrarlo completo.

—No le hace —agregó el viejo Ezequiel—, que para recuperar sus testículos, tengan que morir unos cuantos Zotaqueños.

—No tiene que morir nadie —dije y les propuse un plan de acción.

Como la familia completa estaba interesada en resolver el caso, todos comenzaron a trabajar. El primer objetivo consistía en averiguar quiénes vivían a 15 o 30 minutos

del pueblo, haciendo el viaje en vehículo. Las personas que habitaran esas rancherías cercanas a la brecha que bajaba a la carretera, podrían estar relacionadas con los asesinos de Ezequiel, porque en ese tramo del trayecto se subieron a la camioneta. Comenzaron a mencionar personas y lugares y al final se quedaron con un hombre que dejó enmudecida a la familia. Se trataba de Felipe Cruz, también conocido como el Sardo; un desertor del ejército. Desde algunos años atrás, las habladas de la gente le achacaban varios difuntos en el valle y también en la serranía. Hasta la fecha, nadie lo había acusado de nada, pero las caras de Cipriano y del viejo Ezequiel confirmaban su culpabilidad.

—Ahora sólo nos resta investigarlo —dije y, al ver que la mirada del viejo Ezequiel adquiría el brillo de la venganza, agregué—: Tendremos que hacerlo con mucho cuidado, para ponerlo en manos de las autoridades.

Cipriano me tranquilizó cuando me dijo que su hermano era impulsivo, pero que también le gustaba llevar las cosas en calma. Le gusta cabalgar montado en la burra y con la rienda en la mano, nunca camina cuando sólo tiene los pelos del animal entre los dedos. Sin embargo, esas palabras se las llevó el viento. Los sobrinos Fortunato y José María iniciaron la vigilancia en los alrededores del rancho de Felipe Cruz, *el Sardo*, para ver sus movimientos. Al día siguiente, hicimos lo mismo Cipriano y yo, pero no descubrimos nada. Al tercer día de vigilancia, el viejo Ezequiel se metió a la cantina del pueblo y cuando salió con sus mezcales bien servidos, se vino gritando por las calles que ya estaban por caer los culpables de la muerte de su hijo y que era cuestión de tiempo para llevarlos a la cárcel. Mi sobrino Lucho es un policía muy chingón, decía a gritos y cuando por fin lograron apaciguarlo, ya todos en el

pueblo sabían que yo era un investigador privado y que buscaba a los asesinos de Ezequiel.

—Lo siento —dijo Cipriano—; mi hermano regó el tepache... Ahora tenemos que cuidarte para que no te vayan a cazar a ti también. Hasta hemos pensado que será mejor que te vayas del pueblo. Ya demostraste que eres un buen sobrino y, si no encontramos a los asesinos, cuando menos enterraremos a Ezequiel.

—No vine sólo a enterrar a un muerto —le dije—: Lucha me encargó dar con los asesinos de su primo y eso haré.

—Pero no queremos que arriesgues la vida: aquí las amenazas siempre se cumplen o la gente se muere en el intento. Ahora ya saben que estamos buscándolos y ellos también estarán sobre nosotros.

—Eso es lo que esperaba, por eso le revelé mi identidad a Rosendo, para que se enteraran los asesinos. Sólo que ahora se enteró todo el pueblo, pero no importa. Mañana en la noche, usted y yo iremos a vigilar el rancho de Felipe Cruz y pronto averiguaremos algo.

Cipriano no pudo negarse y al día siguiente salimos entre la oscuridad para relevar a José María y a Fortunato, que vigilaban el rancho del Sardo. Intercambiamos posiciones en el punto acordado y nos quedamos con las escopetas, por si hacía falta soltar unos cuantos disparos. Luego nos cayó la noche y, entonces, comprendí que esa vigilancia era absurda y temeraria. Hacía un frío intenso y la neblina que bajaba de la sierra, no permitía ver ni siquiera el corral de la casa. Vamos a quedarnos hasta que cante un gallo, me dijo Cipriano. Ahora es más peligroso regresar al pueblo. Vamos a separarnos para vigilar mejor y cuando cante el primer gallo, nos reunimos en este mismo sitio. Mientras, uno caminaba y se metía debajo de unos

arbustos y otro de nosotros se replegaba sobre unas piedras. De pronto ya no sabíamos qué distancia nos separaba. El frío de la noche y la neblina nos tragó por completo.

Horas después, al escuchar el canto lejano de un gallo, Cipriano salió de los arbustos y se dirigió al punto acordado. No esperó mucho tiempo en el lugar para saber que yo no llegaría. Cuando hay desgracias hasta la neblina huele mal, se dijo y comenzó su regreso a casa. Se pasaba la escopeta de un hombre al otro, mientras se preguntaba cómo proceder. Estoy peor que mi hermano, se decía; nomás me quedé con la ilusión de escuchar algún movimiento, pero el asesino es más silencioso que una serpiente. Tenía razón, ni yo mismo me di cuenta cuando me descontaron y me secuestraron.

En aquella ocasión Cipriano terminó omnibulado y experimenté lo mismo cuando estuve a merced del Cacahuatito de Oro. Hasta ese momento todos hablaban sobre malos olores y sobre un cagón que andaba suelto en el autobús. Pero el grandulón y el mediano eran los únicos que se acusaban y los demás sólo trataban de descubrir quién de los dos era el culpable.

—La verdad que apesta retefeo —exclamó un viejito—. Hasta parece que la tengo aquí cerquita; casi pegada a la nariz, como quien dice estacionada en el bigote. ¡Qué cochinada, verdad de Dios!

El responsable de ese hedor y de la bronca entre el grandulón y el mediano, además del descontón que le pusieron al cobrador, estaba condenado a pasarla mal. Los pasajeros tampoco olvidaban que, por su culpa, el chofer dio un enfrenón y que les habían puesto un buen susto.

—Bajaremos al culpable para que no contamine el aire que respiramos y, como justo castigo, dejaremos que se vaya a patín.

El cobrador abrió los ojos mientras el chofer le daba unas palmaditas. La señora que metía su cuchara en todo, dio gracias al cielo cuando se recobró.

—¿Cómo se siente, criatura del Señor?

El cobrador comenzó a incorporarse entre los brazos del chofer. Después de hacer un gesto de malestar, soltó la primera idea que se le vino a la mente.

—¡Me siento de la chingada! —exclamó el chaparrito y, para impresionar a los mirones, hizo como si se le doblaran las piernas.

—¿Por qué no se sienta tantito? —agregó la señora metichona tomando al niño lagañoso que llevaba sentado junto a la ventanilla y lo puso en sus piernas.

—¡No, señora; no quiero sentarme! —contestó el cobrador mientras era apapachado por el chofer—. ¿No ve que huele feo?

—¡Entonces, jódase! —dijo la señora al ver que no aceptaban su ayuda—. Desperté a mi chamaquito para dejarle el lugar y usted me dice que huelo mal.

—Usted no, señora —aclaró el chofer que seguía haciéndole cuchi—cuchi al cobrador—: Carmelo dice que el autobús huele a caca.

—El cagón ha causado demasiados problemas —dijo el grandulón—. Averigüemos quién es y luego lo bajamos del autobús.

—Estoy de acuerdo —sentenció el chofer—. Ya perdimos mucho tiempo y luego se quejan de que no brindamos buen servicio. Este señor —dijo señalando al grandulón—; revisará a los caballeros y que una dama revise a las mujeres.

—La dama puedo ser yo —dijo la señora que no dejaba de meter su cuchara en todo—. Claro, siempre y cuando las mujeres no se opongán.

—Si alguien se opone, aunque no sea el culpable; también lo bajo. No voy a permitir que sigan contaminando la unidad.

El chofer dejó en claro su postura y, como todos lo vieron tan decidido, guardaron silencio. Los pasajeros serían revisados para descubrir la fuente del mal olor y fue en ese momento cuando me puse de pie para inmiscuirme en el asunto y encontrar la solución.

CAPÍTULO SEXTO

Donde se resalta el papel del protagonista dentro de la acción, y donde el detective se presenta como Eddy Tennis Boy

En aquella ocasión me puse de pie y todos me prestaron atención. Pero, ahora intenté pararme y no pude porque tenía los tobillos amarrados. Quise apoyarme en el suelo y también tenía las manos amarradas. Apenas pude sentarme y en ese momento sentí una fuerte punzada entre el ojo derecho y la frente. Recordé entonces que durante mi vigilancia escuché un ruido muy cerca y cuando giré para ver quién se acercaba, un leño se estrelló contra mi cabeza. Ahora estaba aturrido y no sabía dónde me encontraba. Claro, la escopeta había desaparecido.

—¡Hay que tener güevos! —dijo una voz—. ¿Querías ganarte un buen billete y, con el paso del tiempo, tener tu propio rancho? Pues, entonces, agárrate las bolas y haz lo que tienes que hacer.

—Pero, ya serán dos muertos y no sé si mi conciencia pueda con eso —dijo otra voz.

—¿Ves este brazo? Cada tatuaje es un fulano que adelanté en su camino al más allá. Incluso despaché a dos mujeres. Decide: ¿lo terminas tú o lo termino yo?

—Ni hablar, Sardo: yo me lo echo; sirve que hago méritos en este oficio.

—Eso es lo que cuenta. Además, Ezequiel murió contento y este ciudadano nos está pidiendo que lo matemos en la sierra. Por eso vino, para que se lo tragaran los zopilotes de estas tierras. ¿Entonces?

—Estamos, lo despacho y no dejo ningún rastro.

El diálogo cesó y escuché que alguien se acercaba. Traté de fingir que estaba inconsciente a causa del garrotazo, pero no me duró mucho la gracia. Un par de patadas en las costillas me sacaron de mi actuación.

—¡Levántate, cabrón! —junto con el grito me puso otra patada.

—Ya voy —dije— y, aunque no podía pararme, me levanté un poco.

—Te soltaré un poco el lazo, para que camines. No pienso cargarte otra vez; pesas más que un cerdo.

El hombre me aflojó el mecate de las piernas y entonces tuve la intención de patearlo. Pero, tenía todas las de perder, pues estaba armado y si no lo pateaba con precisión, sólo adelantaría el momento de mi muerte. Comenzamos a caminar a paso lento. Él iba revisando algunos agujeros en el monte, para no tener que cavar una tumba. Afortunadamente para mí, los primeros agujeros que encontramos eran muy estrechos.

—¿Por qué dijo el Sardo que Ezequiel murió contento?

El hombre que me encaminaba a la muerte esbozó una sonrisa, pero no me contestó. Siguió caminando por entre el monte buscando el sitio exacto para arrojarme, sin tener que hacer otra cosa más que dispararme y echarme un poco de tierra encima. Seguramente me ponía pálido cada que el asesino

se acercaba a un agujero, pero no podía hacer nada, salvo ir levantando alguna piedra enterrada en el camino o quebrando alguna rama, con la remota esperanza de que alguien encontrara esos rastros. Afortunadamente mis piernas maniatadas y el lazo con que me sujetaba las manos, me permitían ir dejando esas huellas en el monte.

Yo era consciente de que no podía hacer nada para salvarme. Cuando tuve que enfrentarme con el Cacahuatito de Oro, mi situación era muy diferente. Ahora mis sentidos estaban adormecidos y el asesino seguía buscando huecos en la tierra para ocultarme, después de matarme.

En aquella ocasión, cuando el grandulón y la señora metiche estaban por inspeccionar a los pasajeros, sí pude ponerme en acción.

—¡Un momento, señores! —exclamé desde el asiento.

Todos me pusieron atención, aunque no por mi llamado, sino porque al levantarme del asiento, mi cabeza se estrelló contra la reja del portaequipajes y el impacto fue tremendo. Así que todos voltearon para descubrir quién se había dado tamaño chingadazo.

—¡Ya salió el peine! —sentenció el grandulón—. Si usted se hubiera delatado, no habiéramos perdido tanto tiempo.

Tragué saliva y, antes de contestarle al grandulón, me sobé tratando de disimular el golpe que me había puesto en la tatema.

—¿De modo que usted es el cagón? —dijo el viejito que viajaba a mi lado y se replegó en el asiento después de taparse la nariz—. Con razón me parecía tener el mal olor estacionado en los bigotes —alcanzó a murmurar.

—¿Qué espera para bajarse del camión? —dijo el chofer.

—No se adelante a los hechos, amigo —respondí tratando de dominar la situación—. Antes quiero decirles algo.

—Ahórrese sus palabras —dijo el grandulón disgustado, pues acababa de perder la oportunidad de revisar unos cuantos fundillos—. Ya no queremos perder más tiempo.

—Tienen que dejarme hablar.

—¿Quién es usted? —preguntó el chofer, pensando que se trataba de un inspector de Salubridad, pues mi gabardina apan-tallaba a la concurrencia.

Las miradas se concentraron en mí, así que me puse en acción con gran estilacho; metí la mano derecha a la gabardina y saqué las tarjetas de presentación para entregarle una al chofer. Al abrir la gabardina unos cuantos distinguieron la pistola que llevaba y entre codazos se corrió la voz de que iba armado. Era un revólver de salva, calibre 22, pero, como nadie lo sabía, todos lo miraron con respeto. Mientras, el chofer leía los datos de la tarjeta, yo mismo me presenté ante los pasajeros.

—Me llamo Eddy Tennis Boy y soy detective privado. Me gradué con las más altas calificaciones de mi generación, en el Instituto de Técnicas Policiales de la Academia Latinoamericana de Profesiones Remunerativas.

Ya no fue necesario agregar nada más, pues el chofer afirmaba con la cabeza mis palabras y eso bastó para convencer a los pasajeros de que me escucharan.

—Muy bien, señor; diga lo que tenga que decir sobre el problema que nos aqueja.

—Ustedes saben que los detectives están capacitados para resolver casos difíciles. Este accidente tiene mucho que ver con aquellos crímenes que se cometen en cuartos cerrados y donde, a simple vista, nadie pudo entrar ni salir. Por eso me resultó muy fácil saber quién era el cagón del autobús.

—¿Usted sabe quién es el culpable?

—Lo supe desde un principio. Pues, me recordó un caso llamado *El misterio del cuarto amarillo*, de Gastón Leroux, incluso antes de que ustedes percibieran el olor. Pero, no quisiera revelarles su identidad.

—Seguro quiere cobrarnos por su información —dijo el cobrador—. Eso hacen los detectives. ¿Verdad?

—No es cuestión de dinero. La persona que se zurró en el camión también me perjudica, pero antes debo proteger la integridad del ser humano.

—¿Y quién nos protege a nosotros del apestoso? —preguntó el grandulón.

—En este momento no necesitamos saber quién es el apestoso, lo que importa es librarnos del mal olor. Pero, para lograrlo, no debemos avergonzar a nadie y mucho menos molestar a las damas.

—Entonces, ¿qué propone?

—Primero debemos comprender que en estas fiestas decembrinas, siempre comemos infinidad de cosas. Debido a tantos alimentos que nos convidan en las posadas, todos estamos propensos a tener una desgracia en el momento más inoportuno. Esta noche alguien sufrió un corto circuito en su estómago y debemos brindarle unos minutos para que se libere de su carga. Si estuviéramos en su caso, no nos gustaría que nadie nos pusiera en evidencia.

Todas las personas del autobús estuvieron de acuerdo y accedieron a darle una oportunidad al cochín para que quedara limpio de toda culpa, pues así demostraban su espíritu navideño.

—Está bien: le daremos tiempo al cagón. Pero ¿cómo piensa solucionar el asunto? —preguntó el chofer.

—Se me ocurre lo siguiente. Primero: abriremos las ventanillas para que se ventile el autobús. Segundo: todos los pasajeros

bajaremos de la unidad para respirar aire puro. Tercero: nos reuniremos alrededor del camión, con la firme promesa de no abrir los ojos. Cuarto: con los ojos cerrados y tocando la unidad, le daremos tres vueltas al autobús. Así le brindaremos tiempo suficiente para que el culpable se redima.

—Oiga, detective —dijo el grandulón—, si permanecemos con los ojos cerrados en este sitio, puede ser muy peligroso.

—No se preocupen. Yo tendré los ojos abiertos. En caso de que exista algún peligro, daré la voz de alerta. No creo que haya ningún problema. La persona que necesite alejarse, sólo alzará la mano y yo lo llevaré al monte para que se desprenda de la suciedad.

—¿Qué esperamos? —dijo el chofer—. Comencemos con la función.

El chofer abrió la puerta del autobús, mientras los demás pasajeros abrían las ventanillas. Enseguida los pasajeros comenzaron a descender a la carretera. Unos estiraban las piernas y otros llenaban de aire los pulmones. Estábamos detenidos frente a un sembradío de maíz.

—Daremos una vuelta para reconocer el terreno. Irán con una mano pegada al camión y con los ojos cerrados. La única persona que puede abrir los ojos es la que se encuentra en apuros. Los demás seguirán caminando. Daremos tres vueltas a partir de la puerta y, si alguien más desea retirarse del autobús, tendrán que levantar la mano, y entonces, yo lo acompañaré a la orilla del sembradío. Después se reintegrará a su sitio. Cuando la maniobra concluya, daré la orden para abrir los ojos. Comiencen a caminar —les dije con autoridad.

—No dejes de caminar —me ordenaron en esta ocasión.

Seguía rompiendo ramas y levantando algunas piedras a mi paso, con la esperanza de que alguien siguiera mis huellas. En

el autobús yo daba las órdenes, pero ahora las recibía y, como mi vida estaba en peligro, no resultaba sencillo obedecerlas.

—Ezequiel sí murió contento —dijo el asesino que jalaba la cuerda.

Percibí sus ganas de hablar, como si fuera mejor romper el silencio que mantenerse callado, porque el tiempo iba pasando y no encontraba un agujero suficientemente grande para ejecutarme. No podía dispararme en pleno monte, porque las autoridades podrían iniciar otra investigación y podían ligar mi muerte con la de Ezequiel. Por eso tenía que ocultarme lo mejor que pudiera.

—Esa madrugada lo encontramos solo y muy confiado —dijo el asesino—. Rosendo nos ayudó un poco. Cuando abordamos la unidad, sólo comprobamos algunas cosas. ¿Ya te vas del pueblo, Ezequiel? Ya me marchó, dijo. ¿Por qué tan pronto si apenas vienes llegando? Le preguntó el Sardo. ¿Ya no te gusta el pueblo? Le pregunté yo. Ahora me gusta más que antes, dijo Ezequiel y se sonrió. A nosotros no tanto, porque nos ha ido mal con las cosechas de café, se la hizo chillona el Sardo. Hay otros cultivos que pueden sacarnos de pobres, dijo Ezequiel, y agregó: algo han de saber. No, no sabemos nada, dijo el Sardo. Sólo espero que no sea nada relacionado con las drogas, dije yo. Yo tampoco me meto en esas cosas, dijo Ezequiel. Luego comenzó a platicar algo que ya sabíamos, pues, por esa razón nos mandaron matarlo. Nos contó cómo llegaron las camionetas de Chabelo a la bodega de Cipriano. Eran 10 y seguro pensaban echar cinco viajes de la sierra hasta el valle, pero que así como llegaron, así de vacías se regresaron. ¿Y saben por qué? Nos preguntó Ezequiel. No, no sabemos, dijo el Sardo. La cosecha fue mala, dije yo; apenas levanté unos cuantos costales de café. Están equivocados, dijo Ezequiel mientras seguía

recargado en las redilas de la camioneta. Hace dos años les pedí a mis familiares que dejaran de cosechar café, pues los precios iban a la baja. Entonces, les recomendé que sembraran vainilla. Yo mismo se las compro a buen precio, pues sé dónde venderla y ganan mucho más que sembrando café. Ellos aceptaron la propuesta y por eso abandonaron la cosecha de café. Ahora ya saben que se puede hacer buen negocio con la vainilla. Yo invertí mi dinero y mis ganancias y junto con otros paisanos hemos financiando a otra gente, por eso las camionetas de Chabelo se regresaron vacías. Ahora sí me lo chingué de cabo a rabo, dijo Ezequiel con la risa más amplia que le haya visto. Se los cuento, por si quieren entrarle al negocio, sólo ténganme confianza y habrá dinero para todos. Confianza te tenemos, dijo el Sardo. Y tú, ¿qué dices Martincillo?, me preguntó Ezequiel y entonces vi las señales del Sardo. Le entendí perfectamente, porque nos habían pagado para matarlo por las mismas razones que Ezequiel acababa de confesar. El Sardo se puso de pie y le dijo: acabamos de cerrar un trato y bien merece la pena que nos demos un abrazo. Yo también me puse de pie y enseguida se paró Ezequiel. Venga ese abrazo, dijo el borrachín y agregó: ustedes también me ayudarán a chingar a Chabelo, pues durante años se ha hecho rico con nuestro café. En ese momento nos abrazamos y, entonces, lo agarramos y... Todo salió a pedir de boca, porque estábamos pasando por un barranco y lo llevamos a la orilla. Todavía andaba borracho y no paraba de reírse por las camionetas que se regresaron vacías. Por eso murió feliz, porque, cuando lo aventamos de la camioneta, todavía se escuchaba su risa hasta que se desbarató al caer entre las rocas.

Ahora sabía que el asesino se llamaba Martincillo y después de contar los últimos instantes de la vida de Ezequiel, se quedó callado, como liberado de su participación en el crimen.

Ahora conocía muchas cosas sobre el asesinato y también en esa historia estaba incluida mi muerte para que esos sucesos siguieran ocultos. Por eso el Sardo le ordenó a Martincillo que me matara y que me ocultara lo mejor que pudiera.

—Este agujero está bien —dijo y con un pie arrojó tierra al hoyo y esta se deslizó varios metros hacia abajo—. Métete ahí.

—No voy a entrar —dije con angustia.

—Claro que sí —dijo Martincillo y me apuntó con la pistola. Tuve que obedecerlo y pronto llegué al fondo del hoyo. Mi cabeza quedaba un metro mas abajo y, como todavía estaba amarrado, me cayó encima el lazo con que me sujetaba.

—Tú no eres asesino —le dije—; sólo acompañaste a Felipe Cruz y pronto terminará en la cárcel. Si no quieres acompañarlo, será mejor que no dispares.

—Tienes razón; no soy un asesino, pero quiero serlo —dijo Martincillo.

Siguió sujetando la pistola con sus dos manos. Luego cerró los ojos y jaló el gatillo. Yo escuché los disparos y enseguida todo se ensordeció. Ni siquiera pude moverme, como lo hacían los pasajeros que caminaban a ciegas alrededor del autobús. Aquella ocasión me retiré de las personas y me acerqué al sembradío. Me cuidé de no chocar con los alambres de púas. Caminé hacia atrás con la gabardina abierta, como si protegiera a alguien. Luego, sin dejar de vigilar a las personas que continuaban girando alrededor del autobús, hice todo lo que tenía que hacer con suma rapidez. Finalmente, regresé a mi sitio de vigilancia. Apenas habían dado una vuelta cuando alguien levantó la mano. Me acerqué y lo retiré de la fila. Enseguida lo llevé a la orilla del sembradío y, después de orinar, lo regresé a la fila protegiéndolo también con la gabardina. Cuando estaba por interrumpir la marcha en torno del autobús, otro pasajero me

pidió ayuda. En fin, realicé tres viajes más y, finalmente, cuando estaban por concluir las tres vueltas, les ordené que abrieran los ojos. Los pasajeros se reunieron en la puerta del autobús y me agradecieron la consideración que tuve para la persona en apuros. Luego subimos al autobús, cerramos las ventanillas y el chofer arrancó.

Ojalá todo fuera tan sencillo para salir de los problemas como pedirle a alguien que abra los ojos, me dije cuando cesaron los disparos. Escuché dos detonaciones y me imaginé con la cabeza perforada. Pero sólo estaba ensordecido y muerto de miedo. Abre los ojos, abre los ojos, me repetía a mí mismo. Si sigues con los ojos cerrados, vas a morir más rápido. Abre los ojos para que no te mueras tan aprisa. Y por fin, lleno de terror, abrí los ojos y en medio del ruido que me dejó sordo, vi el rostro descompuesto del asesino, con la pistola a un costado y maldiciéndose por hablar fallado los tiros a tan corta distancia. Está más asustado que yo y el miedo no lo deja en paz. Martincillo me apuntó nuevamente, pero esta vez no cerró los ojos. Yo tampoco lo hice. Ahora sí te llevó la chingada, dijo y antes de que pudiera disparar, cerró los ojos nuevamente. Esta vez no escuché ningún disparo, sólo sentí que algo enorme me caía encima y pensé lo peor.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Donde vemos cómo sale el peine y aparece la solución y llega el momento de amarrar hilos y de concluir la narración.

Me resultó fácil quitarme ese peso de encima. El viejito con el cual compartía el asiento me pidió disculpas por haber creído que yo era el culpable. El olfato me engañó, dijo: ha de ser por mi avanzada edad, concluyó. Yo lo disculpé enseguida y hasta nos despedimos de mano al llegar a la terminal. La mayoría de los pasajeros habían recogido su equipaje y yo caminaba con mis escasas pertenencias, cuando el grandulón me alcanzó.

—Oiga, amigo, quiero felicitarlo por su labor.

—No tiene por qué.

—Hay que reconocer a las personas que ayudan a los demás. Pero, quisiera hacerle una pregunta.

—No sé si pueda contestarla.

—Sólo quiero decirle que mi curiosidad fue más fuerte que mi promesa de caminar a ciegas, sin embargo, cuando abrí los ojos, sólo usted se desplazaba al sembradío. ¿Cómo le hizo para esconder al cagón?

—Como no podía confiar en la palabra de todos, me las ingeníé para protegerlo.

—¿Ya sabía que alguien abriría los ojos?

—Por supuesto, la curiosidad humana es muy grande. A veces no podemos evitar que nos falle el esfínter, pero tampoco podemos evitar la curiosidad de las personas.

—Y, ¿no puede decirme quién era el culpable?

—De ninguna manera. Para mí este caso está cerrado y en la profesión de detective privado existe algo que se llama ética profesional. Ella nos impide revelar el nombre del culpable a la opinión pública. Salvo que alguna autoridad me lo pidiera, pero no es el caso en este momento.

El grandulón me miró con una cara de pocos amigos y luego siguió su propio camino. Sólo en ese instante me sentí aliviado, porque, cualquier cosa que dijera, podía ser usada en mi contra. Pero, también ahora quería quitarme un peso de encima. Estaba aplastado y con el rostro lleno de tierra. No encontré mejor solución que desmayarme; no por el peso que tenía encima, sino por la angustia y la desesperación.

—Lo demás corre por nuestra cuenta —dijo alguien cuando reaccioné.

La persona que hablaba cerca de mí no era otra más que el tío Cipriano. Yo continuaba en el monte, pero ahora tenía las manos y las piernas libres y me encontraba afuera del agujero. Los papeles se habían invertido; el que estaba en el agujero era Martincillo, el hombre que quiso matarme. Entonces miré a mi alrededor y me encontré a toda la familia del viejo Ezequiel. El patriarca estaba bajo la sombra de un árbol y tenían una gruesa vara en las manos y no dejaba de sacarle punta con una filosa navaja. Cerca de mi cuerpo empolvado estaba el loco Tencho, quien se moría de ganas por narrarme con señas cómo me había salvado la vida. Así fue, ese mudo me salvó el pellejo.

Cipriano había movilizado a todas las personas de su confianza. Unos bajaron al valle y otros más se desperdigaron por la sierra. Todos iban en parejas, y la pareja que creían más torpe, pues estaba formada por una sobrinita de once años y por el loco Tencho, dio con mi rastro. Tencho no tenía voz, pero a cambio contaba con un oído privilegiado. Desde que me despertaron a patadas habían seguido mi rastro. Vieron salir a Felipe Cruz, alias *el Sardo*, del escondite donde me ocultaron. Luego vieron cómo Martincillo me fue llevando a empujones por el monte. Tencho mandó a la niña por ayuda, pues sabía que me iban a matar y él siguió detrás de nosotros hasta el momento en que Martincillo me aventó al agujero.

—Esos agujeros son una bendición en tiempo de lluvias. Brotan como ojos de agua en la sierra y sólo quedan pozos cuando se secan. Suerte que no le metieron un plomazo, ya no lo hubiéramos alcanzado con vida —eso contaba Cipriano—. Total, mi sobrinita fue a buscarnos, mientras el loco Tencho siguió tus pasos. Esperé lo más que pudo, hasta que te arrojaron al hoyo, y nosotros todavía no llegábamos. Luego escuchó cuando te dispararon y si Martincillo no hubiera sido tan torpe, te hubieran perforado cuando menos una nalga. Gracias a Dios, era sólo un aprendiz de asesino y ya no le daremos tiempo para aprender.

—Martincillo ya nos contó cómo arrojaron a mi hijo de la camioneta y también sabemos que el Sardo le mutiló sus partes para llevárselas al que pagó por matarlo...

Sólo cuando escuché al viejo Ezequiel hablar, me convencí de que continuaba circulando por la vida. Hubiera preferido que entregaran a Martincillo y a Felipe Cruz a las autoridades, pues ellos eran los ejecutores, pero detrás estaba Isabel Pérez, también conocido como Chabelo. El mismo hombre que aparecía en las pintas como candidato a presidente municipal, como

candidato a diputado local y que ahora estaba postulado para diputado federal.

—No creo que sea buena la venganza —les dije quitándome un poco del polvo.

—Eso lo dice por Martincillo, ¿verdad? No se preocupe. Pronto le pondremos varias piedras encima para que la lluvia no vaya a desenterrar sus malditos huesos —dijo Fortunato.

—Le haremos lo mismo que pensaba hacerle a usted —dijo Cipriano.

Faltaba el castigo para Felipe Cruz, *el Sardo*, quien había mutilado a Ezequiel y, por lo tanto, él único que sabía dónde estaban sus testículos. Enseguida adiviné lo que le esperaba a Martincillo, pues el viejo Ezequiel se puso de pie y clavó varias veces la lanza en la tierra. Estaba tan afilada que su punta se hundía varios centímetros en el suelo. Si les confesaba el paradero de los genitales que le habían extirpado a su muchacho o si se quedaba callado, de cualquier forma se lo llevarían a una de las cuevas que tanto abundan en la serranía y ahí lo dejarían empalado. Ezequiel también quedaría sepultado en esa cueva donde protegieron su cadáver hasta que se volviera polvo como su madre lo había parido, es decir, con sus testículos bien puestos.

Sólo veía un panorama de venganza y de nuevo se me tambaleaba el sentido de la vida. Unos meses antes llegué a pensar que una decepción de amor me dejaría sumido en la tristeza y que terminaría como todos esos detectives solitarios y sin compañera para circular por la vida. Pero, luego comprendí que nada de esto sucedería. La desilusión que sufrí con Lupita, no era para tanto. Además, no estaba falto de amor. Los momentos en que nos amamos serían una buena herencia para nuestra memoria y nunca jamás le haría caso a la llamada del desamor. Ahora también me sentía apesadumbrado, porque estaba

viendo la venganza en manos de esa gente. Entendía sus razones, pero no compartía su forma de proceder. Sentía que esos castigos me dejarían engarrotado de dolor y no podría circular por la vida tranquilamente, pese a toda la tristeza que ellos habían sufrido.

—Mañana Fortunato y José María lo acompañarán al Crucero de la soledad. Ahí se lo entregarán a mi sobrina Lucha, quien ya está enterada de todo. Ha terminado su trabajo y queremos que regrese con bien a la ciudad.

—Pero, el verdadero culpable es el Isabel Pérez.

—A él nunca podremos probarle nada. Pero, sí podemos negarle nuestro voto —dijo Cipriano—, y debajo de sus palabras había algo más.

—Todavía se siente parte de nuestra gente y pronto vendrá al pueblo a pedirnos el voto y mientras ponen sus canciones y escuchamos sus falsas promesas, pues, quién sabe, a lo mejor una víbora ponzoñosa se le cruza en el camino —dijo el viejo Ezequiel, como si sólo estuviera narrando el futuro—. O a lo mejor su camioneta se va por el voladero.

Escuché al viejo Ezequiel y, aunque estaba en contra, no tuve más remedio que escuchar lo que harían. Al día siguiente, todavía con el cuerpo molido, Cipriano me montó en la mula y comencé a desandar las veredas para volver a la carretera. Fortunato y José María me custodiaron todo el tiempo, hasta que llegamos al Crucero de la soledad. A esas horas no pasaba ningún autobús, pero ya estaba ahí doña Lucha, esperándome con un amplio vestido floreado y la sonrisa de siempre. Estaba esperándome en un taxi a la orilla de la carretera. Abrazó y besó a sus primos y luego mandó besos a sus familiares. También les prometió regresar algún día, cuando las tristezas y los odios estuvieran más apaciguados. Por lo pronto, dijo, debo cuidar a un

enfermito. Los primos montaron en sus caballos y, jalando la mula que me bajó de la sierra, se perdieron en el monte.

Yo me acomodé en el asiento trasero y a mi lado se recostó mi amada oaxaqueña. El taxi era un coche de modelo antiguo, pero circulaba mejor que cualquier automóvil nuevo. Al principio pensé que nos regresaríamos directo a Nezayorck, pero cuando llegamos a la central doña Lucha compró dos boletos con destino a las playas de Huatulco.

—Espero que no vengas muy molido —me dijo con su eterna sonrisa—. Porque todavía tienes pendiente una tarea conmigo.

—Trataré de cumplirla —le dije con sinceridad.

—Cuéntame ¿qué te dio más miedo: cuándo viste el cadáver de mi primo todo desbaratado o cuando te dispararon y estabas en el agujero?

—Sólo hubo una cosa que me dio miedo —respondí—. Resulta que me quedé dormido encima de la mula que me llevaba a tu pueblo. Luego abrí los ojos y sólo vi un profundo barranco allá abajo. Si el animal se hubiera tropezado, sólo los zopilotes me hubieran encontrado. Además, caminé tantas horas montado en esa mula, que traigo las nalgas bien maltratadas.

—No te preocupes, mi rey, en cuanto lleguemos a Huatulco te quito las rozaduras con puros besos —y la sonrisa de la oaxaqueña me libró de todos mis pesares.

También el Cacahuatito de Oro me hizo la vida imposible. Una noche antes de salir para Oaxacalifornia, me serví un plato con ensalada de betabel y le entré sin miramientos al revoltijo de frescura. Al terminarme la ensalada, noté que en el fondo del plato nadaban tres cacahuates. Los atrapé con la cuchara y cuando los estaba masticando encontré un cacahuatito rancio. Pensé en escupirlo, pero me pareció una falta de civismo. Como pude

disimulé el asco y me tragué los tres cacahuates —al cacahuete rancio lo bauticé como el Cacahuatito de Oro—. Si embargo, mi cuerpo se desquitó por mi falta de cuidado y por eso me zurré en la trusa y descubrí el accidente cuando el camión ya estaba contaminado.

El misterio del autobús se resolvió sin echarle la culpa a nadie y sin que los pasajeros sospecharan que los detectives del tercer mundo somos los únicos que tenemos necesidades fisiológicas. Cuando se detuvo el camión, convencí a los pasajeros para que dieran vueltas alrededor del autobús y me acerqué a la orilla del sembradío y, después de desabrocharme el pantalón, utilicé unas tijeritas para cortar la trusa por ambos lados. Terminé arrojándola entre los surcos de maíz. Finalmente, utilicé las servilletas de papel que nunca faltan en mis viajes. El toque maestro consistió en fajarme los pantalones y, después de guardar las tijeras, regresar con los pasajeros. Así acabé con ese problema de circulación y todos llegamos a nuestro destino. Luego, cuando terminó mi aventura en la sierra, saqué una cosa en claro: con amor o desamor, uno sigue viviendo. Los verdaderos problemas de circulación comienzan cuando a uno se le para el carro; es decir, cuando el creador nos marca el alto y nos obliga a colgar los tenis. Por aquellas de las dudas, yo siempre tengo dos pares de tenis; unos azules que uso a diario y unos blancos —de piel— que sólo me pongo en las ocasiones especiales. Los tenis de piel los uso sólo cuando me voy a domin-guear en uno de tantos hoteles que voy conociendo a lado de doña Lucha: una preciosa tamalera que llena mi vida con amor.

Índice

9	Los aullidos del Coyote Mayor, <i>José Luis Herrera Arciniega</i>
	<i>El regreso de Eddy Tennis Boy</i>
53	El cachondo caso del Siete Mugres
137	La misteriosa llamada del desamor
187	Las aventuras del Cacahuatito de Oro

el regreso



de
Eddy Tennis Boy

de Eduardo Villegas Guevara, se terminó de imprimir en agosto de 2013, en los talleres de Mac Rotativas, S.A. de C.V., lote 8, manzana 3, Parque Industrial Exportec II, Toluca, México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Gandhi Serif* y *Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura, Cristóbal Henestrosa y Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué. Diseño y formación: Lucero Estrada Ruiz. Portada: Juan Carlos Cué. Cuidado de la edición: Zujey García Gasca, Delfina Careaga y el autor. Supervisión en imprenta: Lucero Estrada. Editor responsable: Félix Suárez.